

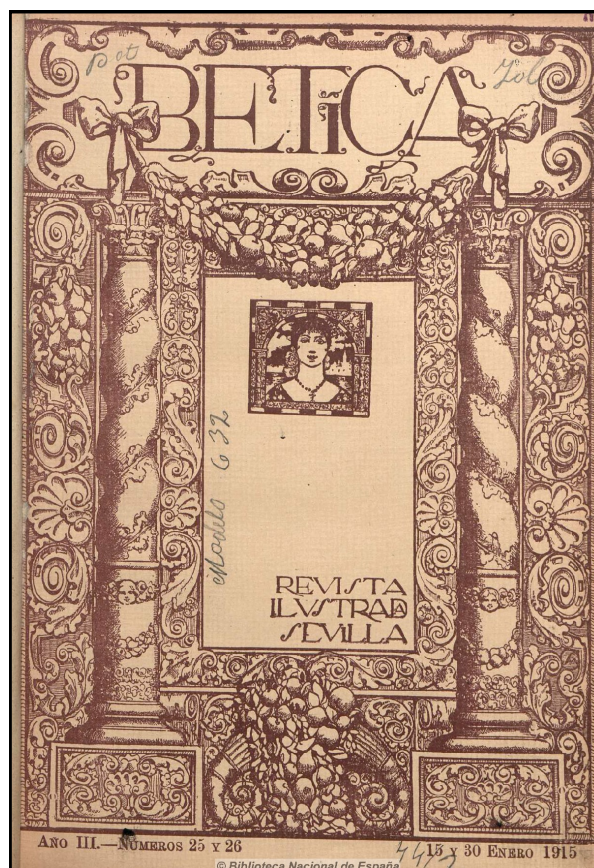
ARTÍCULOS DEL LITERATO EXTREMEÑO FRANCISCO VALDÉS EN "BÉTICA. REVISTA ILUSTRADA".

Por Daniel Cortés González

1.- Introducción.

"Bética" fue una "revista ilustrada" que apareció el 20 de noviembre de 1913 con una periodicidad quincenal y que posteriormente pasó a ser de carácter mensual. Es considerada exponente del regionalismo y la principal revista del andalucismo de la época, hasta su cierre a principios de 1917.

Fruto de un grupo de intelectuales calificados de regeneracionistas vinculados al Ateneo de Sevilla, fue editada como vehículo de expresión y difusión de lo que consideraban un renacimiento de la "verdadera" Andalucía. Su aparición fue estimulada por escritores andaluces como Francisco Rodríguez Marín, Mario Méndez Bejarano, los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero y Ricardo de León, pero también por Salvador Rueda, Gabriel Maura y Gamazo, Armando Palacio y Valdés y Francisco Cambó. Se trata de un producto editorial que ha sido calificado de un "culturalismo burgués, moderado y elitista", que se consideraba asimismo como una revista dedicada "principalmente a la literatura, el arte y la vida social contemporánea".



Fue dirigida por Félix Sánchez-Blanco, al que después se le sumará, como subdirector, Félix Sánchez-Blanco y Pardo. Su administrador fue Felipe Cortines y Murube, y posteriormente aparecen Santiago Martínez y Martín, como redactor jefe artístico, y Javier Lasso de la Vega, como redactor jefe literario.

Además de aparecer textos firmados por los ya citados anteriormente, aparecen también otros como Joaquín Hazañas y la Rua, Ángel María Camacho, Joaquín González Verger o Alejandro Guichot. Pero, para nosotros, el que nos interesa en cuestión es el literato Francisco Valdés Nicolau, dombenitense y vanguardista extremeño.

A principios del mes de marzo de 2014 hallé en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España los primeros artículos conocidos que escribió Francisco Valdés, al menos hasta el momento, y que corresponden a su publicación en "Bética".

El primero de los artículos de Valdés que se publica en "Bética" corresponde al número fechado de 5 de mayo de 1914 y el último, en agosto de 1916, hallando un total de 15 artículos valdesianos publicados en "Bética", que son los siguientes:

Duelo en la Provenza (publicado en dos partes en los números de fecha 5 y 20 de mayo de 1914; también aparece publicado en El País de fecha 19 de mayo de 1914), ***En torno a Ganivet*** (publicado en el nº de 20 de septiembre de 1914), ***Nuestros poetas. Antonio***

Machado (número de 5 de noviembre de 1914), **Del sentimiento. Agua** (número de 5 de diciembre de 1914), **Humo (Apunte)** (número de 31 de diciembre de 1914; también fue publicado posteriormente en el *Correo de la mañana* de fecha 16 de marzo de 1920), **Leyendo...** (número de 15 de febrero de 1915), **Apunte: Viajando en un libro** (número de 28 de febrero de 1915), **Del sentimiento. Melancolía** (número de 15 y 30 de marzo de 1915), **Leyendo. Al margen de un libro laureado** (número de 15 de abril de 1915), **Sobre la escultura** (número de 15 de julio de 1915), **Leyendo: Una conferencia** (número de 15 y 30 de septiembre de 1915), **Amanecer en Ávila** (número de 15 y 30 de noviembre de 1915), **Divagación. Los abuelos** (número de 15 y 30 de diciembre de 1915), **Leyendo. Primer libro de odas** (número de marzo-abril de 1916) y **Divagaciones. Sobre un libro novelesco** (número de 15 de agosto de 1916).

Si bien es cierto que, un par de años después, tras adquirir la publicación titulada "*Índice Bibliográfico de "Bética, Revista Ilustrada" (Sevilla 1913-1917)*", de Jacobo Cortines Torres (Excma. Diputación Provincial, Sevilla, 1971), me encuentro con la sorpresa de hallar 3 nuevos artículos de Valdés publicados en "Bética" que en 2014 no hallé, que son:

Del sentimiento: Pastorela (número de 15 y 30 de enero de 1915), **Sobre la guerra. Palabras vacías** (número de 30 de agosto de 1915), y **Misticismo. Muy siglo XVI** (número de 15 y 30 de octubre de 1915).

Éstos 18 artículos son el germen del posterior regionalismo extremeño y obra literaria del escritor dombenitense Francisco Valdés Nicolau.



2.- Transcripción literal de los artículos publicados por Francisco Valdés en "Bética. Revista Ilustrada".

Los textos originales que a continuación se transcriben de forma literal proceden de la publicación "Bética. Revista Ilustrada", cargada en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

DUELO EN LA PROVENZA

*Mefistófeles: francamente, todo allí
abajo lo encuentro detestable. Los
hombres causan mi piedad en sus días
de miseria.*
GOETHE.

*Eso que estás esperando.
Día y noche, y nunca viene.
Eso que siempre te falta.
Mientras vives, es la muerte.*
AUGUSTO FERRÁN.

I.- La región.

Llegado el verano los nietos de Pedro Romero van a ejercitar sus menesteres en el bello país de la Provenza. Nimes tiene un ancho circo arenoso donde se corren reses bravas. El exlidiador *Bombita* tiene ganada en él muy buenas orejas. De Norte a Sur divide la Provenza el Ródano culebreante entre espesos cañaverales y álamos empinados que apuntan al Sol, entre tamariscos que sombrean sus aguas tranquilas, entre moreras con miles burbujas amarillas de encrespadas hebras sedosas que al escarcharse ofrecen a la Vida millones de mariposas blanquecinas para morir todas, todas, en un beso fecundo.

El Sol nace todos los días por entre escarpados picachos alpinos envueltos en colchas nevadas. ¡Oh, el grande Sol de la Provenza! El hace vivir este antiguo condado Provenzal; él, quien fecunda esta tierra blanda, tupida de olorosos romeros; por él nace la *hierbecilla rizada* y la *buena grana salitrosa* que han de pastorear los merinos rebaños trashumantes a los Alpes, las yeguas blancas y cerriles de la Camarga, los negros toros domados por el bravo Elzear; por él se colman los barriles de aceite y rebosan los lagares con alegría de Baco; por él reclinan y se bambolean las carretas repletas de garbas doradas.

¡Sol, padre Sol, sigue derritiendo las nieves de las alpinas sierras para alegría y contento de los poblados provenzales! Los pastores y cortijeros te aman con pasión porque eres su trigo, sus olivos, sus parras, sus moreras, su pan, su vida entera; no temen a la brisa del *Van-tur*, ni al *mistral*, si tu cara reluce y calienta sus carnes, y les besas en la frente mansamente; siempre te quisieron tanto; has sido su Dios, su poeta, su amor bucólico; en loor tuyo han compuesto este Himno que entonan los orfeonistas de Avignon:

¡Luzca siempre tu cara rojiza!

¡Vence a las sombras y a los males!

¡Pronto, pronto, pronto!

¡Haz que podamos verte, Sol esplendoroso!

El sudor de los Alpes encauzase entre cipreses y chopos hasta derramarse en el Mediterráneo, el azulino mar de esta región de la Francia Meridional; se espejan los caseríos orillentos, en el puro azul que baña la parte sur de la tierra juglaresca medioeval, cuando Aviñón tenía un Papa guerrero y devoto.

Tan azul como el mar, es el cielo provenzal; nítidamente añil intenso. Allá en la lejanía se une a la blancura de la cordillera en un ósculo infinito, puro, como las trovas de los bardos nacidos al calor de Eleonora de Poitiers.

Los pinares verdes adornan estas antiguas ciudades feudales en años de Ramón Berenguer I, Arles, Marsella, Aviñón, Aix, Mompellier: *Xas masías* campestres repartidas en todo el terruño, las viejas aceñas harineras pintadas por Daudet, las iglesias sencillas regentadas por un manso abad que eternamente piensa en las cruzadas a Santos Lugares con Pedro el Ermitaño a la cabeza.

¿Cómo no iban a existir poetas en este país sentimental con sus nieves, con sus pinos, con su cielo, con su mar, con su sol?

II. El poeta.

Mistral ha muerto. Los pinares lloran gruesos lagrimones de resina, las sierras lloran torrentes de nieve, los pájaros no trinan, las yeguas blancas de la Camarga no relinchan; los cipreses, los romerales, los merinos lloran también, ele...; sopla fuerte la brisa del Vantur, a Ródano en su murmullo plañe triste canción. No luce el Sol; pandos nubarrones tapizan el azulino cielo; comienzan a caer gruesos goterones: el llanto del cielo. Llegan lejanos los ronquidos del mar.

Junto al río, en la verde llanura poblada de cipreses, se resguarda del viento Maillane. La iglesia tiene un campanario afilado con una veleta en la punta; voltean metálicas dos campanitas con agudo son: pregonan la muerte de Mistral; faltan unos meses para cumplir ochenta y cinco años que una tarde otoñal cantaban su nacimiento. En la última casa a mano derecha sobre la carretera de Saint Rémy, una casita bermeja, con un delantero jardín: en esa casita vivió el poeta. Por una ventana que da al jardinillo entra a raudales la claridad que inunda un saloncillo tapizado de blancura; de poetas franceses, varios retratos en las paredes; un canapé rallado por amarillentas franjas y dos enanas butacas pajosas rodean la mesa rechoncha, abotargada de libros apergaminados; sobre la chimenea de mármol vetado se empinan la Venus sin brazos y la Venus de Arlés. En esta habitación ha escrito Mistral la poemática historia de su "Patria Chica", en versos sencillos y plácidos, a mas un diccionario provenzal-francés.

Sentado en uno de los bancos que adornan el jardín, está el poeta leyendo coplas de Gui-
": sombréale unas acacias en flor; es un viejecillo
rugoso con una pincelada de plata en el mentón: un fieltro severo inclinado airoosamente, los pómulos tenuemente tiznados de carmín, los ojos azules, tristes, el traje negro de ribeteada cazadora; queremos ver esta actitud de Federico Mistral en la figura de Cánovas unos minutos antes de morir asesinado en Santa Águeda.

Como Rosalía de Castro en las orillas del Sar, como José María Gabriel y Galán en la tierra de los verdes y espesos encinares, como Vicente Medina en la murciana huerta, se deslizaba la vida del cantor a "Calendal"; último discípulo de aquel Colegio de la Gaya ciencia que fundaran siete clérigos tolosanos en el año de mil trescientos veintitrés; su vida ha sido un lírico poema; contaba quince años cuando comenzó el noble oficio de juglería que no abandonó hasta la muerte; siempre en provenzal rimaba sus poemas; la lengua romance usada antaño por Bernardo de Ventador fue uno de sus amores; otros fueron: las llanuras de la Graus, la isla camarguesa que abraza el Ródano desde Arlés, los habitantes rústicos de estos rústicos parajes, los árboles frondosos, el cielo nítido, el mara inmenso, las fulgurantes estrellitas lejanas, y su madre, su anciana madre que tantas veces le entretuvo narrándole viejas consejas provenzales en el dialecto del terruño; porque no sabía otro.

iCantad, cantad pastores, boyeros, labriegos, cesteros de Provenza; cantad doloridos: se os ha muerto vuestro poeta, el último poeta provenzal!

III. Mireya.

Una *masía* tiene su asiento en las llanuras de la Graus. La pueblan un viejo matrimonio campesino y una linda rapazuela que ya entró en la quinta primavera de su vida. Es la más bella niña de la Provenza; aún en Arlés, con ser la ciudad de las bellas mujeres, llamaría la atención este *capullo de rosa temprana desabotonado por el sol*; pero la moza de las Almezas vive muy ricamente en su caserío para que salga de él. La quieren tanto aquella bandada de mensajeras palomas, aquella hermandad de doradas gallinas ponedoras, aquel mastín que suavemente lame su marfileña mano, aquellos gusanitos prisioneros en sus celdas de amarillas sedas como los canarios y los rayos de Febo, aquella vaca ciega cantada por Maragal caminando mansamente por la llanura esteposa, y tras ella la retozona erala tañendo alegremente la cobriza esquila y aquellos dos viejos acartonados, mimosos, que siempre la llevan en el alma.

Y sin salir de su humilde rincón, su belleza corre de punta a punta de la comarca, al igual que en los cuentos de las hadas la fama de las reinas se extendía de confín a confín del principado ideal.

Los buhoneros y pastores que atraviesan un camino de andadura cercano al arroyuelo saltarán y bullicioso, donde lava la zagala sus trapiños, han oído los voceros de sus encantos: el rostro fresco y candoroso, los dos hoyuelos en los claveles que tiene por mejillas, el mirar más puro y suave que las estrellas rutilantes, las melenas ensortijadas, crespas, azabachadas, el pecho como medias toronjas no bien sazonadas todavía, el plañir como los ruiñesores encaramados en las copas de los pinos.

Garridos mozos han llegado a la *masía* para ofrecerle su amor y sus riquezas: han llegado Hilario el pastor, Verán el yegüerizo, Elzear el boyero; los tres han sido despreciados por Mireya; su corazón está amasado con el de Vicente, un pobre cestero, hijo de un cestero, nieto de un cestero.

En estos parajes, amables lectores, también hay "*clases sociales*", hay trabas para el amor como en la vieja Europa. Mireya y Vicente no podrán casarse ni quererse: su amor, su inmenso amor tienen que ocultarle; ¡oh los besos en las claras noches de luna junto a los copudos tamariscos! ¡oh las puras caricias inefables del casto amor prohibido!.

El travieso duendecillo rebuscador en las entrañas de la tierra, en las profundas aguas marinas y en los otros mundos siderales, como no había de describir esta pasión oculta a la luz del día, de los amantes provenzales. Si; Mireya violentamente es separada del humilde cestero, quebrándose de esta guisa el idilio como la escarcha en las corolas que los lirios silvestres al entrar la mañana.

Pero la zagala es bravía y ante que resignarse a no ver a su Vicente, prefiere abandonar a los dos viejecillos que maltratan su corazón. Y Mireya sale de la *masía* una noche sigilosamente para no ser delatada y anda por el bosque, anda mucho, deprisa, sin rumbo, sin guía; lo que anhela es alejarse de su nido cuanto antes para encontrar a Vicente prontamente.

El sol en la mitad de su diaria carrera. Ya no es el bosque de pinos y álamos por dónde camina Mireya; ahora sus piernas desfloran un mar de enceradas mieses; se siente fatigada, sudorosa, jadeante, como una tenaza aprieta su garganta ebúrnea, desfallece de sed, de cansancio, de melancolía; aquel sol orillana la tuesta la carne y el alma; ni un arroyo, ni una fuente, ni un charquito cenagoso. ¡Por qué, Dios mío, castigas así a la zagala de las Almezas! ¡Por qué, por qué, si su único pecado fue amar con demasiada!

En el país de las Naranjas, en la hora que los pescadores conducen sus barcas al abrigo de las rocas, y las mozas cargan sobre sus cabezas las cestas llenas de tencas y anguilas, Mireya agoniza de amor; las manos entretejidas, la blonda cabellera suelta hacia atrás, los

pies sangrantes, morada la piel, los ojos suplicantes, de rodillas implora del sol, que va lentamente descendiendo, consuelo y piedad para este su amor excelso que la muerde el pecho...

De las riberas serpenteantes del Argens se eleva a lo lejos un prolongado coro de canciones, balidos de cabras, sonos de churumbela, piar de pájaros, una canción de amor pastoril; las campanitas de "Las tres Marías" trinan el Ángelus; parduzcas van tornándose las montañas, sombría y melancólica la llanura. Es que se va el Sol provenzal y con él la vida de Mireya, la zagala de las Almenas, la que el aldeano Mistral ofreció a Lamartine como "mi alma y mi corazón, la flor de mis años, racimo de la Grau con todas sus hojas".

Francisco Valdés.

FUENTE:

- Bética, revista ilustrada. Año II. Número 12. 05/05/1914. Páginas 39-40.
- Bética, revista ilustrada. Año II. Número 13. 20/05/1914. Páginas 39-40.
- El País. Diario Republicano.

EN TORNO A GANIVET

I. Páginas olvidadas.

En la ciudad del Turia, allá por el año 1905, un inteligente librero comenzó a publicar una colección de pequeños y económicos volúmenes, escritos por jóvenes literatos contemporáneos. Nosotros tenemos noticias testificales de los dos primeros volúmenes de la "Colección Serred": una galana crítica sobre Pío Baroja por García Sanchiz, el primero; varios artículos necrológicos sobre Ángel Ganivet, el segundo. Se anunciaban para próxima publicación originales de Pérez de Ayala, Mesa, Rusiñol, Agrasset y Ángel Vegue. No sabemos si fueron publicados. Estas pequeñas y silenciosas obras de arte rara vez llegan a la popularidad; tanto más, alejadas de Madrid y hechas por *escogido* personal literario.

El segundo volumen de la "Colección Serred" es sumamente interesante para los que andamos metidos en el movimiento literario español.

Se celebró una velada en honor y memoria de Ganivet, en el año 1905. Leyeron cuartillas en la velada Navarro Ledesma, Unamuno, *Azorín* y C. Román Salamero. Los cuatro escritores "se repartieron las entrañas espirituales" del escritor granadino. Ledesma habló del "hombre", del "amigo"; Unamuno, del "filósofo"; *Azorín*, de la "psicología de Pío Cid"; Román Salamero, del "publicista".

Nosotros, no hemos visto jamás ningún libro -de esta índole- tan substancioso, interesante y sincero, como estas páginas que los antecitados publicistas escribieron en torno a Ganivet. Generalmente huimos de todas esas lloronas veladas panegíricas que son un haz de palabras huecas, laudatorias, falsas, cursis. No ha mucho tiempo espectadores fuimos de la habida en memoria de Menéndez y Pelayo; más reciente, de la habida en memoria de Moret. Las dos llegaron al paroxismo de la ridiculez lagrimona.

Hemos leído nosotros casi la obra total de Ángel Ganivet. Pero aquí no vamos a discurrir por nuestra cuenta. En estas columnas sólo aparecerá un resumen de los artículos citados. De nuestra cosecha pondremos algunas aclaraciones, complementos y notas. Allá irán confundidos.

II. Su integridad.- Su vivir.

¿Quién fue Ganivet? ¿Cómo fue Ganivet? Externamente -nos dice Román Salamero- "era alto, de contextura sólida, un poco cargado de espaldas y de andar lento y acompasado". Tenía encrespada barba negra y "los ojos claros".

Nació en Granada -1865-; pero no se pudiera decir granadino. Era de todas partes: era *humano*. Los humanos tienen de todas partes algo. En sus apellidos se encuentran Francia (Ganivet), Andalucía (Siles) y Castilla (García de Lara) confundidas. De la primera tenía "la calma reflexiva y meditabunda; la naturalidad, la llaneza, la simplicidad infantil y raras veces una fogosidad interna". De Castilla "el alma calenturienta de los místicos, el ardiente espíritu de los conquistadores". De Andalucía "la gracia urbana, la elegancia en el decir -hija de la poética cadencia de los últimos árabes españoles-, y el amor al agua, un profundo y exaltado amor al agua". (Véase este amor al agua en su libro *Granada, la bella*, capítulo III). Como muestra dé su delirante amor al agua, aquí tiene el lector unos versos insertos en *Los Trabajos de Pío Cid*:

"Sigo el correr silencioso
de los ríos, y amoroso

va flotando mi soñar,
hasta que encuentre reposo
en las orillas del mar”.

Después de meditar estos versos no nos puede sorprender que Ángel Ganivet se arrojara al Duina -un río que lame los muros de Riga, capital de Livonia (Rusia)- y abrazado a sus aguas encontrara la muerte, siendo el 27 de Noviembre del 1898. ¿Influyó en su muerte nuestro desastre colonial? Déjese este punto para cuando tratemos “cómo vio Ganivet el problema español”. Como Garcilaso, sólo treinta y tres años vivió el autor de *Hombres del Norte*. En treinta y tres años hizo -entre otras- las siguientes cosas culturales: cursó brillantísimamente las carreras de Derecho y Filosofía y Letras; aprendió con prodigiosa facilidad el griego, el latín, el inglés, el francés, el árabe, el sánscrito, el italiano, el ruso, el alemán, el sueco; ganó dos oposiciones; publicó una docena de libros, llenos de clarividencia, de ideas humanas, de pensamientos practicistas, de encantadora poesía.

III. La filosofía de Ganivet.

¿Fue Ganivet un filósofo? “Un filósofo es un animal raciocinante que procura formarse un concepto del universo y de la vida y reducirlos a sistemas lógicos”, “un ocioso que investiga eso que se llama el problema del conocimiento”. Si estimamos exacta esta definición *paradójica* que Unamuno hace del filósofo, no lo fue Ganivet. No se cuidó de formarse un concepto del Universo; pero sí un sentimiento de la vida. “Su tendencia fue siempre práctica por muy idealista que fuese”. No se proponía potenciar las cosas; solamente cuidar de su *yo*; fue un escultor de su alma. Nada más lejos de la metafísica y de la lógica. ¿Qué hacer, entonces, de aquellas charlas y soliloquios metafísicos que sostenía Pío Cid en su auto epopeya? ¿Pueden llamarse metafísicos aquellos coloquios sobre las *causas finales, la conciencia, las ideas*, que menudean en sus epístolas? De ninguna manera. Todo lo más Ganivet es un moralista; un estoico á la manera *humana* como lo fue Séneca, su maestro querido; un psicólogo a quien le preocupaban los problemas del mundo interior humano; un curioso del espíritu. “Sin la tolerancia y la amplia comprensión de espíritu, la higiene no hará sino animales muy limpios, muy sanos, pero muy animales. La riqueza exterior nos ahogará si no cultivamos la riqueza interior”. Este era Ganivet: un sutil consejero espiritual. No era el erudito, el *hombre de letras* francés, el metafísico kantiano, sino un afectivo a quien le preocupaban los problemas del alma en cuanto relacionada con las cosas sensible?, prácticas, del vivir cotidiano y actuante. “Pío Cid tiene raíces sanchopancescas y flores quijotesas”, ha dicho Miguel de Unamuno. Fue un típico *filósofo español*.

IV. Contextura espiritual de Pío Cid.

En la biblioteca de *Azorín* hay tres autores por los que “siente especial predilección”. Esto era en el año 1905. (La fecha nos interesa. Con el tiempo, con la corriente inexorable del tiempo, varían los gustos estéticos, cambian las opiniones políticas, las ideas se dulcifican ó se enardecen). Estos tres autores por los que “siente especial predilección” *Azorín* son Pío Baroja, *Silverio Lanza* y Ángel Ganivet. A juicio del autor de *Los pueblos*, los tres son los representativos espíritus de la España literaria novísima. “Los tres *son profundos, inquietos, raros, complicados*”. Fijaos bien en los apelativos con que los tilda *Azorín*. A poco de esto comienza a hablar “el poeta de lo castizo”, de Pío Cid -encarnación de Ganivet-. “Pío Cid es una figura arrancada de una vieja estampa española”. Pasa a describirle. “Si habéis leído la auto novela épica -*Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*-, reparad que es un tipo vulgar, un tipo que sale en cada novela galdosiana, de esas que ridiculizan melancólicamente la clase media española. El mismo *Azorín* pretende emparejar la figura material -sus hábitos y costumbres- de Pío Cid con muchos antepasados españoles. Se asemeja por su frugalidad y abandono en ti vestir con Arias Montano, con el beato Juan de Ávila, con Fray Luís de León. Todos los grandes españoles que han laborado nuestra historia espiritual son de esta

suerte". ¿Y los que no han contribuido a esta elaboración? ¿No hay miles de personas - todos los conocemos- que son desaliñados en el atavío, y parcos en la alimentación?

Pío Cid se ha formado espiritualmente en un pueblo. "Un pueblo es la soledad, la monotonía", "el paisaje es perdurablemente el mismo", se ven siempre las mismas casas. En este pueblo se ha repletado el corazón de Pío Cid de tristura; el cerebro de ideas librescas. Su saber es vasto y enmarañado, a la española, "tal como sería el de Caramuel, el Tostado. Victoria, Mor de Fuentes, Feijoo". Pío Cid no se ha sepultado en las lecturas; no le han absorbido los libros; saltó los lagares de la erudición. Las ideas que aprendió en los libros le sirven de trampolín para lanzar las suyas: *-ideas picudas-*. Se asoma a los ventanales de la vida. Ahonda en el alma española. "Yo tengo la costumbre de arreglar mi vida no como la sociedad lo dispone, sino como yo quiero". ¿Veis en esta frasecilla toda la psicología de Pío Cid? Un hombre como él no se doblega nunca. Español, recio individualista español. Se hizo para sí mismo; a usanza hispana. El se es todo. Y por si algo le faltara a Pío Cid, tiene metido en el alma la Fe de los místicos castellanos. Pero, curioso intelectual del XIX siglo, luchan en él la Razón y la Fe. Transcendental dualismo que tanto preocupa al rector de Salamanca. En Ganivet triunfa la Fe. "La Fe en sí mismo -dice- es el germen de todas las grandezas humanas".

V. España y Ganivet.

¿Cómo vio Ganivet el problema español?... El artículo se va alargando. Acaso sea esta pregunta la más interesante de las que hemos hecho en torno al autor de las *Cartas finlandesas*. De contestarla haríamos excesivo el presente trabajo. Sería donde pondríamos más juicios propios. Estamos bastante identificados con sus obras críticas sobre España. ¿Lo dejaremos para otro trabajo? Y si el lector siente curiosidad por saber cómo vio Ganivet el "caso" España, vaya repasando el *Idearium* y las cartas que se cruzaron entre su autor y D. Miguel Unamuno y D. Francisco Navarro Ledesma. Entrambas colecciones están publicadas; su coste está al alcance de todas las fortunas. En tanto pensemos, pensemos sobre los escritos de Ángel Ganivet.

Francisco Valdés.

Extremadura, 1914.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año II. Número 16. 20/09/1914. Páginas 9-10.

NUESTROS POETAS. ANTONIO MACHADO

Un pueblecito andaluz límpido, lleno de luz y de paz. En la calle principal una casona vieja y fuerte que ostenta en la fachada un carcomido escudo heráldico, de bruñida piedra berroqueña. Por un amplio zaguán, fresco y húmedo, se llega a un patio -el clásico patio musulmán- grande, espacioso, cuadrilateral. Una fontana al centro con su perenne látigo de cristal que restalla en el pilón marmóreo su monorrítmica canturía.

“La vieja fuente adoro;
el sol la surca de alamares de oro,
la tarde la cairela de escarlata
y de arabescos fúlgidos de plata”.

Macetas, muchas macetas con rosas, claveles, nardos, orquídeas, en los arriates, jazmines y yedras que se retuercen como culebras a los gruesos barrotes de los ventanales; las golondrinas pasionarias han adornado la cornisa con sus medias pinas nupciales; el Sol, el padre Sol embriaga de vida este patio andaluz que cultiva la linda muchachita malagueña: Charito Pepa Asunción.

Apartados del “mundanal ruido” moran en este rincón moruno el padre y la hija; solos, íntimamente unidos por el amor. El padre se ocupa en administrar la hacienda; la hija en cuidar las flores, las palomas, los canarios, en leer prosas y versos; en respuntar la airosa guitarra sevillana; en bordar ajuares para humildes casaderas que la besan las manos y la ofrendan con exvotos campesinos: tarros de miel, manojos de espárragos, názuras, lirios silvestres.

Los veranos, el padre y Charito Pepa Asunción, viajan. La brisa cantábrica de las astures y gallegas playas orea sus rostros; en otoño a Florencia, a Roma, a Lucerna, Una vez llegaron a Rusia, la madre del místico Tolstoy, del morbosos Gorki, del magnífico Turgeneff, que ha hecho llorar a Pío Baroja con sus relatos.

Asunción Pepa Charito es alta y flexible, pizpireta, nacarada, sonriente, parladora; de veinte Junios. Se atavía con sencillez: faldas volanderas azules, blusas blancas sin alamares; chapines acharolados. El pelo negro sedoso, recortado en bandos que sujetan unas pequeñitas peinetas de azabache. Su única alhaja: un hilo de oro del que pende un medallón con el retrato de su madre.

Una de las pocas personas para quien se abre, franco, el portón de la vieja casona solariega, es para Luis Álvarez. Luisito -como le nombran en el pueblo- es un mozalbete simpático, culto, rico; estudia Leyes por *spori*, caza en sus grandes dehesas andaluzas, escribe versos en el periódico de la capital provinciana; entretiene con su sabrosa charla a las mocitas del lugar.

Esta tarde, después de haber charloteado “de lo lindo” Luis Álvarez con Charito Pepa Asunción, la ha ofrecido un libro pequeño, sobriamente editado, de poesías, un amable volumen: *Soledades*, de Antonio Machado, tiempo atrás publicado, cuando el poeta daba a conocerse.

Las diez en el reloj de la vetusta iglesia pueblerina. Lentas, solemnes, graves, las campanadas. Un quinqué enrojece el dormitorio de Pepa Asunción Charito. En la habitación contigua se percibe el vago respirar ronquecino del viejo que dormita. Sentada en un butacón terciopelado hojea febrilmente *Soledades*; sus ojos pasan intranquilos por los versos del poeta; ya llegaron a la postrera estrofa. Se levanta, indolente; una de sus manos marfileñas acaricia los bandos de su negra cabellera; un suspiro profundo; luego ha llevado el pequeño volumen a sus labios y se le ha guardado en el pecho, anhelante.

Por un resquicio del ventanal se avizora la lunática silueta de un gato en cuclillas sobre la cumbrera del vecino tejado; los ojos de la lechuza refulgen raudamente en el aire. Ha desaparecido la luz rosácea del camerino; como un muelle revolar de sábanas castas, se adivina.

“Silencio... En la noche la paz de la luna
alumbra la blanca ventana moruna.
Silencio... Es el musgo que brota y la hiedra
que lenta desgarrar la tapia de piedra”.

-¿Has leído las poesías que te dejé ayer?

-Anoche las leí.

-¿Te gustaron?

-Bastante... Mucho me gustaron

-Son admirables, ¿verdad?

-Admirables son. ¿Tú tienes, Luisito, algunas noticias de la vida de Antonio Machado? Ya sabes que tanto me interesan las vidas de los poetas como sus versos.

-Pues yo, Charo, sé muy escasas noticias de la vida de este poeta; Antonio Machado no se prodiga vive oscuramente; los periódicos rara vez traen noticias suyas; por lo que parece vive en Baeza, en el Instituto de Baeza explica Francés a los escolares; le gusta mucho viajar, la vida parisina, la parda tierra castellana. Antes publicaba poesías en *El Liberal y Blanco y Negro*. Hace poco leí un libro suyo -*Campos de Castilla*- que, en mi sentir, es uno de los mejores libros de poesías que he leído yo. Casi me gusta más que Rubén.

-¿Más que Rubén te gusta?

-Qué sé yo. Rubén Darío es menos *nuestro*, por ser más *de todos*, Rubén a no ser por París no sería hoy el más grande poeta de América. Y Antonio Machado sólo ha necesitado para serlo la tierra castellana y el Sol andaluz, nuestro Sol, más poeta que todos los poetas juntos.

-¿Y de dónde es Machado?

-Tengo entendido que es paisano nuestro: de Andalucía.

-¿Es casado el poeta?- pregunta repentinamente Charito Pepa Asunción. Y como si se hubiera arrepentido de esta su pregunta curiosa, se han ruborado sus mejillas y sus ojos se enclavan en el ajedrezado de baldosas.

-Es viudo. Casó, y al poco tiempo se le murió la esposa. Suponte lo que habrá sufrido su alma. Una de las cosas más tristes de la vida es la muerte de la amada de un poeta. ¿No lo crees tú así? La noche va venciendo al atardecer. La conversación se desliza melancólica entre los dos jóvenes amigos, luego se despiden sonrientes. No bien ha salido Luis de la

casona, corre presurosa Charito Asunción Pepa al despacho donde se encuentra el anciano padre. Le da un beso suave, cariñoso.

-¿Qué le sucede a la monina que tan zalamera viene?

-Nada, papá.

-¡Cómo que nada!, pide por esa boca lo que quieras; aquí está este viejo chocho para complacerte, encanto mío.

-Bueno, pues ya estás escribiendo a Madrid, para que me envíen *todas* las obras de Antonio Machado.

-¿Todo eso es lo que deseabas?

-Deseaba, papá, otra cosa; una cosa imposible. *Esta* sólo sirve para consolar a *la otra*.

Francisco Valdés.

Madrid, Octubre de 1914.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año II. Número 19. 05/11/1914. Páginas 7-8.

DEL SENTIMIENTO: AGUA

*"Oh el agua fresca sobre la
carne blanca en los arroyos; en el
rio el ámbar y el rosa de los
cuerpos jóvenes".*

G. MARTÍNEZ SIERRA.

En la paz aldeana de la calle desierta, unos dedos, como afilados capullos de rosas, arrancan ensueños al marfil del piano. Solloza Chopín en un romántico *Nocturno*. Las tres de una tarde otoñal. Contemplamos el cielo limpiísimo. ¡Cielo de España! El Amor, la Muerte, el Oro, la Voluptuosidad, el Fuego confundidos en el azul sin mancha. La tragedia española, añil, estofando a la Virgen sevillana que simbolizara Bartolomé Esteban Murillo. Ella, a la vez, símbolo admirable del Alma nacional; como pretende Ángel Ganivet en su *Idearium*.

Dos labriegos chocan sus lamentos. Conversan, aquejándose de la falta del agua. El drama acaricia sus labios; brota, resignado, de sus almas, ya un poco extáticas al dolor.

-.... *Asina* llevamos *dende* que sembramos.

No ha *caío* una gota *pa* un remedio.

-*Nenguna* siembra brotó *entoavía*.

-*Nenguna*.

-Dios lo remediará presto *tó*.

-*Asina* lo quiera el Señor bendito...

La eterna canción de las gentes: esperar la lluvia. Si llueve a punto y con tino habrá pan y fuego en los hogares, habrá trabajo, los ajuares serán abundosos, en las ferias se mercarán perifollos, se irá a ver la función de los comediantes. Hasta se ahorrarán unos doblones. Si no llueve, si la sequía es larga, entonces la miseria, el frío, el hambre, el dolor ahondarán en los cuerpos y en las almas de los labriegos; el sufrimiento por ver sufrir a la tierra. La tierra que es su amor grande, rudo, fuerte; la tierra, su sustento, su madre fecunda, su cariñosa hija, su eterna compañera. En ella se amamantaron, en ella morirán; siempre agobiados, inclinados hacia sus entrañas, sus ojos enclavados en su seno bermejo y su alma, la tierra misma.

El agua no cae. Se taponaron las canales del cielo desde largo tiempo atrás. Ni una gota para un consuelo. Todos los días tuesta el sol la tierra y los cuerpos y los espíritus. Grandes grietas se abren en su carne morena. La tierra se consume de sed.

Rogativas a la Patrona del pueblo. Traída en andas desde la campesina ermita, por los mozucos de labrantía. Novenas patrocinadas por el párroco y las Hijas del Corazón de Jesús. Plegarias floridas la hacen las nenas de la escuela. La bordan un manto y unos escapularios las hijas del Sr. Alcalde. La ofrendan cirios las viejas enlutadas, con las manos; lágrimas que resbalan por la cera de sus caras, con los ojos; rezos y preces con el corazón. Todo en balde. No llueve, no llueve ni una chaparradita. Se pierde la cosecha, avanzan la miseria, el hambre, el aniquilamiento. Los mendrugos de pan irán a las bocas empapados en lágrimas. Ya hay muchos braceros que infructuosamente ofrecen sus trabajos por las mañanas en el

mercado. La tierra está dura; las faenas agrícolas paralizadas. Todo el campo seco, yermo, sin vida. ¡Hasta los centenarios encinares comienzan a secarse! Interviene el Ayuntamiento. Se recolecta de los hacendados socorros que se agotan deseguida.

....Y siguen sin destaponarse las canales del cielo.

Cercana al poblado la corriente de un río transcurre rumorosa, límpida, en abundante caudal. Nadie se acuerda -ni se acordó jamás- de este agua que se derrama toda ella en el mar, sin que una pequeña sangría tuerza el curso que Dios la impuso. Lame el río estas rojizas tierras que se agrietan de sed. Su constante rumorosidad parece una sonrisa grotesca, cruel, irónica. Dijera se que dice el borboteo del río: "Sufre, padece, compañera Tierra. Ves, llevo en mi seno la medicina; el remedio para tu mal, y tú te retuerces en espasmos de dolor. Tus hijos tienen la culpa. No acuden a mí; no tienen, no tienen, tampoco, médicos; si los tuvieran no los querrían. Hubo uno; mi hermano Costa, mi venerable hermano Costa, y le escarnecieron antes de olvidarle. Ellos pagan su yerro, ellos le seguirán pagando mientras no se enmienden. Y a ti, tierra, mi amor, mi dulce compañera ¡cuánto sufro por verte sufrir!".

Torna el piano a desparramar en la paz aldeana de la tarde serena un ramo de ensueños cristalinos. El *Nocturno* tremola en este instante apagado, suave, sedoso, acariciador, lánguido. El sol gatea por las paredes fronterizas. Ya resta poco por sombrear.

Hojeamos un libro. Un libro donde late, mansa, la tragedia de la tierra hispana. *Antonio Azorín* se titula el volumen. Al mediar el libro, hace su autor una curiosa cita. Platican Verdú -el filósofo Verdú- y Antonio Azorín. Exclama Verdú: "Yo amo la Naturaleza, Antonio; yo amo, sobre todas las cosas, al agua. El cardenal Belarmino dice que el agua es una de las escalas para subir, para subir al conocimiento de Dios".

Sí, nosotros también creemos que el agua y el árbol son las dos más verdaderas escalas para subir a donde está Dios. Y aquí abajo, en este pequeño rincón español, ¡cuán escasamente se ama al agua y al árbol! ¡cuán poco se hace por ascender a donde está Dios! Después de esto, ¿no ves tú, lector, un justo castigo divino en las sequías? ¿No es de absoluta justicia que a quien no estime en su valor las cosas, y no las quiera con su alma, se le arrebatén, se le despoje de ellas?

Francisco Valdés.

Madrid, Noviembre de 1914.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año II. Número 19. 05/12/1914. Páginas 5-6.

HUMO (APUNTE)

Son rosáceas las cuartillas. Es mate la luz de la bugía eléctrica, pero está naranjada por la caperuza que la envuelve. Tan cercana a nuestra testa que la calienta así como si se tratase de unas páginas de filosofía alemana. Desde el cenicero de laca ascienden hasta el entarimado de la techumbre las espirituales lengüetas, azulinas, sutilísimas, del cigarro. La mirada sigue el ondular curvilíneo del último penacho azul; y al llegar a la mitad del fronterizo tabique de estuco choca con un retrato de Goethe, pintado por Grimler y con otro retrato que hizo un fotógrafo de pueblo. Apuntan a las dos fotografías los cañones de sendas pistoletas de desafío, cruzadas en signo de multiplicar. Bien está que a quien compuso *Werther* se le amenace con un arma de fuego; pero a quienes pasean el Encanto y la Alegría por el escenario del mundo....

Figuraos la sala musical de un colegio de "Angelinas". En ella, una treintena de idoncellas - entre los quince y los veinte Mayos- en torno al piano, con los papelorios de solfeo en las manos y dos *hermanas* dirigiendo los compases, miran al objetivo de la "cámara oscura". Predominan los claros en los vestidos y los oscuros en las escaroladas cabecitas, con un copo grande de nieve encima. Los chapines también rociados de nieve. Corretean los encajes por la sedosidad de los vestidos domingueros. Una mariposa de oro se aposenta en algunos cuellos. Ajorcas en los culebreantes brazos surcados por finísimos arroyuelos de azul. He aquí la fotografía. Ya va un poco amarillenta de anticuada que es. Son quince los años que pasaron desde que se reveló.

Antonia, Laura, Carmela, Luisa, Catalina, Manolita, Eleonora, Juana, Rosario y Pepita, componían una parte de aquel ramillete de flores áureas que antaño embriagara una mañana abrilena la clase musical de un colegio de "Angelinas".

Antonia se ha desposado con Dios; en las "Clarisas" es hoy una blanca abeja más que fabrica el dulce panal que Cristo principió hace veinte siglos. Laura se suicidó por amor: una heroína más para los poetas que tengan corazón. Carmela de opulenta pasó a pobre; casó con un vicioso que la donó seis muñecos de carne morena y la jugó el peculio; se llama en el presente *Resignación*. Luisa es una impertinente solterona que pasa la vida, mitad por mitad, entre el confesionario y la murmuración. Catalina fuese al cielo con los pulmones taladrados por "el terrible mal". Manolita la siguió en la ruta divina; pero Manolita dejó su fruto en la tierra: un rollizo angelote de carne, gran *amigo* nuestro. Eleonora enviudó, y se consume en el silencio y el abandono de su orfandad completa. ¿Juana, Rosario y Pepita? ¿Qué será de estas tres muchachas antaño reidoras, charlatanas, un poco bruscas de modales, un tanto subidas de genio? Las trajeron sus padres para que las monjas las dieran un barniz de cultura y educación. Como todas, aprendieron a bordar cañamazos, a copiar unos paisajes de revistas, a tocar el piano, a confeccionar flores de trapos, a rezar fervorosamente, a escribir con elegante letra inglesa, a multiplicar, a enterarse dónde están las capitales europeas. Llegaron a la veintena de años y los padres las retiraron del colegio para adentrarlas en sus rinconeros villorrios. ¿Qué fue de ellas? ¿Se habrán muerto? ¿Serán siervas del Señor? ¿Tendrán media docena de frutos de su carne y de su alma? ¡Oh, aquellos trinos parleros, aquellas carreritas, aquellas esquelas de amor ingenuo, aquellas dulces lágrimas, aquellas risas quincenas, locas y sin tino!

Hace unos años un ramo de rosas embriagaba con su olor juvenil y fragante a un sonoro piano. Hoy no resta nada de él. Se deshojó. Humo, como las vaporosas columnitas que arrancan del pebetero de laca; porque los recuerdos son sólo eso: *Humo*. Ni siquiera ceniza.

Francisco Valdés.
Diciembre de 1914.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año II. Números 23 y 24. 31/12/1914. Página 61.

DEL SENTIMIENTO: PASTORELA

Murió la zagala un día de Mayo, cuando florecen las campiñas; cuando recogen su trabajo de todo el invierno -en unas espigas- los rudos labriegos; cuando las abejas ponen la miel en las celdillas de prístina belleza; cuando el sol luce más esplendorosamente su cara purpúrea.

¡Quién la viera bajar saltarina entre los guijos aquel día que llegó a mujer, aquel día que se la figuraban las cosas más claras y sonoras y perfumadas; aquel día que atavióse con el largo refajo, porque dábala rubor enseñar el arranque de sus firmes y bien torneadas piernas; aquella mañana que Joceluco, un mozo juncal, brioso, colorado como las amapolas que salpican de sangre los trigales, la endilgó, medroso, lleno de salvaje timidez, la cantinela de su corazón!

“Te traigo un ramo de flores
para adornarte la reja;
del huerto de mis amores
te traigo mieles de abeja”

Murió la zagala un día de Mayo. Murió del mal de amores; del mal que se mete “mu jondo, mu jondamente” en el pecho; del mal que se torna la color del rostro y mucho se tose; del mal que se esputa sangre.

Camino del camposanto va la Rosa, y tras ella, unas viejas que rezan, y unos viejos que callan, y unas mozas que lloran.

La Rosa del otero de “las alondras” no alegrará más los valles y los alcores con sus trinos y sus saltos; la Rosa no regará más por las noches, ni bailará en las fiestas, ni llorará cuando los lobeznos despedacen a las merinas, ni a Joceluco le entrará el calor y la alegría en el corazón con su charla y con sus ojos, pronto nidal de gusanos. Los pájaros no escucharán sus cantos, el cristalino arroyo no lavará su cara, las flores no adornarán sus pechos, los collados no sentirán las caricias de sus pies, el noble “Navarro” no lamerá su mano de viejo marfil.

Este prosáico poeta dolorido, que plañe la muerte de la pastora de las risas cascabeleras y los ojos dulces y azules, de la moza que fue una cantinela armoniosa y sencilla y mansa como una balada teutona de Heine, de la moza para quien el príncipe de los poetas españoles hizo unas églogas de oro por ser su carne firme y sonrosada y pura, os pide una flor para su tumba y una oración para su alma, casta, como la de los lirios que violetean en los valles serenos y tupidos de yerba y del Sol.

Francisco Valdés.
Extremadura-1915.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 25 y 26. 15-30/01/1915. Página 11.

LEYENDO...

I. Prosas de un poeta.

En Levante, en la cálida tierra de las airosas palmeras y los espesos cañaverales, vive un literato todo corazón, sinceridad y silencio. Quizá le conozcáis. *El Cuento Semanal* propaló algo su nombradla. Se llama este artista silencioso, férvido, recogido en su arte, este poeta de la prosa castellana, Gabriel Miró: artista verdadero, esencialmente y ante todo artista. Por exceso de serlo y muy humildemente vive olvidado, desconocido para el público. Esto no ha de importarnos a los buscadores de la pura belleza, sin mancha de populeras insinceridades. Para ser devoto en arte preciso es reconcentrarse en sí mismo, huir de la bacanal mundana, estar en íntimo coloquio con Dios, con la Naturaleza, y esto sólo se consigue "siendo uno mismo", es decir, no dándose al vulgo, a los ilotas del pensar, eunucos del sentir. Por eso Miró ha preferido vivir una vida de intenso abandono, a confundirse con la plebeyez literaria. ¡Cuán gran diferencia á esos hombres -escritores, políticos, toreros, bailarines- que suena y resuenan artificiosa y bullangueramente en las bocas profanas en Arte!.

Titula su postrera publicación: *Del huerto provinciano*: un manojo de cuentos. Los eternos temas de poesía -Amor, Odio, Felicidad, Miedo, Envidia, Pasión, Miseria, etc...- los trae Miró a este humilde rincón español y los encarna en los muñecos carnales de su país. Es un artista de lo pequeño, de lo vulgar, de la vida cotidiana: como Azorín. Y si Azorín, con su martilleo literario logra "fijar" prosaicamente un momento del vulgar vivir. Miró lo "fija" y lo eleva y lo remonta y lo idealiza con el poder brioso de su estilo, de pura cepa castellana.

Al final del libro de cuentos hay uno más largo, con aspiraciones a novela: *Nómada*. ¿Recordáis? Este escrito fue premiado por *El cuento semanal* hace, poco, más o menos, un quinquenio, en ocasión que el padre del poeta laureado enfermaba. El mismo día que se publicó *Nómada* murió el viejo sabio provinciano. Y mientras la mano temblorosa del padre se iba enfriando, en la frente ígnea y atormentada de Gabriel Miró, la madre y otro hermano del poeta ponían un ejemplar de la novela en el costado del padre agonizante...

Cuando nosotros leímos por vez primeriza *Nómada* andábamos "paloteando" en literatura. Llegó á nuestro espíritu un encanto tan amable y deleitoso, que nos hizo gustar los primeros dulzores poéticos. Pudiera decirse que *Nómada* encauzó a nuestra alma por los amargados senderos de la literatura. Hoy, al leer por última vez el cuento de Gabriel Miró, hemos sentido una mayor e inefable sensación que antaño, cuando adolescentes. Sí, hemos llorado de ternura, hemos gozado con la esencia de purificación que aprisiona este relato de las tribulaciones y altiveces del noble D. Diego, ex alcalde de Jijona. Porque antes nuestra pobre alma era pura, y ahora la vida incoherente, la ha llenado de falsedades y dolorosos pensamientos; y *Nómada* trae un bálsamo tan blando, tan consolador para los corazones que sufren las pequeñas tragedias del estúpido y malicioso correr de estos tiempos y de estos mundos... Leed, leed ese cuento de Gabriel Miró: artista silencioso y férvido, alma de santo, estilista sin par en la tierra hispana.

II. Comentario muy lírico.

Tarde agosteña. Campos extremeños, rudos y fuertes y sin sangre. Llanuras grises, rastros jaldes, tomillares secos, montes de jara, centenarias encinas corpulentas. Se quebraba el Sol contra los canchos azules de la serranía encrestada. Sombreados por el afilado ramaje de un chopo, cara al cielo, contemplábamos la infinita llanura azul, llena de misterios. Dijéramos que se marchitaba la actividad, que se tronchaba el cordel del tiempo. No había rebaños, ni agua, ni flores, ni verdura, ni sonos de Ángelus, ni cantos de pájaros. Todo era paz y silencio. Un libro de poesías, leíamos un libro de poesías. Y para no turbar la

religiosa paz campesina, leíamos en voz apagada y muda, voz de seda. Se llamaba el volumen *Baladas de Primavera*: versos de Juan R. Jiménez: el poeta de los ensueños, de los dulces pensamientos, de las románticas melancolías, de las tristuras infinitas ¡Oh, que melancólica era la sonoridad de este libro solitario, espiritual, campesino! Caían sus estrofas en nuestro corazón como briznas de amor recogido y tímido, de amor sin palabras, esencia de amor.

Le compuso el poeta morando en el campo, en íntima comunión con la flor de la jara, con el carmín de la amapola, con la miel de las abejas, con el tintinear de las esquilas, con el trino de la oropéndola. Quizá en un campo andaluz más "vivo" que éste, más alegre y florido. Sería la Primavera: cuando granan los trigales y los pájaros y el Sol y los poetas; cuando reverbera la claridad en las almas líricas, esas almas que se hicieron para los "dolorosos encantos"; cuando la Luna es nieve y perfume en las flores de las acacias.

El poeta, llena el alma de maravillas, iba arrancando los puros aromas a las cosas todas de la tierra y el cielo andaluces. Tenía en su alma, el poeta, el sortilegio de las bellezas interiores de las cosas. Sus ojos serenos sólo avizoraban lo bueno, lo sencillo, lo delicado, lo espiritual. Cada flor, cada gota de agua, cada estrella tenían para el poeta una emoción, que, aspiraba con suavidad, y la hacía sublime con el misterioso secreto de su pluma, tintada en su corazón doliente.

...Y luego apareció el libro, y sentimos con él todos aquellos inefables perfumes que Juan R. Jiménez iba recogiendo cotidianamente -por las mañanas llenas de brisa, por las tardes cárdenas, malvas, rosas, por las amplias noches desnudas- en sus paseos solitarios por los cerros salpicados de relamerás, por los valles alfombrados de hierba, por las vegas ribereñas en donde pacen las mansas y ciegas vacas que inmortalizara, en unos versos maravillosos, Juan Maragall.

III. Tránsito.

Este tercero libro que hoy se glosa, humildemente, es un agrupamiento de versos que un poeta joven y nuevo -José M^a Platero- ha publicado no ha muchos días, con el título *Tránsito*. Ya es el rótulo muy significativo e interesante. ¡Tránsito!: un vocablo de aromas y bíblicos sabores, palabra simbólica y litúrgica, palabra llena de inquietudes melancólicas, de pesares intranquilos. Esta palabra es la vida. ¡Alta equivalencia! Los místicos, los fervorosamente cristianos, consideran la terrenal vida "transitoria": somos algo antes de nacer, lo somos *todo* después de andar nuestros pasos por los senderos humanos. Los filósofos, los políticos, los economistas han pretendido, todos ellos, dar un contenido y una significación racional y lógica á la vida: quisieron encadenar y someter á normas universales y definitivas los hechos multiformes que en nuestro planeta acaecen, como también a las ideas. A este propósito consagraron sus fuerzas y sus actividades muchos seres que algunos tildaran de locos. Vano empeño el de los filósofos, el de los economistas, el de los políticos, el de los juristas; porque sus conclusiones y sus leyes cambiaban y se renovaban al correr de los tiempos. En determinadas épocas imperaban ciertos pensamientos que luego se derruían al renovarse los cerebros con las nuevas generaciones. Hay modas ideológicas como hay modas de trajes. Y este cambiar de modas es lo que se llama Progreso y Civilización y Cultura. Ese constante renovarse todo, ese inexorable cambiar las cosas, eso que llaman *devenir* es lo que da al traste con las modas de las ideas y de las materias. Y es que la Vida es un medio y no un fin: un fugaz *Tránsito* a otras misteriosas vidas, a las que aún no llegó la Ciencia.

¿Y los poetas cómo han considerado la Vida? El poeta lírico es el que arranca del "dolor universal" lo alegremente sublime. Dicen que quienes alegran la Vida son los poetas. Sí, ellos son los que, partiendo de las realidades terrenas, nos llevan a las regiones ideales, ensoñadas. Y no es por la sonoridad de la rima por lo que realizan esta milagria, sino por la pleni-

tud de Idealidad -lirismo, ensueño, belleza- que llevan en su corazón. ¡Corazón de poeta!: Palabras que nos hacéis placentera la existencia, y a las que, acaso, os debemos la Vida muchos humanos.

José M^a Platero, ¿en qué ha pensado al titular su libro *Tránsito*. He aquí una impertinente interrogación. ¿Son las poesías reunidas en *Tránsito*, un tránsito entre *Las Primeras rosas* - su primer libro- y los volúmenes que anuncia? Deseamos que así sea: un pasajero intermedio espiritual entre *algo* (sus primeras producciones) y *todo* (las que han de llegarnos con el tiempo). El presente volumen de Platero es incoherente y diverso; nada definitivo y seguro. El sentir del poeta mariposea con frivolidad. Y es necesario para que llegue la firmeza de alma libar profundamente en un determinado lugar que, al fin y a la postre, es nuestro propio corazón. Las entrañas espirituales de Platero fueron forjadas a lo poeta, y por eso esperamos, justificadamente, algo más acabado y seguro. Es joven, muy joven, a los jóvenes se nos tienen que perdonar tantas cosas, principalmente la precipitación: esa ansia loca de *querer llegar enseguida* por medio de la imprenta. Los senderos que conducen á la *Gloria* hay que transitarlos con lentitud: una mano plegada al corazón y un ramo de ideas en el cerebro. José M^a Platero, que posee corazón y cerebro, no usó de ellos tal como debía. Y este yerro hay que achacarle á su intranquila precipitación.

Francisco Valdés.

Madrid, Febrero de 1915.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Número 27. 15/02/1915. Páginas 1-2.

APUNTE: VIAJANDO EN UN LIBRO

¿Recordáis aquella epístola que Fradique Mendés, por otro hombre Eça de Queiroz, escribió al ingeniero Bertrand? Es una de las más sobresalientes, con serlo todas, de su epistolario. Desde París, donde vivía a lo príncipe, el gran portugués Fradique envía a Bertrand, ingeniero en Palestina, una carta censurando con agria ironía -como él hacía todas las cosas- su trabajo.

¿Qué hacía Bertrand en Palestina? Pues nada menos que planear un ferrocarril de Jaffa a Jerusalén. ¡Monstruosa obra! El progreso alguna vez llega a ser digno de maldición. Este es un caso. La tierra bíblica, la tierra de Santidad, el solar de las bellas y milenarias historias y leyendas, el suelo donde florecieron las maravillas que la pura palabra de Cristo sembró, va a ser prostituido por eso que llaman civilización y siglo XX. Este delito contra la leyenda es imperdonable por los poetas y sonadores. Se les arranca su fuente de vida. Tira todo el existir sobre dos piedras angulares: la *verdad* y la *fantasía*, y, como dice el propio Eça, la ilusión es tan útil como la certeza.

Los que nos acostumbramos a mirar los remotos países -Egipto, India, Palestina, Arabia- con los dos ojos del ensueño, no nos hacemos a que tengan historia, al modo como ahora se escribe esta ciencia en los países que cuenta con filósofos, arqueólogos y paleógrafos. Es más, fantaseamos la historia y la pulimos con leyendas y maravillas los que nacimos no sé si decadentes o poetas. Por eso cuando topamos con un libro sobre esos países escrito por un literato, nos consolamos de aquellos "dolores ciertos" que nos trajeron los fieles sacerdotes de la verdad, en secos, voluminosos y eruditos trabajos de investigación histórica.

Ahora es un libro del vate sevillano, con raigambres en Castilla, Felipe Cortines y Murube, el que nos place. Si yo supiera hacer orfebrería literaria sobre los poetas, la haría sobre quien escribió los libros que se titulan *De Andalucía* y *Nuevas Rimas*. Bien lo merecen la sonoridad, el entusiasmo, la corrección e inspiración de las estrofas que los nutren. Pero... preferimos esquematizar el viaje que el poeta giró a las tierras de Santidad.

Salimos de Sevilla un templado día de abril, del mes que se suavizan los vientos, y el llover se torna en harinear, y florecen las campiñas, y fecundan los pájaros, y hay un renacer en las sangres y en los espíritus, y es Primavera. Saltamos, rápidamente, a Barcelona. Un elegante paquebot nos aguarda en la serena tranquilidad azul del Mediterráneo. Le abordamos, y ya estamos con rumbo a la patria del Redentor. Caminamos al Oriente, al Oriente donde vino toda luz divina, por una ruta solitaria, adormecida, sin pájaros, sin bosques, sin costas. Las aguas del mar van dejando de ser azules para serlo verdosas. Asomaos a cubierta. ¿No columbráis torres, muchas torres con tejados pizarrosos y muchas rocas gigantes? Es Malta la española, la caballeresca, como dice el poeta peregrino. Luego otra vez el mar sereno y azul, y profundo, y tranquilo. Después Creta con un manto de nieve en las montañas que la amurallan.

El *Ile de France* toma nuevamente rumbo al Oriente. Siendo el 3 de Mayo toca en el puerto de Caifa. Nos apeamos de la embarcación; ya estamos en la tierra de los peregrinos. ¡Hemos llegado! ¿No sentís una muy tierna emoción al hollar vuestras sandalias pecadoras la tierra de las divinas consejas? Desde Caifa, bien entre las jorobas de los dromedarios, bien en los carricoches tirados por finos y cascabeleros caballos árabes, visitamos el Monte Carmelo, Nazareth, Monte Tabor, Tiberiades y su lago "sereno y encantador", Jerusalén, El Gólgota, el Monte Sión, Belén, Jericó, El Jordán, el Monte de los Olivos, Getsemaní...

En cada bíblico lugar se evoca su encantadora historia cristiana y se reza, inflamado el corazón de ardoridad, una oración.

El poeta Cortines y Murube, en calidad de peregrino, visitó todos estos lugares. Al finalizar cada excursión va anotando en un cuadernito sus diarias impresiones pasajeras. Luego, ya en la Ciudad de la Gracia, las retoca, las ordena, las pule y llévalas a la imprenta. (Se publicó el libro en la primavera del año 1912. Se tituló *Jornadas de un peregrino*).

Y al leer las notas que en prosa escribió el poeta sevillano, ya concluida la excursión peregrina del día, encerrado en su celda santa, rodeada de silenciosidad y encantos, alta y cálida la noche, embriagadora de perfumes bíblicos, plena de luceros y estrellas -cada lucero un divino misterio, cada estrella un poético milagro- hemos sentido la inspiración y fervoridad que el poeta cristiano y andaluz iba depositando en sus glosas prosaicas a los lugares del ensueño hecho vida.

En el "apunte" sólo queda consignado el esquema de la ruta, siguiendo el índice. El relleno, la fantasía y la musicalidad que puso Felipe Cortines y Murube sólo lo podemos adquirir leyendo las páginas del volumen así titulado: *Jornadas de un peregrino: Viaje a la Tierra Santa*.

Francisco Valdés.

Madrid, Febrero de 1915.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Número 28. 28/02/1915. Página 6.

DEL SENTIMIENTO: MELANCOLÍA

*«¿El amor a qué huele? Parece cuanndo se ama
Que todo el mundo tiene rumor de Primavera».*

La Alameda silenciosa se dejaba besar con mansedumbre por el oro del Sol que se derretía en el más saliente picacho de la Sierra azul. Rosas pálidas orlaban el cielo, limpiísimo en lo añil. Las acacias mecían sus ramajes nupciales, levemente, al arrullo de la brisa suave. Caían al suelo las flores de las acacias como mariposas de nieve con las alas tronchas. Iban naciendo los rutilantes luceritos en la clara penumbra del cielo. A lo lejos se desgranaba el trino de una alondra y la canción de una fontana. Los pájaros brincaban en las copas de los álamos. Y estremecían con su volar sonoro la paz de este anochecer de Mayo florido, perfumado, melancólico, sensualmente melancólico.

Nos sentábamos todos los ocasos, mi prima Ángela y yo, en un banco berroqueño de la Alameda. Su aya, en otro retirado banco, soñaba con las fantasías literarias de los poetas: si se turbaban sus ojos eran las "rimas becquerianas", si aleteaban los cartílagos de su nariz eran las travesuras amorosas de la sutil *Rachilde*.

Tenía mi prima Ángela dieciocho años. Era rubia, fina, menuda de cuerpo, la cara naranjada, salpicada de pecas como lunares de chocolate, los pies muy pequeños, los ojos verdes de mirar penetrante y agudo, clavellina la boca con unas flores de almendro despedazadas y en hilera puestas. Siempre vestía trajes claros y vaporosos.

Mi prima Ángela era mi novia. Yo la hacía versos sencillos y galanos, y mis palabras eran versos cuando para ella eran. Sentía mis canciones y acariciaba mis pensamientos con su dulce corazón. Sin los preámbulos amatorios llegaron nuestras almas a contemplarse con profunda ternura, a quererse. Charlábamos en alegre complacencia. La conversación más cotidiana recaía sobre los poetas; porque siempre fueron los poetas seres mimados y reverenciados por los que bien se aman.

De ordinario iba yo a su casa ya bien entrada la mañana. Concluidos tenía ella los quehaceres que tan devotamente ordena Fray Luis a las casadas. Su madre -una noble ancianita con plata en los cabellos- me quería tanto como a ella. Hermana de la que fue mi madre, desde que murió ésta, me tomó tanto cariño como mi madre tuvo para su único hijo.

-Buenos y santos días, madre Consuelo.

-Buenos y santos te los dé Dios, Juanín. ¿A loquear un poco? En el gabinete está tu prima.

-Allá voy,

¡Oh, aquel gabinete! En él columbró mi alma el inefable amor de corazón y caridad y consuelo. En él nacieron mis puras emociones, sin mancha de pecado mundano alguno. De mi biblioteca provinciana arrancaba los tomos de poesías y cuentos sentimentales para trasplantarlos en aquel gabinete. Los leíamos, mi prima Ángela y yo, en místico arrobamiento. Creíamos a los poetas seres superiores, capaces de igualarse con los ángeles del cielo. Vivíamos en la leyenda, en el ensueño; único modo de comprender y sentir a los poetas. Comentábamos las lecturas espiritualmente, las glosábamos con dulzura, las interpretábamos según nuestros sentires plácidos. Eran aquellas veladas mañaneras un culto romántico a la melancolía; un dejarse vivir sin vivir; como un sueño venturoso que al despertar aún siguiese; como una melodía de otros mundos ideales.

Luego llegaba la música. La música: consuelo de las almas inquietas; rumorosidad de oro,

ensoñaciones de la carne hecha espíritu y del espíritu hecho carne. Beethoven, Mozart, Grieg, Schumann, Chopin, Albéniz: las sonatas, los nocturnos, las suites, los motivos andaluces, las romanzas sin palabras, las sinfonías. Mi prima Ángela ponía su corazón en las notas de los maestros, y las claras y amigas notas se esparcían en el aire tibio del camerino, como si fuese el deshojarse un ramo de magnolias.

Yo, tras ella, cogida la frente pensativa con las manos, adivinaba las huellas emotivas que en su rostro dejaban las divinidades de "los colosos". Alguna vez remojaba una lágrima una ficha marfilina, y los dedos afilados, sedosos resbalaban al toparse con ella, dejando un suave claro de luna en el ambiente pletórico de lírica fantasía. Pero continuaba tocando porque su alma estaba hechizada por los sublimes arpeggios.

Y así, apartados del "mundanal ruido" seguían nuestras vidas la silenciosa y florida senda que nos lleva a trasponer los umbrales del ensueño. "¿El amor a qué huele? Parece cuando se ama Que todo el mundo tiene rumor de Primavera".

ENVÍO

A ti que eres "fina, honda, dulce", como dijo de otra amada, un poeta. A ti que te llamaste Ángela, y era tu nombre manso y luminoso como una pincelada del *divino* Rafael, o como un verso de Francis Jammes. A ti para que -ya recortada de la hoja volandera- esta sencilla historia sentimental, la guardes entre las hojas amarillas de los libros devotos que siguen haciendo soñar tu loca cabecita, y perfumando de misticismo y cristiandad tu alma. Yo guardo entre los versos de aquel que se llamó Gabriel y Galán, la fresca rosa que cogimos un amanecer en el rústico jardín provinciano, y tú la besaste antes de ofrecérmela.

Y el ofrecimiento de aquella rosa, deseo pagarle ahora, con mi "*Melancolía*".

Dios quiera que no sea una irreverencia a tus monjiles atavíos este recuerdo, que hoy - ¡Ángela!- stampa en las cuartillas la pureza de mi dolorido corazón.

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 29 y 30. 15-30/03/1915. Página 7.

LEYENDO. AL MARGEN DE UN LIBRO LAUREADO

El era un poeta, un poeta que soñaba viviendo y vivía soñando, como todos los que tienen locas las alondras del pensamiento. Era nuevo, garrido y pobre; no tenía voluntad porque había deseado mucho; no tenía, tampoco, amor en su corazón porque se consumió de tanto amar a las cosas y a las personas todas. Una vez, caminando en uno de estos trenes galopantes que enlazan las ciudades y las naciones, topó su fantasía con *Ella*: ella era buena moza, guapa, sencilla, mansa y sentimental como una canción primitiva y pastoril. Se cruzó el fuego de sus ojos y hubo hechizo y el hechizo se tornó en realidad. Se quisieron como Dios lo manda, como se quieren todos quienes no tengan envenenado el espíritu por esa cosa terrible y atrayente que llaman *exquisitez*. *Ella* era maragata. ¿Sabéis qué es ser maragata? Hay un rincón en Castilla, lindando con tierras leonesas, que llaman *Maragatería*. Es pobre el terruño y tan abandonado por los patricios que rigen los destinos nacionales como otras tierras que se asientan en mi Extremadura: Hurdes y Batuecas. Los maragatos son primitivos y rudos, carecen de principios. Yo no quiero presentároslos porque para ello -y a las mil maravillas- lo hacen las páginas que estamos glosando. Leedlas, leedlas, veréis....

"Poeta, poeta del rincón extremeño ¿a dónde vas con tus líricas disquisiciones? No te escarries, poeta novel y apasionado. Sigue el sendero que tu fantasía te trazó. ¿No recuerdas por dónde caminabas?"

¡Ahí sí; hablábamos de que se querían *Él* y *Ella*: el poeta y la niña maragata. ¿Sus nombres? Paciencia, un poquito de paciencia, todo se andará, sin precipitaciones, sin saltitos perniciosos. Se amaban decíamos, ¿verdad?

"Alto, poeta, estás cayendo en una contradicción formidable; eres todo fantasía, divagación. ¿No recuerdas lo que dijiste hace dos minutos? ¿No dijiste, poeta fantasioso y noveletero, que en el corazón de *Él* no ardía la llama amorosa y sublime, la llama redentora, la llama del amor, la que al "Nazareno" le consumía las entrañas divinas de tanto arder, de tanto alumbrar, la que se apagó más tarde con el hielo que los hombres tenían en los corazones? Sí, lo decías, desmemoriado poeta".

Sí lo decía, me acuerdo muy bien porque no ha mucho tiempo de ello. Eres tú, interlocutor entrometido, quien corta el hilo de mis divagaciones. No te extrañe que *Él* y *Ella* se amasen aun cuando *Él* no pudiera amar ya, de tanto repartir amor por la Vida. *Ella* le quería a *Él* y *Él* "creía" querer a *Ella*. He aquí el por qué de no ser felices y por lo que la novela es interesante y asaz dolorosa.

"Poeta glosador, pero ahora resulta que comentas y explicas una novela. ¡Oh, poeta, cuan raro eres! ¡De cuántas artes y tretas te vales para encontrar la originalidad!"

No interrumpas, atiende, escucha, empedernido interlocutor; ¡iqué afán por cortar la hilazón de mi discurso! Me explicaré. Se llama la novela -y no *nivola*, sino novela tal como lo ordena la Poética clásica y la tradición estética-, *La Esfinge Maragata*, que ha sido laureada por la Real Academia Española en el presente año con el premio Fastenrath; su autor es la alta y castiza prosista del lenguaje de Castilla, Concha Espina. Sigamos contando la tramazón, el asunto, o argumento, o "vida" de la novela, y de esta manera remedaremos a los críticos españoles que en los confines del siglo pasado hacían cuando trataban de criticar la última obra salida de las prensas. ¿Nombres? *Él*, el poeta, se llamaba Rogerio Terán; *Ella*, la niña maragata, Florinda, por otro nombre *Mariflor*, ya que en el país de Maragatería los nombres "finos" no suelen usarse y a las mujeres se las nombra por Maripepa, Marirrosas, Marianela, Mariluísas, etc. Se encontraron en el tren y *Ella* quedó prendada del poeta.

Caminaba Mariflor hacia una aldea asentada en el corazón del terruño maragato. No tenía madre, y el padre como si no le hubiera, por cuanto tomó rumbos a las tierras nuevas de las "hijas de España": Iba a refugiarse entre la familia que la quedaba: la abuela, una tía, unos primos... Y esperaban que *Ella* los sacara a flote del naufragio económico que corrían.

"Poeta, poeta metido a crítico, embrollas el asunto; te sucede tal que les sucede a los malos críticos teatrales: quieren exponer el argumento de la comedia en breves frases y le obscurecen y tergiversan después de haber hecho hartos equilibrios palabreros y haber rellenado de prosa confusa e incoherente columnas y columnas del periódico. Recuerda que *Clarín*, según dejó escrito, no había podido enterarse jamás del asunto de un drama al leer la crítica de él".

Clarín, querido interlocutor, era algo exageradillo y rencoroso. *Clarín* era crítico... Pero no divaguemos. Veamos, analicemos, acotemos, aclaremos. Acaso lleves razón, inexorable interlocutor; es más difícil de lo que parece resumir el argumento de una obra. Es cosa complicada esto del argumento en las novelas que son novelas y no *nivelas*. Y sobre todo que para enterarse del argumento... ahí está la obra, ella mejor que nadie puede hacerlo. Pero ya que hemos empezado... Decíamos que en Mariflor veían sus parientes arruinados la tabla de salvación. Es extraño esto, ¿verdad? *Ella* era pobre. ¿Por dónde les podían llegar las monedas salvadoras? En el país de Maragatería se conciertan las bodas entre los padres de los futuros novios y esposos. Y el padre de Mariflor habíase apalabrado con un pariente harto hacendado, repleto de peluconas y doblones, dueño y señor de buen número de fanegas de labrantía; pero, ¡qué demonio!, la chica soñaba y se encaprichó con el poeta. Contribuyeron a ello aquellas cartas henchidas de amorosa literatura, aquella primera conversación en el tren al alborear el día de primavera en las tierras galaico-maragatas, aquellos versos tan apasionados, tan armoniosos, tan cálidos, tan dulces, tan sentimentales que cosquilleaban y hacían llorar al alma de la maragata. No, Mariflor no podía querer a su primo, el de los bolsillos repletos de onzas de oro y monedas de plata; no le conocía, era rústico, era interesado por demás y la quería comprar con su oro. *Ella* habíase educado en otras regiones españolas donde a los corazones no se les ponía trabas, donde imperaba la vida moderna, donde reinaban las costumbres nuevas, donde residían las modas y los decires de las grandes urbes.

Y pasaba el tiempo: las amonestaciones de la familia eran constantes, la ruina inmediata, segura y completa; el poeta ya no escribía. Si vosotros leyeseis *La Esfinge Maragata* veríais el profundo sufrimiento de Mariflor. Hasta que un día se recibe una epístola, una breve y concisa epístola que Rogerio Terán escribe al párroco de "Valdecruces" -amigo suyo- una epístola terrible dirigida a Mariflor. En ella anuncia el poeta su desamor por la mocita maragata. No hay lágrimas, ni sofocones, ni gritos, ni rebeldías, ni desmayos, ni suicidio, ni cosa alguna. Silencio. Mariflor lee el contenido de la epístola hasta llegar a la mitad, le basta con eso para comprenderla toda. Serena, inmutable, altiva, heroína de un poema bárbaro, antiguo y sentimental, dice al sacerdote que la ofreció la carta: "Puede Vd. escribir a mi padre que me caso con mi primo". Y al tiempo de pronunciar estas palabras que tronchan su felicidad, siente como si una fina daga la taladrara las entrañas. No ha pasado nada más en la novela de Concha Espina.

"Poco pasar es, poeta glosador y precipitado; sondea tu memoria, encontrarás muchos episodios que adornarán la *médula* de la fábula".

Razón te sobra, empedernido interlocutor, pero yo te replico que a quien le plazca enterarse de los muchos que existen en ella la lea; ¡ahí es nada presentar todo lo que sucede en un libro de esta índole! en uno de estos libros que tan escasamente se escriben hoy día en la tierra española.

Hay muchas novelas en las que no sucede nada externo, todo son diferentes posiciones

espirituales del protagonista, diversos momentos psicológicos del personaje central, un sucederse incoherente de estados espirituales del autor encarnados en un tipo; son tratados novelescos de filosofía subjetiva o meditación; son, como dijo el paradójico e ingenioso Unamuno, *nivelas*, y para encasillarlas en un género literario determinado, hay que inventarle. Pero novelas, tal como lo ordena la tradición literaria y preceptista, con principio, desarrollo, desenlace, episodios, trama, orden y concierto, claridad y aventuras; un trozo de vida externa, ordinaria, arrancada de lo real y sublimizada por el genio artístico del autor hasta llegar a crear emociones, no lo son.

“Un momento, poeta preceptista; quiero replicarte; no sé si te habrás dado cuenta que aquí no se desea que teorices sobre el concepto de novela: otros momentos serán más apropiado para ello; ahora se requiere que nos hables, que nos sigas hablando de *La Esfinge Maragata* que es lo que te propusiste al comienzo. Síguenos hablando de la última novela de Concha Espina; concreta, cíñete al tema elegido, no divagues, no pierdas el tiempo con sutilezas y teorías estéticas”.

Bien, incorregible interlocutor, eres maligno y atinado en tus apostillas interlocutivas, como un escritor que yo conozco y que escribió tres o cuatro *nivelas* llenas de sátiras intencionadas y sangrientas; pero yo no puedo darte gusto por hoy; tendría que invertir mucho tiempo, tiempo del que no dispongo. Sólo como final te diré que *La Esfinge Maragata* es sobresaliente en su clase y que todas las cosas que en ella se cuentan, lo están, empleando un estilo limpio, sencillo, castizo y lleno de bellezas y agradables florituras. Concha Espina, que ya se ha ganado una reputación con las cuatro novelas que escribió, maneja la lengua castellana con maestría y galanura. Yo dije en otros papeles que en su lenguaje no había la sonoridad bronceada de Ricardo León, ni la paganía y exquisitez del autor de *Las sonatas*, pero sí la llana fluidez y mansa reciedumbre del maestro Galdós, más femeninas y sencillamente sentimentales: como estilo de mujer que es.

“Maravillado me quedas, poeta criticista y ramplón; ¿todo eso es cuanto se te ocurre decir sobre *La Esfinge Maragata*? Se me antoja que eres pobre en críticas y mediado en glosas. Te doy un consejo: cuando otra vez trates de criticar, o glosar, o comentar una obra, fuerza tu cerebro hasta volcar en las cuartillas “todo cuanto viva en el libro que comentas” y no andes con equilibrios imagineros y rodeos insubstanciales; no conduce esto a algo”.

¿Leíste, acaso, interlocutor malicioso, *La Esfinge Maragata*, para saber si la glosé bien o mal?

“No la leí aún, pero colígese por lo que mal dijiste, poeta, que en la obra en cuestión debe anidar una plétora de maravillas literarias, que tú ni siquiera has evocado, ni apuntado; cuando la lea contestaré a todo cuanto has dejado escrito y a cuanto escribas desde ahora”.

Te contentarás, interlocutor enemigo, con responder a lo que dejé escrito, porque aquí mismo hago punto final. Y digo: el que desee enterarse de todos los tesoros literarios y emocionales que integran las páginas de esta novela que escribió Concha Espina, la lea, la lea con atención y cariño, y seguramente, ya que no otra cosa, me quedará agradecido.

Francisco Valdés.

Extremadura, 1915.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Número 31. 15/04/1915. Páginas 7-8.

SOBRE LA ESCULTURA

Se pretende en este artículo discurrir -sin ánimo de poner cátedra ni profundizar, criticando-, acerca de un tema tan interesante como es el de la escultura. Ha motivado esta modesta empresa de divulgación artística, las recientes visitas giradas a la Exposición Nacional de Bellas Artes que hogaño se celebra en Madrid.

Dejemos a un lado la pintura; no es do nuestra incumbencia en los presentes momentos. Concretémonos a la escultura.

Se han presentado, mejor dicho, se han admitido en la Exposición hasta 93 bustos escultóricos. De estas 93 esculturas reputamos como verdaderas obras de arte la media decena que ha presentado Mateo Inurria, escultor nacido en Córdoba, como el pintor de las Melancolías andaluzas; Julio Romero de Torres. Solamente estos seis estudios escultóricos nos han parecido dignos de tomarse en cuenta, situándonos, claro está, dentro de un exigente plano artístico.

Acaso pueda parecer harto estrecho y riguroso este personal criterio. He de advertir que no soy un crítico de arte, un juzgador. Soy simplemente un "sentidor" -valga la palabra- artístico. Tuesto ante una obra de arte, la contemplo, la admiro, la estadio y emito mi impresión o sentencia conforme me la dicta mi sentido de lo bello, mi "conciencia estética". Por consiguiente, en mi opinión sólo entra un elemento: mi personalidad, mi gusto, mi contenido espiritual, mi cultura. Este juicio que yo puedo dar tiene mucho, escaso o ningún valor. Depende su valoración o estima de la riqueza de elementos culturales que posea mi espiritualidad.

Quiero hacer ver la diferencia que existe entre el juicio que da un aficionado, un diletante del Arte -suponiéndole siempre cierta cantidad de cultura- al que emite un crítico, que, desentendiéndose de todo subjetivismo, de su temperamento, hace un estudio objetivo, universal, fundándose en las leyes y teorías estéticas y comparando la obra criticada con las que pertenecen a otras escuelas, estilos, técnicas y edades.

Llevando esta misma cuestión al mundo jurídico moral tenemos ocasión de verla con cierta claridad.

Hubo en Francia, hace poco más o menos una docena de años, un presidente de un tribunal de Derecho, establecido en Château-Thierry, al que llamaron "el buen juez". ¿Por qué le llamaron el buen juez? Sencillamente porque resolvía y sentenciaba las cuestiones y las controversias que se le presentaban con arreglo a su conciencia, sin hacer el menor caso de las leyes preestablecidas y promulgadas y consignadas en los códigos. Era un criterio personal que levantó grandes y severas protestas por parte de los timoratos y apegados a la letra de las leyes. Aquí tenemos, pues, un hombre que juzga sin consultar preceptos y mandamientos escritos. Y opuesto a él los que para determinar el resolver una cuestión se atienen a lo que ordenan las normas establecidas.

Ahora bien: el valor -dentro del orden moral, no jurídico- que tengan estas sentencias morales-jurídicas, están en relación inexorable con la conciencia del que las dicta. A un criminal, a un malvado no podría permitírsele sentenciar de esta manera. Pero a un hombre austero, honrado, íntegro, ¿por qué no?

Una cosa parecida sucede en Arte: hay "el buen juez" artístico, y hay el "crítico" que es, como si dijéramos, un magistrado de nuestro Tribunal Supremo. Aquél es el hombre de corazón, éste es el hombre de ciencia; pero aquél ha de tener buen corazón y éste no ha de tenerle, ha de despojarse de él al juzgar. Sólo tiene que mirar a la letra y al espíritu de ley.

Que en el Arte son las leyes de estética formuladas y “científicamente” comprobadas por los teorizantes del Arte. Pues, aunque no claramente definidas, las hay. De lo contrario el más necio o sutil pudiera creerse asistido de razón. Y no están reguladas ni expresamente mandadas, porque si así fuere, se llegaría a un dogmatismo artístico que es precisamente un contrasentido, un absurdo. Y ¿a quién pudiera considerarse con derechos para aclamarle legislador de Arte? Todos estamos viendo las equivocaciones de los Jurados en las Exposiciones. Un ejemplo: cuando Augusto Rodín expuso en el Salón de 1882 *San Juan Bautista* y la *Edad de Bronce* se le concedió una tercera medalla! En el Salón de 1864 quiso exponer *El hombre de la nariz rota*, pero fue rechazado por el Jurado! Estas tres esculturas han sido consagradas después, por el público y la crítica, hasta el punto de poder decir que de ellas arranca un moderno Renacimiento escultórico.

Desde hace algún tiempo me tiene preocupado el problema de la emoción escultórica. Creo que entre las Bellas Artes, la más difícil de comprensión y sentimiento es la Escultura. Llegaría a afirmar que sentir la Escultura es signo de superioridad humana. Si echamos una ojeada a la Historia del Arte, vemos qué diferencia numérica existe entre los genios de la Escultura y los hombres que descollaron en cualquiera de las demás Artes Bellas. ¿Qué explicación podemos dar de esta escasez de escultores? ¿Pudiera admitirse que los medios de expresión en la Escultura son más restringidos que en las otras hermanas suyas? No creo que esta explicación sea admisible. No. Si al escultor no le dan más que un trozo de mármol y una escudilla o un cincel para que represente su pensamiento, al pintor no le dan más que unos colores, unos pinceles y un lienzo, y al literato unas letras, una pluma y unos blancos papeles. Luego, que ellos combinen estos elementos en la manera que su talento les ordene. No está el problema en la forma, en los medios, esto es cosa bien diferente y sin importancia. Puede un artista modelar una cabeza, un busto con perfecta belleza, y aquel modelado no contener vida alguna, fuego interior, ser una estatua muerta, fría, vulgar. Oíd lo que decía Leonardo de Vinci: “Pintarás la figura en tal acción que baste para demostrar lo que el personaje tiene en el alma; de lo contrario tu obra no será loable. El buen pintor ha de realizar dos cosas principales, a saber; el hombre y el concepto de su espíritu. Lo primero es fácil; lo segundo difícil porque ha de figurarse con los gestos y el juego de los miembros”. Sustituid la palabra pintor por escultor y aquí tenéis un esbozo de estética escultórica, como también esa diferencia entre forma y fondo a que venimos aludiendo.

El artista tiene que buscar una idea, un concepto, un momento espiritual, una emoción, un pensamiento. Ya propietario de ella la da forma empleando los medios que se conformen con sus aptitudes artísticas. Y he aquí la obra de arte. Si el artista encuentra en la Naturaleza las fuentes de sus ideas se le puede llamar realista, naturalista; si las forja con el poderío fantaseador de su propio espíritu estamos en presencia de un idealista, de un soñador. Este último modo de ser en Arte, corre graves peligros el emplearlo; se cae con facilidad en lucubraciones y visiones demasiado ridículas y despreciables. También con el primero. Decía el escultor Lisipo al artista, que su único maestro fuera la Naturaleza. Pero ¿cómo ha de ver y sentir el artista la Naturaleza? Rodín, por ejemplo, habla constantemente de la Naturaleza, de sus secretos y de su belleza. El publicista inglés Dircks nos dice que al acercarse a ella no lo hace con ideas preconcebidas, que no se cuida de componerla, de embellecerla, porque ella cuenta con sobrados medios para hacerlo. “La Nature -exclama Rodín- se compone elle mene”. No recuerdo quién dijo que Rodín hablaba del arte como un labrador de sus cosechas. Y, a pesar de todo ello, el arte de Rodín es algo más que Naturaleza: es idea. Así, al modelar la estatua de Balzac, además de tener en cuenta alguna pintura-retrato del autor, y estudiar a los personajes del país donde nació el gran novelista, estudia a fondo la *Comédie Humaine* y el resultado de este estudio es el monumento. Tanto es así que la sociedad que le encargó el monumento -Lo *Société des Gens de Lettres*- no lo admitió (por cuanto no se parecía a Balzac! Se ve que en este caso hay un elemento importantísimo, integrante de la escultura citada, a más de la Naturaleza, y es: la idea, el espíritu, la *come-*

dia humana. ¡Qué le importaba a Augusto Rodín que tuviera su busto modelado parecido con la figura de Balzac! Lo mismo pudiéramos hacer notar con *Le penseur*, en donde quiso dejar impreso el alma religiosa y heroica del Dante. Los escultores griegos también se inspiraban en la madre Naturaleza, añadiendo en sus obras la serenidad, la armonía, la eutimía de sus temperamentos. Retrocedamos un poco más y en Egipto, en Asiria, en Persia encontramos el realismo, un realismo brutal y grosero porque las almas de aquellos desconocidos talladores era así: brutal, incipiente, fuertemente sincera. Yo no sé si por el Norte realista, naturalista que siempre ha seguido la escultura es por lo que ha dicho el cultísimo José M^a Izquierdo que es la más "clásica" de las Bellas Artes.

Yo veo la Naturaleza domada por una seguridad serena, por un temperamento clásico, equilibrado en las esculturas que Mateo Inurria presenta en la actual Exposición. El *Desnudo de mujer*, el *Busto de mujer*, la *Gitana*, me parecen tres bellas luminarias que se encienden en la fría y yerma llanura de la Escultura moderna española. Y puede asegurarse que los tales estudios son ensayos no más; anuncios de grandes y recias esculturas. Es hora ya que tenga la nación un escultor. Como se siente la necesidad de él es paseando por esos jardines, playas y plazoletas donde la impotencia y la incompreensión escultórica ha *inmortalizado* a nuestros grandes prestigios políticos de la pasada centuria. Dan grima y dolor estas contemplaciones.

Pensamientos dispersos e inseguros se han expuesto en las anteriores líneas. Sobre todo lo enunciado debía meditar profundamente; porque del esfuerzo que se hiciera puede salir un renacimiento escultórico español, ya que tanta falta hace para perennizar nuestras glorias pasadas, y no al modo, como hasta aquí se ha venido haciendo, rutinariamente, aferrados a una tradición ficticia y equivocada. La garra del tópico hizo carne, sobradamente, en la Escultura. Laboremos todos porque el camino nuevo se abra.

Es un problema de cultura, simplemente.

El Sr. Ministro de Instrucción tiene la palabra....

Francisco Valdés.

Madrid, Junio de 1915.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 37. 15/07/1915. Páginas 11-13.

SOBRE LA GUERRA. PALABRAS VACÍAS

Mira conmigo, hermano, este hombre que no traspasa las fronteras de la juventud, balanceándose a mi diestra en una curvada mecedora, en actitud expectante y abandonada. Fuma, y, a pequeños sorbos, ingiere una taza de café, deleitándose con ello. Este hombre es cetrino, pequeñujo, dolicocefalo, cejijunto; más bien cae del lado de la perezosa tristeza, que del de la ratonil nerviosidad. Tiene una mirada de lince, tortuosa, sin franqueza; suele perfumarse, usar joyas relumbrantes y vestir con presuntuosa elegancia, sin llegar, ni mucho menos, al dandismo.

Otras mecedoras se ocupan, y alrededor de una mesita ligera forman un octógono cuyos lados pónense en balanceo. Son nuevos contertulianos que llegan, después de la pitanza nocheriega, a esparcir el ánimo, a comentar lo cotidiano, lo sin importancia. Somos recientes en esta tertulia que se forma en la terraza del casino ciudadano. Contestamos con monosílabos a las impertinencias que suelen interrogar. Y luego a este hombre de quien hicimos mención, que curioseó nuestro criterio sobre la tragedia europea, por corresponderle, le devolvimos la pregunta, pero exenta de curiosidad. Y nos dijo: "yo también soy germanófilo, pero hasta la médula".

Al siguiente día fuimos a oír misa porque era fiesta de guardar. Una vez que vimos salir a las pueblerinas del templo, marchamos a la plaza, por estirar las piernas en idas y venidas a lo largo del arenoso recinto. Sombreaban unos corpulentos árboles ancianos. Sin embargo hacíase sentir la sofocante calorina que nos anuncia la fiesta del patrón español, venerado en la ciudad compostelana.

Se comenzó a charlar de la guerra, del ya célebre manifiesto de los llamados intelectuales. Discutían los acompañantes a estilo español, que quiere decir, con apasionamiento y frivolidad; desconociendo la materia, leguleyamente, tópicamente. Era la suya una conversación vulgar, y era una continuada ristra de lugares comunes esparcidos por los diarios defensores de una u otra banda guerrreadora. Dijo uno, que admiraba la sabiduría de Vázquez de Mella, a otro que juzgaba grande la oratoria de D. Melquiades Álvarez: "Ya se ve que eres francófilo". A lo que arguyó el interpelado: "francófilo... y hasta la médula".

Este segundo hombre, también lleno de juventud, que le llegaban las convicciones hasta la misma médula, era bigotudo, sonrosado, rubicundo, gallardo; hablaba con cierta corrección y como oyéndose; su mirada era de generosidad, se ataviaba sin pordiosería, pero sin suntuosidad. Andaba cursando Leyes en una vieja e histórica Universidad castellana, y, al decir de un compañero, era dado al palique galante con las honestas damas y a escribir versos pomposos y relumbrantes como los de D. Salvador Rueda. Por no se sabe qué extrañeza nos dimos a manejar y extraer el jugo y significación a esta frase que hubieron de pronunciar con tanto orgullo el germanófilo y el francófilo. No pudimos sacar consecuencia precisa y cierta; mas sí comenzamos a divagar -como de costumbre-.

En una página de la novela barojista que se llama *Aurora Roja* encontramos una frase, que, por boca de un voluntarioso anarquista, nos dice el autor de *Paradox*, rey. No recordamos "ad pedem literae" la frase aludida; tengamos en cuenta nuestra escasez memorista; tengamos en cuenta que la novela está lejos de nuestro alcance. La frase en cuestión nos avisa del fanatismo que los españoles tenemos por una determinada creencia, sea cual sea. Lo mismo da creer en la Pilarica que en las ideas de Sebastián Faure, en el talento político de Maura que en el arte taurino del Gaona; las cosas en que se cree pueden ser las más diversas, pero la creencia que en ellas se pone es de la misma estirpe. Se cree en las cosas sin

reflexionar en ellas, ciegamente, impulsivamente. Llegan a ser dogmas que nos imponen, o que nos imponemos nosotros mismos; hay necesidad de seguirlos por encima de todo, sin titubeos, sin flaquezas. Una de las cosas más difíciles en la tierra española es que, bien un libro, una conferencia, un consejo, o la propia experiencia, nos hagan tornar de opinión o parecer. Cuando el cronista oyó a Andrés González-Blanco que la obra de Simarro, escrita sobre el asunto Ferrer, habíale hecho variar de criterio, radicalmente, sobre el tan debatido asunto ferrerista, quedó asustado de tanta extrañeza. El erudito crítico hacía honor a su profesión literaria: crítica es cabal oposición a dogmatismo.

El hombre joven que se dijo germanófilo hasta la médula, como aquel otro que proclamóse francófilo, son dogmáticos y conservadores. Tienen el espíritu cerrado a la crítica. Perdería el primero la mano derecha antes que hacerse partidario de la patria de Napoleón; y dejaríase arrebatar la vida antes que decir -solamente decir- que la Gran Bretaña no es una pérfida nación enemiga de la Humanidad, en particular de España. Del segundo dígame lo mismo, invirtiendo los términos. ¿Dónde están las razones que asisten a estos jóvenes hombres para reverenciar a Francia y Alemania y para odiarlas, respectivamente? Yo les conozco y sé cuánto da de sí su sabiduría, su cultura, su talento. Ellos no sabrán atinar con los argumentos de sus amores y odios a las naciones que defienden y desprecian; pero, en cambio, vocearán que son partidarios y adversarios de ellas... hasta la médula. ¡Si fuera, al menos, cuestión de simpatía! Mas, ¿puede sentirse simpatía por lo totalmente desconocido, por lo ignorado, por lo ignoto? Y en caso que se contestase afirmativamente esta interrogación, tendríamos un apura y cálida simpatía llena de romanticismo y blandura y ensueño. Lo que no puede compararse con esta terquedad defensiva que va ligada al odio por el contrario en pelea, al desprecio por el rival. Es incomprensible que un germanófilo no sea enemigo de Inglaterra. Que levante la mano aquel belmontista que no sea joselófobo.

Hay que tener en cuenta, hermano, que este hombre entusiasta del Imperio teutón y aquel otro, su enemigo, que admira a Francia, se alimentan exclusivamente, en lo tocante al intelecto, del pasto que esparcen los diarios. Esta es su única fuente de conocimientos, esto constituye su completa información. ¿Sabéis por qué decimos esto? No es por otra cosa que por aquella de haberse empadronado en una banda guerrera, desde los primeros chispazos de la tormenta sangrienta. ¿Corazonada? ¿Instinto? Cuando ante nosotros tenemos dos cartas para elegir, necesitamos decidirnos por una de ellas, si tratamos de apostar. ¿Quién nos dice que ha de salir gananciosa por la que apostamos? ¿Qué razones y argumentos poseemos para jugar al siete de copas y no al tres de oros? Y sin embargo jugamos al siete y tenemos confianza en su triunfo. Estalló el juego de la guerra y hubimos de decidirnos por una carta bélica. ¿Por cuál? ¡Ah! esto, esto es lo incomprensible, lo insondable. Y permanecer neutrales no era posible, pues que somos viciosos jugadores.

Acaso la única explicación que pudiese darse a estas proclamaciones súbitas, a estos rápidos partidismos, es teniendo presente nuestra constitución dogmática. El dogmatismo impera. Tener fe ciega es un viejo componente de la sangre hispana. Miguel Servet la descubrió y si no atinó con este cuerpo fue porque no le dieron tiempo para ello. Calvino encargóse de patentizarlo. Y aquí, en esta ocasión, traspasa los límites geográficos de España. Tenemos fe, fe ciega, en bruto, irreflexiva, impremeditada, recta. ¿Es salvadora esta clase de fe que no fue precedida de la duda? Si un hombre sólo conoce el sendero del Bien es claro que le seguirá fatalmente, llevado de su nativa Bondad. No es este el hombre bueno, el hombre ejemplar, el hombre moral puro. Es preciso que se nos abran los dos caminos - como en el díptico de Romero de Torres: el pecado y la gracia, el camino del bien y el camino del mal. Si luego de meditar por cuál de los dos debemos ir, la conciencia y la razón - sobre todo la razón- nos dicen que por el senderito lleno de bondad, entonces seremos el hombre perfecto y bueno por excelencia.

El dogmatismo, la fe ciega son los culpables de la germanofilia y francofilia, germanofobia y francofobia españolas, en la mayor parte de los casos.

La tremenda lucha estremeció los dormidos instintos intelectuales. Hubo necesidad perentoria de proclamarse partidario de uno u otro bando guerrero. ¿Cómo, por qué, obedeciendo a cuales principios? El conflicto espiritual apenas fue viable; la duda no cuajó, fue como un soplo la incertidumbre. Señaló el corazón una palabra que pasó, sin madurar, a los labios, disparándose, rápida como una flecha, sonora como una trompeta bíblica. Para la persistencia y predominio de este credo estaba la fe, la fe ciega, la que no descarrila, la que pasa rectilínea, caiga lo que caiga.

Francófilos y germanófilos: dos nombres vacíos, sin contenido, huecos; dos vocablos necios, dos palabras sin esencias, vituperables. En un lugar donde es exotismo la crítica racional y serena y meditada, no pueden tener valor y consistencia estas palabras, y sus similares y opuestas. La mayoría de las veces carecen de contenido y significación.

Por eso me acordé, al conjuro de las frases hermanas que pronunciaron el germanófilo y el francófilo, de este nombre luminoso que llena una filosofía: Kant, Emmanuel Kant, el Kant de la "Crítica de la razón pura".

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Número 40. 30/08/1915. Páginas 3-4.

LEYENDO: UNA CONFERENCIA

Viene realizando José Francés desde hace un par de años, en las páginas de varias revistas, principalmente en las de *Mundo Gráfico* y *La Esfera*, una importante labor artística, digna de encomio y loa. Su actividad intelectual, multiforme y fecunda, ha invadido diversos géneros literarios, y en algunos ha logrado ocupar un puesto envidiable, tal como cuentista y novelista. Pero donde cuenta con mayores méritos y condiciones es en esta ocupación literaria que llaman crítica, y dentro de ella en la crítica de arte, de pintura.

A medida que las bellas artes, todas en general, han ido aupando y resurgiendo en España desde hace un par de decenas de años, han aparecido, en creciente aumento, críticos y comentaristas, para descargar sobre las producciones originales el contenido de sus espiritalidades, de sus erudiciones, de sus talentos. Acaso la crítica literaria, libresca, haya permanecido estacionada y continúe sepultada casi en absoluto. La gente joven se ha dado más a crear -se habla de literatura- que a criticar. Y esto lo entiendo yo por ver más "facilidad" en la primera que en la segunda condición. El más nulo de pensamiento posee la facultad creadora; no así la crítica, reservada a quien está dotado de más altos talentos y potencias intelectivas. Porque crear es bien fácil aunque, claro está, esto que suele llamarse crear es meramente copiar, repetir, destrozar las "obras eternas" que nos antecedieron, o, simplemente, amañar unas cuantas sandeces, tonturas o disparates incoherentes, o bien engarzados por la fantasía barata y artificiosa de los que, sacrílegamente, se llaman literatos. Pero ya la facultad de criticar es harto más intrincada y dificultosa. El crítico no puede por menos que necesitar erudición, conocimientos de filosofía, estética, poética e historia, discernimiento, ecuanimidad y ajustarse al viejo principio de los jurisconsultos justinianos: *sumt cuique tribuere*, importantísimo requisito para la crítica literaria, como que es su fundamento y para consentirle se precisan condiciones naturales: (aptitud, sinceridad, rectitud) y adquiridas: (conocimientos diversos).

Entre todos estos muchachos jóvenes que se dedican a la crítica artística se distinguen Ramón Pérez de Ayala, Manuel Abril, José Francés, por otro nombre "Silvio Lago". Apartémonos de Pérez de Ayala, por no ser esta su primordial ocupación, y de Abril porque... nos propusimos hablar exclusivamente de José Francés; y no de José Francés en su totalidad como crítico, sino restringiendo la palabra hasta pararnos en crítico de caricaturistas, y de caricaturistas españoles contemporáneos. (Siempre nuestros artículos tuvieron este carácter restrictivo).

No hará un par de meses que en el Ateneo de Madrid dio el autor de *La guarida* una conferencia sobre "la caricatura española contemporánea": un resumen de lo que en repetidos artículos ha venido consignando desde hace tiempo. Atengámonos a las páginas, hoy publicadas, de esa substanciosa conferencia o folleto. Se hace en ellas, a grandes rasgos, la historia de la caricatura española a partir de Goya. Remontarse a más lejanos tiempos sería perderse entre las más espesas tinieblas artísticas. Goya, según el conferenciante, es el primer caricaturista español en orden al tiempo y al mérito o importancia. Desde Goya hay que saltar a los novísimos caricaturistas contemporáneos que son los que nosotros pretendemos glosar. Glosar dijimos y dijimos a la ligera. No es esto lo que nos proponemos. Quedan glosados, presentados ellos en las páginas de la conferencia. Allí están Sancha el inconfundible "pintor de muchachas y niños"; *Sileno* "el caricaturista político por excelencia" que ha llenado de figuras -¿un poco torpes, un tanto groseras?- las páginas de exregocijante "Gedeón"; *Apt* "profundo y ligero al mismo tiempo, que ha comprendido que también el lápiz del caricaturista puede y debe ser hecho piqueta, guillotina y látigo"; Tóvar, "el más popular"; *Echea* obsesionado por la pintura de las viejas arrugadas y marchitas; Ricardo

Marín que “representa en la caricatura española el impresionismo”, maravilloso comentador de la Fiesta nacional. *Tito* cómico y trágico, rebelde como *Apt*; Robledano; Fresno; Manchón, el melancólico, el sombrío, el pesimista, como Pío Baroja; Sebastián Miranda, que sustituye el lápiz por el cortaplumas o la máquina de marquetear; Juan Alcalá del Olmo; Bagaría; Bartolozzi; Bujados que conocéis como poeta y como dibujante los lectores de BÉTICA; Pellicer; D'Hoy y otros algunos catalanes desconocidos por el autor de estas líneas.

José Francés ha esquematizado la silueta de cada uno de ellos para poderlos presentar en los reducidos límites de una conferencia. Esto es un mal y un bien. Un mal porque la importancia de los humoristas de la pintura que hoy existen en España necesitan más detenimiento y extensión; un bien porque ha sintetizado certeramente las características de cada cual, como también si atendemos al público español todavía un poco prevenido contra estas últimas virtuciones artísticas, pues que se cansaría si la síntesis se tomase en divagación; y estas críticas que Francés hace tienen por principal atención enterar al público del movimiento artístico, novísimo y desconcertante y atrevido.

Nuestra conformidad con las opiniones que se exponen en la conferencia no es absoluta; sobre todo en la importancia que a algunos dibujantes ha dado Francés y a otros ha restado. Están, por ejemplo, *Sileno*, Fresno, Robledano, Tóvar, que no nos merecen confianza artística, ni estimación estética sus dibujos. Yo no sé si la fecundidad excesiva los ha perjudicado. Sus tipos son viejos, pasados, fuera del tiempo. Hoy la característica fundamental de la caricatura es el exotismo, la rareza, la audacia, la arbitrariedad. Es un arte puramente arbitrario, enemigo del sentido común y de la lógica. No importa que una caricatura “no se parezca al caricaturizado”; porque las personas, las cosas, las edades -todo- tienen un momento, un detalle, un rasgo, una actitud que las caracteriza y las da un se lo inconfundible, personal, único; esto es lo que tiene que ver y aprisionar con el lápiz el caricaturista. A lo mejor con dos líneas se hace una caricatura perfecta, y no lo es, en cambio, una de Fresno después de haber salido en ella todas las líneas del personaje. Es decir, que así como la pintura no es una fotografía en colores, la caricatura no debe ser una ridiculización satírica de la fotografía. He tenido ocasión de observar en la reciente Exposición de pintura cubista celebrada en Madrid, unas caricaturas de Bagaría; estas caricaturas, originalísimas, tenían una simplicidad, una austeridad de líneas tan formidable que a más no se puede llegar. Y no había más que toparse con ellas para decir este es *tal*, aquel es *cual*, el otro es *mengano*. Si luego os acercabais a los dibujos y los analizabais, hubierais notado que aquella primera impresión de conjunto, aquel golpe de vista primero se esfumaba y no quedaban más que líneas impecables, exactas, absurdas que no tenían nada que ver con las facciones de las caras dibujadas, caricaturizadas. La caricatura de Anselmo Miguel Nieto, por ejemplo, era un caracol y aquel caracol, ornado con unos ricitos en la parte más abultada, era... Anselmo Miguel Nieto, el meritísimo pintor. Este procedimiento puede cambiarse hasta el extremo opuesto y llegar a ser una falsedad sin contenido artístico, o una realidad llena de sentido estético; Juan Alcalá del Olmo se amolda a esto último. Es su arte barroco, de un exaltado barroquismo, aplastante, pero íntegro y de tal manera amalgamadas y reunidas las líneas que cada una no se confunde con la otra; no hay apelmazamiento, no hay amonamiento.

No nos propusimos divagar con tanta extensión. Se han ido enlazando unas frases con otras de tal manera que no hubo posibilidad de saltar el escollo. Se presentaba la conferencia del autor de “La danza del corazón” a largas divagaciones y comentarios, que aquí algunos -pocos- han quedado apuntados. Si en dos palabras nos obligaran a exponer nuestra opinión sobre el trabajo de José Francés, diríamos: *las importancias están mal repartidas*. Aquellos dibujantes como Bagaría, como Bartolozzi, como Alcalá del Olmo que se les dedicaron cuatro palabras tan sólo están a superior nivel que algunos otros como Robledano, Fresno, *Sileno*, que merecieron más de una página. Viene a cuento el verso tan manoseado

“ni son todos los que están, ni están todos los que son”, porque aparte de la mala repartición de las importancias, faltan algunos nombres, tal como el de Juan Lafita, el originalísimo dibujante en estas columnas, que puede colocarse al lado de los mejores mencionados en la conferencia de Francés, y del que nosotros, humildemente, nos ocuparemos algún día; por ejemplo: cuando hiciere una exposición donde la pudiéramos contemplar, recreándonos....

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 41 y 42. 15-30/09/1915. Páginas 1-2.

MISTICISMO. MUY SIGLO XVI

*Si te apartares de pláticas superfluas y de andar ocioso,
y de oír nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente
y propósito para darte a la imitación de las cosas divinas.*

*El mundo pasa y sus deleites. Los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos;
mas pasada aquella hora, ¿qué nos quería sino pesadumbre de conciencia
y derramamientos de corazón?
Kempis.*

¿Hay dos fundamentales castas de misticismo? ¿Arranca la una del desprecio y descontento de la vida humana y la otra del insaciable amor a la misma vida? Para patentizar, cumplidamente, estas interrogaciones, fuera necesario meditar sobre la vida. Ajenos, por ahora, a esta empresa, ardua, de filosofía que había de ocupar demasiado estudio y tiempo, cúmprenos, simplemente, hablar de la primera especie de mística, que en su día se divagará sobre la segunda.

Teresa de Jesús, Fray Luis de León y Senequita sentían en su completo ser el desprecio por la existencia terrenal. Ello era una derivación, recta, de la esencial manera de ser sus almas. Misticismo es espíritu y tan solo espíritu. Se ha dicho mucho sobre la condición mundana, práctica y realista de la raza española. Hubo quien achacó nuestro fracaso nacional a la falta de ideales, de ideales bien difundidos y concretados. Ramiro de Maeztu nos hablaba hace tiempo desde las columnas del Heraldo de Madrid, con su peculiar hondura de pensamiento, de la falta de doctrinas políticas en España, y sacaba dolorosa consecuencia. Pero no hay que confundir esta clase de ideales fecundos y redentores con la idealidad fantástica del Hidalgo Manchego. Entre la loca imaginación de Don Quijote y el rastrero practicismo de su escudero Sancho hay términos medios. Somos extremosos y no vemos más que la exageración de las cosas. He aquí que a Velázquez se le considera realista y no se quiere ver en él ni un solo átomo de idealismo, cuando a grandes cantidades contienen idealismo sus lienzos. En la literatura picaresca pudiera también encontrarse su filón de idealidad si ahondáramos en su estudio. Pero en fin, demos por sentado que el realismo imperaba en la edad de oro española, cuando el Sol no se ponía en nuestros dominios. Veamos cómo se desentendió la mística de ese amor a las superficiales y pequeñas realidades.

Si la Doctora de Ávila fundó 32 conventos en tierras castellanas, andaluzas y manchegas; si Luís de León explicaba Teología en las aulas de la Universidad de Salamanca y sostenía encarnizada controversia con León de Castro sobre putos teológicos y filosóficos; si Juan de la Cruz ayudaba a la monja andariega en sus fundaciones y se le colmó de vanidades nombrándosele rector, vicario y definidor de su orden, no significaba todo ello otra cosa que aparente contemporización con las imposiciones y circunstancias religioso-sociales de sus tiempos. Alma y sólo alma es el misticismo; y esta alma, preñada de luz divina, es la que echa a correr por los caminos en intención de fundaciones religiosas, se adentra en las aulas a enseñar Teología, rige y gobierna una orden y sufre tormentos en la lobreguez y pestilencia de una cárcel, -tormentos que engendran Los nombres de Cristo, verbigracia, cuyo diálogo nos hace recordar a Platón-. Al fin y a la postre convivían los místicos españo-

les con los aventureros que partían con rumbo a los países lejanos, con la picaresca y la truhanería, con los honorables hidalgos castellanos, con las mozas troteras y danzaderas, con la valiente soldadesca, con la alegre estudiantina; vivían en el periodo más movido de nuestra historia. ¿Cómo era posible que se desentendieran en absoluto de todas estas corrientes de la vida española?

Habíase extinguido la Edad Media y era naciente en el Renacimiento. La Edad Media pretendió reprimir todas las espontáneas puertas de la Naturaleza, quiso aniquilar los lujuriosos alientos que nacían de la carne, las expansiones del pensamiento, las locas alegrías del corazón. La barbarie y la hipocresía eran las armas que manejaba para tal pretendida conquista. Y no logró otra cosa que encauzar estos sentimientos en una turbia y encenagada cloaca, cuya superficie era una apariencia de victoria. Llegó la libertad con el Renacimiento. Aun cuando al principio esta libertad tuvo no poco de libertinaje y desenfreno, era la consecuencia. Dice a este tenor José M^a Salaverría, en un estudio sobre "Misticismo y Picarismo" publicado en *La Lectura*: "las trabas del pensamiento y de las costumbres se rompieron, y todo cuanto permanecía contenido y disimulado salió a la superficie. Corrió una ráfaga de liviandad por toda Europa. Veíase a Boccaccio contar sus cuentos picantes entre las damas de Florencia; componía Maquiavelo sus comedias, tan subidas de color como el manto de los cardenales que acudían a oírlas gozosamente; el drama de nuestra Celestina no da más que unas pocas referencias del estado de aquellas costumbres; y el arcipreste de Hita, así como Berceo, hablan del cuerpo y de sus placeres con un calor, con una espontánea vehemencia, que a nosotros, gentes morales, nos conturban."

Aparecen los místicos como una protesta a este estado de situaciones desconcertantes y paganas. ¿Qué actitud tomar? ¿Cuál iba a ser la situación de estas almas finas, delicadas, religiosas, de una pura moralidad? ¿Apartarse de los ruidos mundanales, del desconcierto contemporáneo? Si hubieran encerrado sus vidas entre las infinitas murallas de un desierto, si abandonando las turbulencias de la vida española se hubiesen refugiado en un sahara, no hubiesen sido místicos, sino ascetas, anacoretas, solidarios. Era necesario para su misticismo el rozarse con el vicio, el palpar las minucias de la vida, aun cuando jamás, en el tonel de sus almas, no tuviesen cabida; porque sus almas eran infinitas, divinas, puras y no podíanse soterrar en el cieno de la vida terrena, sino que transitaban sobre él, purificándolo.

Odiaban la carne; y como toda la carne es hermana, pues que nació del pecado, la daban sufrimientos con el cilicio, el ayuno y la penitencia en la suya propia, aun cuando fuese más limpia y virginal que la de un tierno infante. Despreciaban esta vida; la tenían por un pasajero tránsito a otras vidas llenas de dulzuras, placeres, gracias y deliquias. En espera de la "otra vida" se les daba bien poca cosa esta. He aquí la esencial diferencia entre la mística y esos otros estados espirituales que se llaman misantropía, escepticismo, rebeldía, nihilismo, etc. A todos les une el descontento por la vida humana; mas los separa esto que decimos: la esperanza de otra vida jamás de posible realización en la tierra; la fe, una pura ilusión infinita que tiende a Dios; adornos esenciales del misticismo, de los cuales se encuentran ayunos los otros estados del espíritu.

Repetimos: la característica de esta mística -mística al uso- es el desprecio por la vida en la tierra; el desprecio por la carne; a pesar de vivir: entre ellas y en ellas. Los espíritus que sienten estos desprecios son infinitos, iluminados, creyentes, puros. Forzosamente se acogen a un ideal religioso para que sus ansias tengan un contentamiento. En la esperanza encuentran su felicidad.

En estos tan recitados versos de Santa Teresa, está una síntesis del Misticismo de que ve-

nimos hablando:

“Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.”

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 43 y 44. 15-30/10/1915. Páginas 1-2.

AMANE CER EN ÁVILA

*Ávila de los Caballeros
en medio de unos calveros
castellanos,
es espíritu cristiano
en sayal de pordiosero
altanero.*

Solitaria y silenciosa
duerme en la noche amorosa,
la campana
de un convento anuncia la mañana
-las cuatro- un gallo canta
su romanza.
La luna se disuelve en luz mañanera,
se despiden sigilosas, las estrellas.
Nace el alba
asoma por un postigo la calva
de un labriego,
mira al cielo
azul, rosa, malva.
Ulula un can meditabundo
en la calma del castellano mundo,
picaresco y jocundo.
Las cinco. La catedral severa y terrosa
se empina orgullosa
en medio del recinto amurallado.
Tenue cendal de luz rosa
la ha nimbado.
Trinan las campanas en arpegios cristalinos
anunciando la misa mañanera
-la primera
de las cuarenta que celebraran al día-,
Verdean, suaves, la vega y la pradera
a los campaniles trinos acuden,
misteriosas,
presurosas,
silenciosas,

las viejas beatas tocadas de negro
por los caminos
del Destino.
Ha despertado la villa castellana,
suena bronco, el pisar de la muía alazana
por la calle desierta
y muerta.
El yunque del herrero, sonoro,
clama cereano
con su "tin-tin" de oro;
díriase el respiro quejumbroso
doliente,
misterioso,
de la arcaica ciudad creyente.
Ha destapado el Sol su cara rojiza;
una gasa dorada embriaga la villa;
a lo lejos se columbra un sendero
de arcilla
amarilla.
Ha tres siglos, por aquel senderito,
iba Teresa sembrando la divina semilla
de Cristo;
la cristiana y mística semilla,
que formó el corazón de la vieja Castilla.

*Avila de los Caballeros
en medio de unos calveros
castellanos,
es espíritu cristiano
en sayal de pordiosero
altanero.*

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 45 y 46. 15-30/11/1915. Página 7.

LOS ABUELOS

Ya han llegado las lentas y hondas noches del invierno: nieve en las cumbres, manantiales y arroyuelos en las cañadas. Arden viejas y secas rachas en los hogares campesinos. Han nacido, pujantes, las siembras. Se escondieron en las grietas de las peñas los lagartos, y en el hueco de los troncos encineros, las abejas. Ya vinieron las aves frías; en la blanda y negra tierra de los cañazos se pasean con sus patas zancudas y hunden sus afilados picos para sacar las flexibles lombrices. En la mañana la escarcha endurece la tierra, y, luego, el sol canijo y pálido del invierno derrite la escarcha, esponja la tierra y arrebatada a la amplia y quebrada campiña la blancura fría e inmaculada que tendió sobre ella la escarcha, cuando amanecía. Hacía luna y los luceros brillaban como nunca. La helada fue intensa. Lejos se oían los ladridos de los fieros mastines, y alguna vez, tenue, límpidamente una esquila rumorosa, de plata: era que una merina tornó de camastro en el aprisco, cimentado sobre la cúspide de un alcor, coronándole. También acudían, a veces, los tiernos balidos de los re-centales que anhelaban el calor de la madre. Todos eran nacidos ya, porque el invierno estaba en sazón. Triscaban durante la tarde, tibia y dorada, sobre un tapiz de hierba fresca y sabrosa, y al declinar la sangre y el oro del sol, cabriolaban -saltarines y alegres- sobre los canchos pelados, entre cuyas grietas dormían los lagartos, donde, momentos antes, habían cantado, triunfalmente, sus jácaras una bandada de bravías y recelosas perdices.

La casa de campo era pequeñuza y tosca, blanca y segura. El tejado era rojo y en forma de cola de molano. En su cúspide ondeaba el gallo de la veleta. Los labriegos, sumisos, sufridos, capitaneados por "el aperador", nos entretenían con sus donaires y consejas. Poco después de ocultarse el sol platicábamos con los labriegos. Conversación sincera y campesina. Un perrazo manchi-negro, lanudo, viejo y filósofo, valiente en sus tiempos nuevos, nos escuchaba, tendido a nuestros pies, entre sueños... que no eran sueños. No nos acordábamos de la ciudad. La brisa campestre, poco a poco, había ido curando la neurastenia; y el veneno que había imbuido en nuestra sangre la ciudad, lo iba expulsando la medicina del campo. Fueron dadas al olvido las turbulencias y troterías cortesanas. ¿Estamos seguros de lo que decimos? A veces, en ciertos momentos...

No se recibían diarios ni noticias. Habíamos suplido la lectura de los periódicos y libros per-versos con estos volúmenes sosegados que nos hablaban de agricultura, de piscicultura, de ganadería, de insectos, de plantas silvestres, de quesos y mantecas, de bichos venenosos, de pájaros y flores. Los acompañaban *Poesías* de José María Gabriel y Galán, las *Floreillas* famosas, el *Quijote* y unas novelas de Eça de Queiroz y del Conde León Tolstoy. Todos se apoyaban sobre el pedernal de la dama de noche y olían a cantueso y romero, porque con ramitas de estas plantas señalábamos nuestro itinerario a través de sus páginas. Una vez tendidos sobre el lecho, duro y sano, arrebujados por las tensas y morenas sábanas de lino -sembrado, cosechado, curado, aspado, peinado, hilado, tejido y cosido en casa- tomábamos uno de estos libros hasta la avenida de Hipnos, el dulce y reparador Hipnos, dios del sueño, paréntesis entre la lucha de las pasiones, tregua y sosiego en los sinsabores de la vida, mensajero de la felicidad. Alumbraba un velón de cobre, barroco, arcaico, patrimonio de los abuelos, ya emigrantes del batallar mundano. ¿Cómo fueron nuestros abuelos?

¿Cómo fueron nuestros abuelos? No los conocemos. Cuando vinimos al mundo habían muerto. Es grato pensar en los abuelos, cuando no los hemos conocido nunca. ¿Cómo fue-

ron nuestros abuelos? Nuestros padres, en las noches de invierno, cuando éramos niños, nos hablaron de los abuelos. Nos dijeron que la abuelita era virtuosa, buena, amable, sufrida; que el abuelo era rígido y severo en sus pensamientos y en sus acciones. "No había nadie que se pusiera delante si él tenía razón". Nuestros padres nos dicen que debíamos mirarnos en el espejo de nuestros abuelos, que seamos como ellos fueron. ¿Es esto posible? El tiempo corre sin pararse; fatalmente sigue su marcha; vive, vive mucho y no envejece; ¿el tiempo siempre es el mismo? Cambian, varían todas las cosas al correr del tiempo. "Han variado los tiempos!.." decimos a cada momento para rechazar un acto que estaría justificado cuando vivían nuestros abuelos. Hoy tenemos que poseer otros gustos, otras aficiones; nuestra sensibilidad es diferente que la de nuestros antepasados. Corre, corre veloz el tiempo. Sí, hoy también somos buenos, somos nobles nosotros, los nietos, pero en otro sentido, tenemos, debemos tener otra clase de bondad y nobleza. Fíjate, padre, en ese elegante reloj de nácar, mármol y oro que está sobre la vieja consola, entre las cornucopias de bronce. Fíjate en sus manecillas, finas y doradas; atiende cómo se mueven siempre en idéntico sentido, cómo avanzan siempre, jamás se paran, ni -mucho menos- retroceden. Ese reloj, padre, marcó la hora cuando se casaron los abuelos, cuando naciste tú, cuando murieron ellos, cuando te casaste, cuando yo nací. Es extraño. ¿Qué misterio tienen esas finas y sutiles manecillas que siempre avanzan, marchando sin cesar? Los abuelos murieron, tú vas envejeciendo, yo ya voy terminando de subir la cuesta de la juventud..., y el reloj sin pararse; perpetua, inexorablemente recorren sus manecillas, en el mismo sentido, la esfera de nácar con un cincho de oro en derredor, cubierta por un panzudo fanal transparente...

Alguna vez, también cuando niños, hemos conversado con un viejo criado de la casa. Este criado era ya muy viejecito, no servía para nada útil, se le tenía en la casa por respeto y cariño, en premio a su fidelidad y amor; estaba casi ciego, encorvado, temblón, lleno de arrugas. Nos sentaba en sus piernas hartas veces. Nos daba muchos besos, suaves y profundos, en las mejillas sonrosadas. Este ancianito nos hablaba de los recuerdos: las aventuras de sus años mozos, sus proezas en la guerra, sus viajes a lo largo de los caminos, guiando el carro donde los señores iban, a Guadalupe, a Yuste, a sus castillos, a sus grandes cortijos, en peregrinación o cacería. Este viejecito conservaba un recuerdo agradable y efusivo; una de sus manos, cuando mozas y aguerridas, había sido aprisionada con cariño por las patricias manos de D. Juan Prim. Y fue cuando este romántico caudillo iba a internarse en Portugal. Nuestro anciano les había servido de guía por las tierras de mi Extremadura... pero ya no recuerdo cuál fue el principal motivo del apretón de manos que le ofreció el general rígido y justiciero. Este nuestro antiguo criado nos hablaba de los abuelos. La abuela era una santa; hacendosa, cristiana; la abuela era todo cariño y caridad. A su lado no había nunca pobres. Si era dadivosa en palabras consoladoras, lo era más con el oro. "Tenía un corazón aquella señora...". "Y luego qué porte tan señorial, tan serio...". "Parece que la estoy viendo aquel día...". Y el pobre ancianito se estremecía tanto, tanto, que se apagaba su voz de emoción y sus ojos los velaban las lágrimas. ¡Dulces y viejas lágrimas que tanto influisteis en nuestra condición, siempre tendremos de vosotros un dilecto recuerdo, una melancólica visión!

Alguna otra vez, también cuando infantes, recorriendo los doblados de la arcaica casona señorial, en los que se almacenaban los cachivaches ruinosos, rotos, desvencijados, hemos topado con unos cuadros. Entre ellos, había algunos retratos pintados al óleo, amontonados en desorden. Pinturas un poco burdas, pinturas ennegrecidas, patinadas, pintadas con esa primitiva y simplicísima técnica de los que nunca hubieron buenos maestros, ni genio pictórico, pero sí una gran afición a pintar. Son esos artesanos de los pueblos que llevan dentro

un artista, muerto porque no tuvieron quien le sacara al mundo de la luz. Fuerzas instintivas de arte que se perdieron, porque no hubo quien las encauzara y dirigiera. Nosotros tenemos para estos artífices toscos y humildes, ignorados, una profunda simpatía y cordialidad. Acaso pudieron haber triunfado, acaso haber sido célebres, haber participado de ese grado de celebridad, secundario al de los genios. Acaso hogaño podríamos admirarlo al recorrer las páginas de una Historia de Arte, o las salas de un Museo; en íntimo contacto con Domenico Theotocopuli, con Tiziano, con Goya, con Van-Dyck, con Claudio Coello, con Anselmo Miguel Nieto: pintores meritísimos, de retratos. ¿Qué importa que sus esperanzas se malogren? Nosotros los admiramos, aquí, en estos desvanes sombríos, bajos, llenos de polvo, donde las arañas trenzan sus telas sutiles y ondulantes, donde los gatos cazan a los ratones. Cuando pequeños, un poco medrosos, confundidos, abríamos los ojos ante estas viejas y olvidadas pinturas. Nuestros padres encargaron a Madrid unos cromos para adornar las paredes de la sala y del comedor: escenas amorosas, románticas, escenas sacadas de las novelas de Alfonso de Lamartine; escenas de caza, bárbaras escenas de caza tomadas de las ilustraciones de la Historia de Germania, escenas de los tiempos de los Otones, de los Enriques, del período Carlovingio. Estos lindos y fieros cromos ocuparon el lugar que ocupaban aquellos cuadros infantiles, negruzcos, un poco resquebrajados ya. ¿No veis la ironía de Cronos? Cronos, viejo y perdurable Cronos, emperador de nuestras vidas, en tu marcha inexorable tuerces las cosas y trastocas los pensamientos, los gustos, las costumbres, la sensibilidad.

Aquellos cuadros fueron descolgados de las paredes encaladas, aquellas paredes encaladas fueron transformadas. Se picó el encalado; se le sustituyó por el estuco. Aquellos viejos cuadros fueron sustituidos por otros finos cuadros, modernos, delicados. Ahora reposan, llenos de polvo y olvido, en un rincón del desván. Nosotros, cuando niños, los hemos mirado y contemplado. Teníamos para estos cuadros una honda mirada, un profundo respeto. Por nuestra imaginación cruzaba una duda, una preocupación. ¿Serían algunos de estos personajes nuestros abuelos? Nuestros padres jamás nos hablaron de estas pinturas. No, no debían ser nuestros abuelos estos señores que nos miraban desde los cuadros. Sin embargo... Había uno, pequeño, que retenía un noble busto de mujer. Sólo de la cintura para arriba. ¿Sería esta señora nuestra abuela? Tenía el pelo negro, brillante, partido por una raya en medio de la cabeza; las crenchas se plegaban a los costados de la frente, amplia, y casi llegaban a las orejas. Tenía la nariz perfecta, la boca pequeña, los ojos negros y serenos, de una tranquila y señorial serenidad. Tenía los pechos abultados, blancos, las cejas finas. Tenía unos pendientes de coral, y un collar de perlas en la garganta regordeta. Lo que más nos encantaba eran los ojos; aquellos ojos blandos, sufridos, serenos, llenos de una infinita y honda melancolía. Nosotros contemplábamos aquella pintura muchos ratos en íntima delectación. ¿Sería nuestra abuela? Nuestros padres jamás nos habían hablado de estas pinturas, abandonadas, llenas de polvo y olvido.

...Y cantaban también aquellos campos,
los de las pardas ondulantes cuestras,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

Abandonábamos la lectura. Silencio y tranquilidad maravillosos. De cuando en cuando ru-

moreaban las copas de los castaños y eucaliptus que rodeaban al cortijo. Las ventanas, entreabiertas, dejaban entrar un rayo de luna que se quebraba contra la imagen del Cristo Velazqueño -vigilante de nuestra alma sobre la cabecera de la cama- y, luego, resbalaba sobre los libros dormidos en la cama de noche. Bruscamente unos trinos, sonoros, rasgaban la calma de la noche. Despertaba la noche, despertaba al encanto de unas escalas trinadoras, melódicas, románticas. Los ruiseñores, dueños de la alameda, emprendían un concierto dilectísimo. Noche de luna, versos, flautas de ruiseñores, rumor de hojas enfermas en las copas de los castaños y eucaliptus de la alameda. De pronto renacía el silencio. Enmudecían los ruiseñores, se calmaba el aire, las nubes ocultaban la luna. ¿Qué se presentía?

No muy lejanamente aullaban los lobos hambrientos: heraldos de desgracias. Enronquecían los mastines de tanto ladrar, y las esquilas del rebaño, prisionero en el redil, eran tañidas, bruscamente, por el pavor y el miedo.

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año III. Números 47 y 48. 15-30/12/1915. Páginas 52-54.

PRIMER LIBRO DE ODAS

En el presente momento literario español se cuenta con una pléyade de estimables trovadores y rimadores, algunos de ellos excelentes poetas líricos. Son, ni más ni menos, los cachorros -de pura sangre y mestizos- del león rubeniano, morador ya en las regiones de los dioses. A la vanguardia de esta floreciente caravana de lirófilos marchan, triunfales, Antonio y Manuel Machado. Tras ellos caminan muchos jóvenes de entre los cuales sólo quiero entresacar una pareja, por ser la más pictórica de virtudes: Ramón Pérez de Ayala y Luís Fernández Ardavin.

Sucede con esta copiosa bandada de troveros españoles lo que acontece con cuantas vigorosas, recias y sanas tendencias intelectuales se manifiestan en España: que se la desconoce, que no se la presta atención, que no arraiga, que no encuentra ambiente.

Por los cauces de nuestro espíritu sigue deslizándose la densa corriente de tópicos y lugares comunes, las falsas opiniones que perpetúa la tradición a lo largo de nuestra cansera pensante, de nuestra carencia de sentido crítico. Vemos, por ejemplo, en literatura que las revistas y los diarios acogen con tesón y perseverancia las más mediocres firmas, mientras los sólidos pensadores, los literatos de aguda y refinada sensibilidad y los prosistas de nervio y fortaleza se sepultan en el olvido y la desesperanza. Y es tan insistente la constancia en la propaganda de los falsos valores, que gran parte del público aficionado a las letras se hace a la creencia de que esas firmas de oropel tan propagadas, son llenas de mérito y valía. Yo tengo confianza en el público español. Yo espero que este público, envenenado y engañado por los contrabandos, las falsificaciones y los "camelos" literarios, tiene que reaccionar poco a poco, hasta precipitar el momento del derribo de los ídolos falsos, espectáculo que no parece estar muy lejano y que yo supongo será todo regocijo y divertimento.

Pasan desapercibidos y desatendidos libros, dramas, conferencias, novelas y otras muchas virtuciones artísticas ciertamente valiosas. A mi memoria acuden ahora, en este preciso instante, hartos nombres y títulos que no deseo estampar, pues ello a nada eficaz conduciría. En el oportuno momento que se sostuviera una formal y serena polémica entre los falsos y los verdaderos valores literarios contemporáneos, yo los citaría y los defendería con amor, ya que con conocimiento quizá no me sería del todo posible. Mas ahora menciono un solo nombre, este de Joaquín Montaner, autor del volumen de poesías que yo acabo de leer con deleite y de esta manera titulado: "Primer libro de Odas". Tan sólo este libro he leído de Joaquín Montaner. No sé si en los anteriores publicados -"Cantos", "Sonetos y canciones", "Juan Farfán"- se mantendrán los balbuceos, incertidumbres y vacilaciones con que dicen comienzan todos los poetas, dicho que a mí se me aparece como un error. Lo que sí es una tangible realidad es que en el "Primer libro de Odas" el poeta Joaquín Montaner se nos muestra hecho y maduro, fruto en sazón, lo mismo si atendemos al fondo como si nos fijamos en la forma; ésta de raigambre castellana: sonetos clásicos, aquellos "fechos al itálico modo" primeramente por el Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares; liras; y la sencilla y primitiva métrica que usó el poeta Jorge Manrique para rimar sus hondas lamentaciones filiales, todas estas métricas matizadas con la jugueza y flexibilidad de un castellano moderno.

Los temas de Poesía son eternos, tan eternos como los hombres. Pero con la corriente inexorable del viejo Kromos se han depurado y sublimizado. Se han troquelado en los sentimientos de los poetas. Un curioso estudio de crítica sería este de comparar la sensibilidad

de un poeta del siglo de oro español con la de los poetas de hogaño que descienden, por línea recta, de ellos. El problema puede plantearse así; Resucitada el alma de Garcilaso, de Góngora, de Fray Luís de León y colocada en el ambiente del siglo XX, ¿cómo serían sus creaciones?, ¿cuál su manera de sentir el estado de cosas actuales? En parte, Joaquín Montaner nos lo muestra: sus predilecciones son la vida del campo y del hogar, la templanza y serenidad espiritual, los pequeños encantos de la vida sencilla, sosegada y tranquila, el amor a la humildad, en suma armonía, ecuanimidad, paz, limitación. He aquí la palabra ajustada: limitación; esta sabiduría perfecta y serena que nos hace amar cuantas cosas nos rodean y forman una íntima parte de nuestro *yo*, precisamente porque son escasas y conocemos sus más recónditos secretos, sus encantos interiores.

Joaquín Montaner canta la plácida existencia del campo, pero animada por la inquietud espiritual. Es un descendiente de Juan Maragall y José M^a Gabriel y Galán entre los recientes. Aspira a una vida campesina que ascienda a Dios, como el humo de las fogatas que encienden los pastores en la cumbre de los alcores. Cuantos amen la vida solitaria de las Montañas y las Praderas y los Ríos y los Animales, fatalmente, sus espíritus propenderán a Dios, y el alma se llenará de los misteriosos y candentes problemas de la otra vida.

Tenía Joaquín Montaner veinte años cuando escribió el "Primer libro de Odas"; por aquel entonces merodeaba por las tierras extremeñas oliendo los fuertes aromas de la retama, el romero y la adelfa; contemplando el fluir manso del Guadiana y la serenidad añil del cielo purísimo y los mares de enceradas mieses y los oscuros encinares recios; oyendo el balar de los recentales, la cadencia de las vaqueras, las jácaras de las perdices y los trinos de las calandrias; saboreando la fresca y maciza carne aldeana, recordando las hazañas de los exploradores extremeños del siglo XVI -sin comparanza en la Historia-, leyendo a Horacio y Gracián, el Libro Santo y Rousard. De todo este amasijo de sensaciones naturales y espirituales nacieron los sonetos cincelados, las odas áureas y clásicas, nítidas, que componen el libro que yo acabo de leer con intensa delectación, donde anida la sensibilidad de un poeta formidable.

Joaquín Montaner, libre de arbitrariedades, exotismos y rebuscamientos, libre de influencias extrañas, es el más íntimo lírico español del renacimiento novecentista.

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año IV. Números 53-56. 03-04/1916. Páginas 11-12.

DIVAGACIONES. SOBRE UN LIBRO NOVELESCO

Dos pueblos.

Esto venía a ser un pueblo. No, no es así. Esto venían a ser dos pueblos. Uno de estos pueblos era castellano viejo; el otro era extremeño. Estos dos pueblos existen todavía. Su vida se transmontará a lo largo de los tiempos indefinidamente. Yo me he criado en uno de estos dos pueblos. En él paso algunos meses del año, en él tengo familiares y amigos. Me son conocidos sus rincones y sus dolores y sus dormidos deseos de mejorar. Los dos pueblos en cuestión son grandes, sórdidos, tranquilos é ignorantes. Una sola ley rige sus vidas: la ley del dinero; una sola política los rige: la voluntad de los caciques; una sola placentaría los alimenta: la carne. La estulticia y la hipocresía son dos armas poderosas que manejan sus habitantes. Se desconocen los nobles ideales, la aguda intuición, la serena sinceridad, el valor ante las catastróficas desgracias. Uno tiene una reliquia arquitectónica: mi castillo medieval, estupendo, ruinoso, empinado en la cumbre de un alcor, que rodea la cinta de plata de un río secundario. El otro desparrama sus casas bajas, sin ventanas ni chimeneas, por una llanura fértil y colorada, donde la primavera tuesta y llena de cera los trigales que fueron verdes en el otoño...

El autor.

Fernando Gil Mariscal ha fundido estos dos pueblos españoles, ricos y tristes, en su primera y única novela. Se titula esta novela *En Villabrávia*. Fernando Gil Mariscal es un mozo fuerte, tostado, con los ojos pequeños, luminosos y escrutadores. Fernando Gil Mariscal es bondadoso, servicial y bueno. Es amigo mío, y durante años enteros hemos derramado nuestra vida en los mismos sitios de uno de estos dos pueblos. Tiene un espíritu errabundo, intranquilo e inquieto; no para, quieta y sostenidamente, en nada. Su actividad ha recorrido varios caminos, y, sin fracasar en ellos, los ha abandonado voluntariosamente, para recorrer otros nuevos y desconocidos. En esto estriba el encanto de muchos hermanos nuestros latinos. Una vez, Fernando Gil Mariscal quiso ser juez. Y lo fue, claro es, ganando unas oposiciones. Marchó á desempeñar estas delicadas funciones en un pueblo de los citados. Siendo juez se aburría, se aburría. La vida pueblerina con sus palurdos y calamidades le hastiaba. Le sobraba tiempo. ¡Qué largos se hacen los días en los pueblos! Se aburría, se aburría... ¿Cómo matar este aburrimiento espantoso? ¿Echarse novia? ¿Jugar en el casino? ¿Salir a cazar? Nada de esto, ¡por Dios! No, leer: dedicarse a la lectura. Pero la lectura llega a cansar cuando no la hacemos con alguna finalidad. Y, entonces, nuestro amigo empezó a soñar. Empezó a soñar envenenado, contagiado por la literatura. Pensó en ser literato, en escribir una novela. Y la escribió. Y así mató aquellas largas y monótonas horas pueblerinas cuando era juez en un pueblo de la vieja Castilla.

El asunto.

¿A dónde ir por el asunto? Lo más natural al formularse esta transcendental pregunta es pensar en escribir sobre lo que uno ha visto, y de lo cual uno ha sido testigo, observador o personaje activo. Dicho y hecho: Fernando Gil Mariscal se miró a sí mismo, miró a su pasado, a su presente, al medio donde vivió y vivía. Ya está el asunto en nuestras manos. Ya somos propietario de él. La vida de estos dos pueblos es el asunto de *En Villabrávia*: amores, ridículos e interesados, política caciquil, señoritos chulos de esos que escupen por el colmillo y son analfabetos por desuso, niñas románticas y viciosas al mismo tiempo, confesionarios, tertulias ramplonas de viejos en el casino, juego y barraganías, murmuraciones a granel, imposturas, alguna que otra comilona por los ricachos, alguna romería a la Virgen patrona del pueblo, procesiones. Muchas, muchas cosas más. Todo esto se encuentra en

los pueblos y en la novela de Fernando Gil Mariscal. La combinación, la trama, el enlace, la vida pueblerina pueden hacerse de distinta manera, a gusto del novelista. No hay leyes ni trabas que lo impidan.

Tramazón de episodios.

En la novela de Fernando Gil Mariscal todas estas pequeñas cosas que hemos enumerado están fijadas con naturalidad y sencillez. El lenguaje es llano y preciso. No hay bambolla ni frases deslumbrantes; no hay, tampoco, indignaciones, ni ironías. Está contada la vida pueblerina tal como es. Naturalmente que siendo así hay momentos graciosos, grotescos, irónicos, desagradables, melancólicos y repugnantes. Hay de todo. Basta la sencillez y las dotes talentudas de un buen observador, en el novelista, para que haya de todo. Y así es la vida.

Realidad y fantasía.

Goethe, cuando fue viejo, se deleitó escribiendo su vida pasada: un libro de Memorias: su infancia, su juventud. Para nosotros la vida de Goethe no tiene admiraciones; no la reverenciamos, ni la estimamos.

Esto nada tiene que ver con lo que vamos a decir. Lo que vamos a decir es lo siguiente: Goethe tituló estas memorias *Realidad y fantasía*. Esto tiene mucho de particular. La vida, esto es: *realidad y fantasía*. Goethe escribía sobre su misma vida, lo que le había pasado en el mundo, y decía que estas cosas pasadas suyas tenían tanto de realidad como de fantasía. ¿Hasta qué punto pueden separarse estas dos modalidades del vivir? ¿Cuánto tiene la realidad de fantasía y cuánto participa la fantasía de realidad? Según nos inclinemos a una u otra palabra tendremos los dos conceptos profundos del arte. Y el caso es que quizá no nos podamos inclinar hacia la parte de ninguno de los dos. Armonicemos, unamos, acoplemos en un plano superior las dos virtuciones, los dos puntos de vista, los dos sentimientos, las dos categorías vitales. Todo en el mundo es realidad y es fantasía. Todas las cosas participan de estos dos contenidos. Si se ahonda un poco en las entrañas de nuestro espíritu se verán entrecruzarse y hermanarse estos dos conceptos. Pero hemos de suponer que hablamos en un plano de nobleza e inteligencia. Los rastacueros, los inferiores, los hombres-serpientes no nos incumben por el momento. Despreciamos a Zola y nos aproximamos a Federico Nietzsche. Goethe al titular su libro de memorias tuvo un pensamiento genial; fue uno de los aciertos de su vida, que nosotros no admiramos, ni reverenciamos.

Personajes vulgares.

En la novela de Fernando Gil Mariscal los personajes son extraídos directamente de sus viviendas. No están elaborados; están presentados en bruto, sin pulimento. Los conocemos; algunos son parientes nuestros; muchas veces hemos hablado con ellos y hemos tenido entre las nuestras sus manos sudorosas o enjalbegadas con polvos de arroz, baratitos. ¿Es esto un defecto, un reparo que pueda ponerse a la novela de Fernando Gil Mariscal? Yo creo, firmemente, que no. En los pueblos hay, dentro de la vulgaridad anodina, dentro de la miseria espiritual, algunas personas que, a manera de fulgurantes diamantes, iluminan y ennoblecen el medio donde viven. No se asimilaron al ambiente, a los usos, a las costumbres, a las prácticas de donde viven. Espíritus selectos, nobles, amplios, pero infecundos. El novelista al retratar la vida limitada de un determinado lugar recoge cuanto se da en dicho sitio. Recoge lo bueno y lo malo, lo bajo y lo alto, lo ruin y lo noble, lo bello y lo feo. Lo recoge todo. Recoge, en suma, la *realidad y la fantasía*, como Goethe al escribir sus memorias.

Estética fantástica sobre la novela.

¿Y qué es una novela? Hemos traído y llevado de aquí para allá, en todo lo que precede escrito, la palabra novela. He aquí que yo suelto la pluma de pronto; me llevo la mano a la frente, después sondeo con los dedos la cabellera, y quiero pensar, quiero pensar sobre el

concepto de novela. Y pienso; quiero decir que se me ocurren *cosas*. Pasa un largo rato. Se avecina el crepúsculo, ruedan coches raudos frente al balcón, y yo me levanto. Un farolero va sembrando puntos luminosos por el barrio. Los escaparates se iluminan. En el balcón fronterizo se han posado dos lindas fámulas que ríen. En un café entran parejas equívocas. Me he asomado al balcón. Y luego, después de divagaciones incesantes, la frente ardiendo, me he llevado la mano al pecho en actitud de contrición y me he dicho: "tú, no sabes qué es una novela". Esto es tremendo y bochornoso. Más, al poco rato, llégame un poco de contentamiento porque esa voz que me ha dicho: "tú, no sabes qué es una novela" me ha dicho que "nadie sabe, tampoco, en qué consiste una novela". Largo y tendido se ha escrito sobre la novela, en su sentido estético y en su sentido histórico. Pero esto sería inútil que lo investigáramos. A mí me interesa más que las novelas, los novelistas; las novelas son derivaciones de los novelistas, una parte de ellos, una consecuencia de ellos. Por la educación de los hijos sabemos de los padres más que estudiándolos directamente a ellos, puesto que ellos son una consecuencia de los padres suyos. Y como resulta que el hombre es un ser misterioso e inexplicable, tortuoso y complicado, de ahí que sea tan difícil estudiar sus frutos, sus obras, sus novelas. Y yo renuncio, por hoy, a hacerlo.

Colofón epistolar.

Amigo Fernando: Quiero terminar estos dispersos renglones, escritos a vuela pluma, una espléndida tarde otoñal, que invita a amar, aconsejándote que persigas por la nueva ruta que has emprendido. Creo que será la firme y verdadera. En la que cosecharás abundantes alegrías y laureles y triunfos, como también desencantos, dolores y martirios. El tiempo ha de decir si tu novela *En Villabravía* es buena o es mala. El tiempo, querido amigo, es el único crítico literario con juicios inapelables.

Todos los otros son deleznales y sus criterios no tienen el valor de una nuez. Yo pudiera haber escrito laudando tu novela; pero no quise hacerlo porque no me creerías y, además, porque tus sentimientos de bondad y modestia saldrían malparados. Y basta ya. Cuando nos encontremos alguna de esas noches propicias para secretear y abrir el alma, irónicamente, nos reiremos un largo rato murmurando y comentando algunos episodios de tu novela que conocemos tanto tú como yo, por haberlos vivido. Tu amigo.

Francisco Valdés.

FUENTE:

-Bética, revista ilustrada. Año IV. Números 63 y 64. 1916. Páginas 6-7.

ANEXO I**PÁGINAS ORIGINALES DE LOS ARTÍCULOS LITERARIOS DE FRANCISCO VALDÉS
TRANSCRITOS ANTERIORMENTE****DUELO EN LA PROVENZA****EN TORNO A GANIVET****NUESTROS POETAS. ANTONIO MACHADO****DEL SENTIMIENTO: AGUA****HUMO (APUNTE)****DEL SENTIMIENTO: PASTORELA****LEYENDO...****APUNTE: VIAJANDO EN UN LIBRO****DEL SENTIMIENTO: MELANCOLÍA****LEYENDO. AL MARGEN DE UN LIBRO LAUREADO****SOBRE LA ESCULTURA****SOBRE LA GUERRA. PALABRAS VACÍAS****LEYENDO: UNA CONFERENCIA****MISTICISMO. MUY SIGLO XVI****AMANECER EN ÁVILA****LOS ABUELOS****PRIMER LIBRO DE ODAS****SOBRE UN LIBRO NOVELESCO**

LITERATURA

DUELO EN LA PROVENZA

Meistófeles; francamente, todo allí
abajo lo encuentro detestable. Los
hombres causan mi piedad en sus días
de miseria.

GOETHE.

Eso que estás esperando
Día y noche, y nunca viene
Eso que siempre te falta
Mientras vivos, es la muerte.
AUGUSTO FERRÁN.

I.—LA REGIÓN.

LEGADO el verano los nietos de Pedro Romero van a ejercitar sus menesteres en el bello país de la Provenza. Nimes tiene un ancho circo arenoso donde se corren reses bravas. El exiliado *Bombita* tiene ganada en él muy buenas orejas.

De Norte a Sur divide la Provenza el Ródano culebreante entre espesos cañaverales y álamos empinados que apuntan al Sol, entre tamariscos que sombrean sus aguas tranquilas, entre moreras con miles burbujas amarillas de encrespadas hebras sedosas que al escarcharse ofrecen a la Vida millones de mariposas blanquecinas para morir todas, todas, en un beso fecundo.

El Sol nace todos los días por entre escarpados picachos alpinos envueltos en colchas nevadas. ¡Oh el grande Sol de la Provenza! El hace vivir este antiguo condado Provenzal; él, quien fecunda esta tierra blanda, tupida de olorosos romeros; por él nace la *hierbecilla rizada* y la *buena grana salitrosa* que han de pastorear los merinos rebaños trashumantes a los Alpes, las yeguas blancas y cerriles de la Camarga, los negros toros domados por el bravo Elzear; por él se colman los barriles de aceite y rebosan los lagares con alegría de Baco; por él reclinan y se bambolean las carretas repletas de garbas doradas.

¡Sol, padre Sol, sigue derritiendo las nieves de las alpinas sierras para alegría y contento de los poblados provenzales! Los pastores y cortijeros te

aman con pasión porque eres su trigo, sus olivos, sus parras, sus moreras, su pan, su vida entera; no temen a la brisa del *Vantur*, ni al *mistral*, si tu cara reluce y calienta sus carnes, y les besas en la frente mansamente; siempre te quisieron tanto; has sido su Dios, su poeta, su amor bucólico; en loor tuyo han compuesto este Himno que entonan los orfeonistas de Avignon:

¡Luzca siempre tu cara rojiza!
¡Vence a las sombras y a los males!
¡Pronto, pronto, pronto!
¡Haz que podamos verte, Sol esplendoroso!

El sudor de los Alpes encáuzase entre cipreses y chopos hasta derramarse en el Mediterráneo, el azulino mar de esta región de la Francia Meridional; espéjanse los caseríos orillentos, en el puro azul que baña la parte sur de la tierra juglaresca medioeval, cuando Aviñón tenía un Papa guerrero y devoto.

Tan azul como el mar, es el cielo provenzal; nitidamente añil intenso. Allá en la lejanía se une a la blancura de la cordillera en un ósculo infinito, puro, como las trovas de los bardos nacidos al calor de Eleonora de Poitiers.

Los pinares verdes adornan estas antiguas ciudades feudales en años de Ramón Berenguer I, Arlés, Marsella, Aviñón, Aix, Montpellier: las *masías* campestres repartidas en todo el terruño, las viejas aceñas harineras pintadas por Daudet, las iglesias sencillas regentadas por un manso abad que eternamente piensa en las cruzadas a Santos Lugares con Pedro el Ermitaño a la cabeza.

¿Cómo no iban a existir poetas en este país sentimental con sus nieves, con sus pinos, con su cielo, con su mar, con su sol?

II.—EL PORTA.

Mistral ha muerto. Los pinares lloran gruesos lagrimones de resina, las sierras lloran torrentes de nieve, los pájaros no trinan, las yeguas blancas de la Camarga no relinchan; los cipreses, los rome-

LITERATURA

DUELO EN LA PROVENZA

(Conclusión)

III.—MIREYA.



NA *masía* tiene su asiento en las llanuras de la Graus. La pueblan un viejo matrimonio campesino y una linda rapazuela que ya entró en la quince primavera de su vida. Es la más bella niña de la Provenza; aun en Arlés con ser la ciudad de las bellas mujeres llamaría la atención este *caputto de rosa temprana desabotonado por el Sol*; pero la moza de las Almezas vive muy ricamente en su caserío para que salga de él. La quieren tanto aquella bandada de mensajeras palomas, aquella hermandad de doradas gallinas ponedoras, aquel mastín que suavemente lame su marfileña mano, aquellos gusanitos prisioneros en sus celdas de amarillas sedas como los limones madurados, aquella vaca ciega cantada por Maragal caminando mansamente por la llanura esteposa y tras ella la retozona erala tañendo alegremente la cobriza esquila, y, aquellos dos viejos acartonados, mimosos, que siempre la llevan en el alma.

Y sin salir de su humilde rincón, su belleza, corre de punta a punta de la comarca, al igual que en los cuentos de hadas las famas de las reinas se extendían de confín a confín del principado ideal.

Los buhoneros y pastores que atraviesan un camino de andaduras cercano al arroyuelo saltarán y bullicioso, donde lava la zagala sus trapiños, han sido los voceros de sus encantos: el rostro fresco y candoroso, los dos hoyuelos en los claveles que tiene por mejillas, el mirar más puro y suave que las estrellas rutilantes, las melenas ensortijadas, crespas, azabachadas, el pecho como medias toronjas no bien sazonadas todavía, el plañir como los ruiñeños encaramados en las copas de los pinos.

Garridos mozos han llegado a la *masía* para ofrecerla su amor y sus riquezas: han llegado Hilario el pastor, Verán el yegüerizo, Elzear el bo-

yero; los tres han sido despreciados por Mireya; su corazón está amasado con el de Vicente, un pobre cestero hijo de un cestero, nieto de un cestero.

En estos parajes—amables lectores—también hay *clases sociales*, hay trabas para el amor como en la vieja Europa; Mireya y Vicente no podrán casarse ni quererse; su amor, su inmenso amor tienen que ocultarle; ¡oh los besos en las claras noches de luna junto a los copudos tamariscos!, ¡oh las puras caricias inefables del casto amor prohibido!

El travieso duendecillo rebuscador en las entrañas de la tierra, en las profundas aguas marinas y en los otros mundos siderales, cómo no había de descubrir esta pasión oculta a la luz del día, de los amantes provenzales. Si, Mireya violentamente es separada del humilde cestero, quebrándose desta guisa el idilio, como la escarcha en las corolas de los lirios silvestres al entrar la mañana.

Pero la zagala es bravía y antes que resignarse a no ver a su Vicente prefiere abandonar a los dos viejecillos que maltratan su corazón. Y Mireya sale de la *masía* una noche sigilosamente para no ser delatada y anda por el bosque, anda mucho, deprisa, sin rumbo, sin guía; lo que anhela es alejarse de su nido cuanto antes para encontrar a Vicente pronto.

El sol en la mitad de su diaria carrera. Ya no es el bosque de pinos y álamos por donde camina Mireya; ahora sus piernas desfloran un mar de enceradas mieses; siéntese fatigada, sudorosa, jadeante, como una tenaza aprieta su garganta ebúrnea; desfallece de sed, de cansancio, de melancolía; aquel sol oriflama la tuesta la carne y el alma, ni un arroyo, ni una fuente, ni un charquito cenagoso. ¡Por qué, Dios mío, castigas así a la zagala de las Almenas! ¡Por qué, por qué, si su único pecado fué amar con demasiada!

En el país de las Naranjas, en la hora que los pescadores conducen sus barcas al abrigo de las rocas, y las mozas cargan sobre sus cabezas las cestas llenas de tencas y anguilas, Mireya agoniza de amor; las manos entretreídas, la blonda cabellera suelta hacia atrás, los pies sangrantes, morada la piel, los ojos suplicantes, de rodillas, implora del Sol que va lentamente descendiendo, consuelo y piedad para este su amor excelso que la muerde el pecho

De las riberas serpenteantes del Argens se

eleva a lo lejos un prolongado coro de canciones, balidos de cabras, sonos de churumbela, pía de pájaros, una canción de amor pastoril; las campanitas de «Las tres Marías» trinan el Angelus; par-duzcas van tornándose las montañas, sombría y melancólica la llanura. Es que se va el Sol proven-zal y con él la vida de Mireya la zagala de las Al-mezas, la que el aldeano Mistral ofreció a Lamar-tine como: «mi alma y mi corazón, la flor de mis años, racimo de la Grau con todas sus hojas.»

FRANCISCO VALDÉS.

CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

HISPANO-AMERICANO EN SEVILLA

EN la reseña que del Congreso Hispano Americano de Historia y Geografía apareció en el número anterior de BÉTICA, sufrimos un olvido que hoy queremos subsanar, aunque nos sirva de disculpa el apremio del tiempo. Entre las memorias presentadas no mencionamos la del Sr. D. Américo Lugo, delegado de la República Dominicana, que trataba de la «Correspondencia general de los Gobernadores, Intendentes y otros funcionarios franceses de la isla de la Tortuga y costa de Santo Domingo, relativa a la parte española de la isla de Santo Domingo.» Advertida la omisión cuando

el número se hallaba ya compuesto, la hemos lamentado, no solo por afectar a un digno congresista adornado de altas prendas y de exquisita corrección, sino por el indudable mérito de su trabajo, indispensable para el conocimiento perfecto de la historia dominicana y que el Sr Lugo ofrece «en nombre de la República Dominicana a un Congreso en que es justamente glorificado el nombre español, como ofrenda de la hija primogénita a la madre adorada.»

UN ESPECTADOR.



SUMARIO

Sevilla y su porvenir inmediato, *Fernando Barón*.—Bética en París: Colón, *J. Lorda y Franco*.—Amor y Celos, *Carlos de Montero*.—Córdoba y sus escritores: De la Sierra: Córdoba la Vieja, *A. Fernández Fenoy*.—La Copia, *Gabriel Delgado*.—¡A los toros!, *Ricardo de Montis*.—Cordobeses en feria: La Marquesita, *A. Jiménez Lora*.—Las Visperas, *R. Fuentes Güen*.—Mis paisanas, *Benigno Riquelme*.—Córdoba, *Francisco Álvarez Yusta*.—Tardo de Pasco, *Vicente Orti Belmonte*.—En la feria: A una cordobesa, *Daniel Aguilera*.—Vida andaluza. Córdoba: Azebaca y la Mezquita, *E. G. Nolla*.—Bellas artes. La Casa del Conde de Agular. Los Juegos Florales: Crónica del Ateneo de Sevilla, *F. Coriñas y Murube*.—Poesía. El Triunfo del dolor, *Antonio Teixeira*.—El donado de los tres dones, *Isidro de las Ca-*

jigas. Canto de esperanza, *Leopoldo Castro*.—Visión andaluza: Córdoba, filigrana de oro, *Rafael Castañón*.—De la España típica, *F. Morilla de la Torre*.—El alba, *Antonio Arévalo*.—¡Esa es mi Feria!, *José Antonio Caballero*.—A X, *G. Belmonte Müller*.—El Guadalquivir, *Francisco Arévalo*.—Mistral, *Francisco Valdés*.—Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americano en Sevilla, *Un espectador*.

Dibujos de *Santiago Martínez, Alfonso Grosso y J. Lafita*.
Fotografados de *Gómez Hermanos y Nuevo Mundo*.

ADVERTENCIA.—Se ruega a los periódicos que reproduzcan originales de esta Revista, que expresen su procedencia.

SEVILLA.—Imprenta de Izquierdo y Compañía.

EN TORNO A GANIVET

I

PAGINAS OLVIDADAS



N la ciudad del Turia, allá por el año 1905, un inteligente librero comenzó a publicar una colección de pequeños y económicos volúmenes, escritos por jóvenes literatos contemporáneos. Nosotros tenemos noticias testificales de los dos primeros volúmenes de la «Colección Serred»: una galana crítica sobre Pío Baroja por García Sanchiz, el primero; varios artículos necrológicos sobre Angel Ganivet, el segundo. Se anunciaban para próxima publicación originales de Pérez de Ayala, Mesa, Rusiñol, Agrasset y Angel Vegue. No sabemos si fueron publicados. Estas pequeñas y silenciosas obras de arte rara vez llegan a la popularidad; tanto más, alejadas de Madrid y hechas por *escogido* personal literario.

El segundo volumen de la «Colección Serred» es sumamente interesante para los que andamos metidos en el movimiento literario español.

Se celebró una velada en honor y memoria de Ganivet, en el año 1905. Leyeron cuartillas en la velada Navarro Ledesma, Unamuno, *Azorín* y C. Román Salamero. Los cuatro escritores «se repartieron las entrañas espirituales» del escritor granadino. Ledesma habló del «hombre», del «amigo»; Unamuno, del «filósofo»; *Azorín*, de la «psicología de Pío Cid»; Román Salamero, del «publicista».

Nosotros no hemos visto jamás ningún libro—de esta índole—tan substancioso, interesante y sincero, como estas páginas que los antecitados publicistas escribieron en torno a Ganivet. Generalmente huímos de todas esas lloronas veladas panegíricas que son un haz de palabras huecas, laudatorias, falsas, cursis. No há mucho tiempo espectadores fuímos de la habida en memoria de Menéndez y Pelayo; más reciente, de la habida en memoria de Moret. Las dos llegaron al paroxismo de la ridiculez lagrimona.

Hemos leído nosotros casi la obra total de Angel Ganivet. Pero aquí no vamos a discurrir por nuestra cuenta. En estas columnas sólo aparecerá un resumen de los artículos citados. De nuestra cosecha pondremos algunas aclaraciones, complementos y notas. Allá irán confundidos.

II

SU INTEGRIDAD.—SU VIVIR

¿Quién fué Ganivet? ¿Cómo fué Ganivet? Externamente—nos dice Román Salamero—«era alto, de contextura sólida, un poco cargado de espaldas y de andar lento y acompasado». Tenía encrespada barba negra y «los ojos claros».

Nació en Granada—1865—; pero no se pudiera decir granadino. Era de todas partes: era humano. Los humanos tienen de todas partes algo. En sus apellidos se encuentran Francia (Ganivet), Andalucía (Siles) y Castilla (García de Lara) confundidas. De la primera tenía «la calma reflexiva y meditabunda; la naturalidad, la llaneza, la simplicidad infantil y raras veces una fogosidad interna». De Castilla «el alma calenturienta de los místicos, el ardiente espíritu de los conquistadores». De Andalucía «la gracia urbana, la elegancia en el decir—hija de la poética cadencia de los últimos árabes españoles—, y el amor al agua, un profundo y exaltado amor al agua». (Véase este amor al agua en su libro *Granada, la bella*, capítulo III). Como muestra de su delirante amor al agua, aquí tiene el lector unos versos insertos en *Los Trabajos de Pío Cid*:

«Sigo el correr silencioso
de los ríos, y amoroso
va flotando mi sonar,
hasta que encuentre reposo
en las orillas del mar.»

Después de meditar estos versos no nos puede sorprender que Angel Ganivet se arrojara al Duiña—un río que lame los muros de Riga, capital de Livonia (Rusia)—y abrazado a sus aguas encontrara la muerte, siendo el 27 de Noviembre del 1898. ¿Influyó en su muerte nuestro desastre colonial? Déjese este punto para cuando tratemos «cómo vió Ganivet el problema español». Como Garcilaso, sólo treinta y tres años vivió el autor de *Hombres del Norte*. En treinta y tres años hizo—entre otras—las siguientes cosas culturales: cursó brillantísimamente las carreras de Derecho y Filosofía y Letras; aprendió con prodigiosa facilidad el griego, el latín, el inglés, el francés, el árabe, el sánscrito, el italiano, el ruso, el alemán, el sueco; ganó dos oposiciones; publicó una docena de libros, llenos de clarividencia, de ideas humanas, de pensamientos practicistas, de encantadora poesía.

III

LA FILOSOFÍA DE GANIVET

¿Fue Ganivet un filósofo? «Un filósofo es un animal raciocinante que procura formarse un concepto del universo y de la vida y reducirlos a sistemas lógicos», «un ocioso que investiga eso que se llama el problema del conocimiento». Si estimamos exacta esta definición *paradógica* que Unamuno hace del filósofo, no lo fue Ganivet. No se cuidó de formarse un concepto del Universo; pero sí un sentimiento de la vida. «Su tendencia fue siempre práctica por muy idealista que fuese.» No se proponía potenciar las cosas; solamente cuidar de su *yo*; fue un escultor de su alma. Nada más lejos de la metafísica y de la lógica. ¿Qué hacer, entonces, de aquellas charlas y soliloquios metafísicos que sostenía Pío Cid en su autopepeya? ¿Pueden llamarse metafísicos aquellos coloquios sobre las *causas finales*, la *conciencia*, las *ideas*, que menudean en sus epístolas? De ninguna manera. Todo lo más Ganivet es un moralista; un estóico a la manera *humana* como lo fue Séneca, su maestro querido; un psicólogo a quien le preocupaban los problemas del mundo interior humano; un curioso del espíritu. «Sin la tolerancia y la amplia comprensión de espíritu, la higiene no hará sino animales muy limpios, muy sanos, pero muy animales. La riqueza exterior nos ahogará si no cultivamos la riqueza interior». Este era Ganivet: un sutil consejero espiritual. No era el erudito, el *hombre de letras* francés, el metafísico kantiano, sino un afectivo a quien le preocupaban los problemas del alma en cuanto relacionada con las cosas sensibles, prácticas, del vivir cotidiano y actuante. «Pío Cid tiene raíces sanchopancescas y flores quijotesas», ha dicho Miguel de Unamuno. Fue un típico *filósofo español*.

IV

CONTEXTURA ESPIRITUAL DE PÍO CID

En la biblioteca de *Azorín* hay tres autores por los que «siente especial predilección». Esto era en el año 1905. (La fecha nos interesa. Con el tiempo, con la corriente inexorable del tiempo, varían los gustos estéticos, cambian las opiniones políticas, las ideas se dulcifican ó se enardecen). Estos tres autores por los que «siente especial predilección» *Azorín* son Pío Baroja, *Silverio Lanza* y Angel Ganivet. A juicio del autor de *Los pueblos*, los tres son los representativos espíritus de la España literaria novísima. «Los tres son *profundos, inquietos, raros, complicados*». Fijáos bien en los apelativos con que los tilda *Azorín*. A poco de esto comienza a hablar «el poeta de lo castizo» de Pío Cid—encarnación de Ganivet—. «Pío Cid es una figura arrancada de una vieja estampa española». Pasa a describirle. «Si habéis leído la autonovela épica—*Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*—, reparad que es un tipo vulgar, un tipo que sale en cada novela galdo-

siana, de esas que ridiculizan melancólicamente la clase media española. El mismo *Azorín* pretende emparejar la figura material—sus hábitos y costumbres—de Pío Cid con muchos antepasados españoles. Se asemeja por su frugalidad y abandono en el vestir con Arias Montano, con el beato Juan de Avila, con Fray Luis de León». Todos los grandes españoles que han laborado nuestra historia espiritual son de esta suerte. ¿Y los que no han contribuido a esta elaboración? ¿No hay miles de personas—todos las conocemos—que son desaliñados en el atavío, y parcos en la alimentación?

Pío Cid se ha formado espiritualmente en un pueblo. «Un pueblo es la soledad, la monotonía», «el paisaje es perdurablemente el mismo», se ven siempre las mismas casas. En este pueblo se ha repletado el corazón de Pío Cid de tristura; el cerebro de ideas librescas. Su saber es vasto y enmarañado, a la española, «tal como sería el de Caramuel, el Tostado, Victoria, Mor de Fuentes, Feijóo». Pío Cid no se ha sepultado en las lecturas; no le han absorbido los libros; saltó los lagares de la erudición. Las ideas que aprendió en los libros le sirven de trampolín para lanzar las suyas:—*ideas picudas*—. Se asoma a los ventanales de la vida. Ahonda en el alma española. «Yo tengo la costumbre de arreglar mi vida no como la sociedad lo dispone, sino como yo quiero». ¿Veis en esta frasecilla toda la psicología de Pío Cid? Un hombre como él no se doblega nunca. Español, recio individualista español. Se hizo para sí mismo; a usanza hispana. El se es todo. Y por si algo le faltara a Pío Cid, tiene metido en el alma la Fe de los místicos castellanos. Pero, curioso intelectual del XIX siglo, luchan en él la Razón y la Fe. Transcendental dualismo que tanto preocupa al rector de Salamanca. En Ganivet triunfa la Fe. «La Fe en sí mismo—dice—es el germen de todas las grandezas humanas».

V

ESPAÑA Y GANIVET

¿Cómo vió Ganivet el problema español?... El artículo se va alargando. Acaso sea esta pregunta la más interesante de las que hemos hecho en torno al autor de las *Cartas finlandesas*. De contestarla haríamos excesivo el presente trabajo. Sería donde pondríamos más juicios propios. Estamos bastante identificados con sus obras críticas sobre España. ¿Lo dejaremos para otro trabajo? Y si el lector siente curiosidad por saber cómo vió Ganivet el «caso» España, vaya repasando el *Idearium* y las cartas que se cruzaron entre su autor y D. Miguel Unamuno y D. Francisco Navarro Ledesma. Entrambas colecciones están publicadas; su coste está al alcance de todas las fortunas. En tanto pensemos, pensemos sobre los escritos de Angel Ganivet.

FRANCISCO VALDÉS.

Extremadura, 1914.

LITERATURA

NUESTROS POETAS

ANTONIO MACHADO



N pueblecito andaluz límpido, lleno de luz y de paz. En la calle principal una casona vieja y fuerte que ostenta en la fachada un carcomido escudo heráldico, de bruñida piedra berroqueña. Por un amplio zaguán, fresco y húmedo, se llega a un patio—el clásico patio musulmán—grande, espacioso, cuadrilateral. Una fontana al centro con su perenne látigo de cristal que restalla en el pilón marmóreo su monótona canturía.

«La vieja fuente adoro;
el sol la surca de alamares de oro,
la tarde la cairela de escarlata
y de arabescos fúlgidos de plata.»

Macetas, muchas macetas con rosas, claveles, nardos, orquídeas, en los arriates, jazmines y yedras que se retuercen como culebras a los gruesos barrotes de los ventanales; las golondrinas pasionarias han adornado la cornisa con sus medias piñas nupciales; el Sol, el padre Sol embriaga de vida este patio andaluz que cultiva la linda muchachita malagueña: Charito Pepa Asunción.

Apartados del «mundanal ruido» moran en este rincón moruno el padre y la hija; solos, íntimamente unidos por el amor. El padre se ocupa en administrar la hacienda; la hija en cuidar las flores, las palomas, los canarios, en leer prosas y versos; en respuntar la airosa guitarra sevillana; en bordar ajuares para humildes casaderas que la besan las manos y la ofrendan con exvotos campesinos: tarros de miel, manojos de espárragos, náyuras, lirios silvestres.

Los veranos, el padre y Charito Pepa Asunción, viajan. La brisa cantábrica de las astures y gallegas playas oreas sus rostros; en Otoño a Florencia, a Roma, a Lucerna. Una vez llegaron a Rusia, la madre del místico Tolstoy, del moribundo Gorki, del magnífico Turgenéff, que ha hecho llorar a Pío Baroja con sus relatos.

Asunción Pepa Charito es alta y flexible, pizpireta, nacarada, sonriente, parladora; de veinte Junios.

Se atavía con sencillez: faldas volanderas azules, blusas blancas sin alamares; chapines acharolados. El pelo negro sedoso, recortado en bandós que sujetan unas pequeñas peinetas de azabache. Su única alhaja: un hilo de oro del que pende un medallón con el retrato de su madre.

Una de las pocas personas para quien se abre, franco, el portón de la vieja casona solariega, es para Luis Alvarez. Luisito—como le nombran en el pueblo—es un mozalbete simpático, culto, rico; estudia Leyes por *sport*, caza en sus grandes dehesas andaluzas, escribe versos en el periódico de la capital provincial; entretiene con su sabrosa charla a las mocitas del lugar.

Esta tarde, después de haber charlotado «de lo lindo» Luis Alvarez con Charito Pepa Asunción, la ha ofrecido un libro pequeño, sobriamente editado, de poesías, un amable volumen: *Soledades*, de Antonio Machado, tiempo atrás publicado, cuando el poeta daba a conocerse.

Las diez en el reloj de la vetusta iglesia pueblerina. Lentas, solemnes, graves, las campanadas. Un quinqué enrojece el dormitorio de Pepa Asunción Charito. En la habitación contigua se percibe el vago respirar ronquedo del viejo que dormita. Sentada en un butacón terciopelado hojea febrilmente *Soledades*; sus ojos pasan intranquitos por los versos del poeta; ya llegaron a la postrera estrofa. Se levanta, indolente; una de sus manos marfileñas acaricia los bandós de su negra cabellera; un suspiro profundo; luego ha llevado el pequeño volumen a sus labios y se le ha guardado en el pecho, anhelante.

Por un resquicio del ventanal se avizora la lunática silueta de un gato en cuclillas sobre la cumbra del vecino tejado; los ojos de la lechuza refulgen ráudamente en el aire. Ha desaparecido la luz rosácea del camerino; como un muelle revolver de sábanas castas, se adivina.

«Silencio... En la noche la paz de la luna
alumbra la blanca ventana moruna.
Silencio... Es el musgo que brota y la hiedra
que lenta desgarró la tapia de piedra.»

* *

—¿Has leído las poesías que te dejé ayer?

—Anoche las leí.

—¿Te gustaron?

—Bastante... Mucho me gustaron

—Son admirables, ¿verdad?

—Admirables son. ¿Tú tienes, Luisito, algunas noticias de la vida de Antonio Machado? Ya sabes que tanto me interesan las vidas de los poetas como sus versos.

—Pues yo, Charo, sé muy escasas noticias de la vida de este poeta; Antonio Machado no se prodiga vive oscuramente; los periódicos rara vez traen noticias suyas; por lo que parece vive en Baeza, en el Instituto de Baeza explica Francés a los escolares; le gusta mucho viajar, la vida parisina, la parda tierra cas; tellana. Antes publicaba poesías en *El Liberal* y *Blanco y Negro*. Hace poco leí un libro suyo—*Campos de Castilla*—que, en mi sentir, es uno de los mejores libros de poesías que he leído yo. Casi me gusta más que Ruben.

—¿Más que Ruben te gusta?

—Qué sé yo. Ruben Darío es menos nuestro, por ser más de todos. Ruben a no ser por París no sería hoy el más grande poeta de América. Y Antonio Machado sólo ha necesitado para serlo la tierra castellana y el Sol andaluz, nuestro Sol, más poeta que todos los poetas juntos.

ANTE LA GUERRA

Vuelve, Fabio, tu fúlgida mirada,
y verás los horrores del presente:
la humanidad camina dislocada
y grandes ansias de exterminio siente.

Trueno el cañón, enhiesta va la espada,
los ejércitos luchan fieramente....
aquella paz bendita y deseada,
llorosa se alejó del continente.

Todo es luto y dolor, todo es quebranto:
las madres lloran, y al clamor del llanto
los pueblos abren entre sí un abismo....

Mientras gozosa al són de la pelea,
ufana de su obra se recrea
esa bestia feroz: ¡el egoísmo!

JUAN FERNÁNDEZ ESPINOSA.

—¿Y de dónde es Machado?

—Tengo entendido que es paisano nuestro: de Andalucía.

—¿Es casado el poeta?—pregunta repentinamente Charito Pepa Asunción. Y como si se hubiera arrepentido de esta su pregunta curiosa, hanse ruborado sus mejillas y sus ojos se enclavan en el ajedrezado de baldosas.

—Es viudo. Casó, y al poco tiempo se le murió la esposa. Suponte lo que habrá sufrido su alma. Una de las cosas más tristes de la vida es la muerte de la amada de un poeta. ¿No lo crees tú así?

La noche va venciendo al atardecer. La conversación se desliza melancólica entre los dos jóvenes amigos, luego se despiden sonrientes. No bien ha salido Luis de la casona, corre presurosa Charito Asunción Pepa al despacho donde se encuentra el anciano padre. Le da un beso suave, cariñoso.

—¿Qué le sucede a la monina que tan zalamera viene?

—Nada, papá.

—¿Cómo que nada, pide por esa boca lo que quieras; aquí está este viejo chocho para complacerte, encanto mío.

—Bueno, pues ya estás escribiendo a Madrid, para que me envíen todas las obras de Antonio Machado.

—¿Todo eso es lo que deseabas?

—Deseaba, papá, otra cosa; una cosa imposible. Esta sólo sirve para consolar a la otra.

FRANCISCO VALDÉS.

Madrid-October-1914.

LA ERMITA

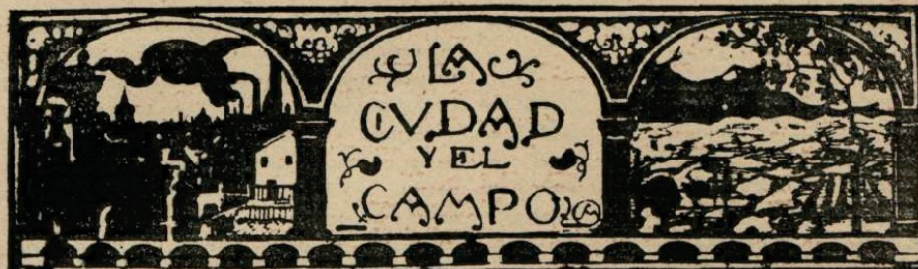
(DE UHLAND)

En lo alto del monte
Se levanta la ermita,
Que en silencio profundo
Al hondo valle mira.
Alegre pastorcillo
Por praderas floridas
Y frescos manantiales
Canta su humilde dicha....

De la campana se oye,
Con tristeza infinita,
El «toque de los muertos»
Que lentamente vibra.
Cesa el cantar alegre,
Del muchacho, que mira
Con sorprendidos ojos
Hacia la vieja ermita.

Allí, á enterrarlos, llevan
A los que el valle habitan,
Y sus terrenos goces
Por siempre allí terminan.
¡Alegre pastorcillo,
También por ti algún día
Ha de tocar la fúnebre
Campana de la ermita!...

F. CORTINES Y MURUBE.



DEL SENTIMIENTO.--AGUA

«Oh el agua fresca sobre la
carne blanca en los arroyos; en el
río el ámbar y el rosa de los cuer-
pos jóvenes.»

G. Martínez Sierra.



En la paz aldeana de la calle de-
sierta, unos dedos, como afile-
dos capullos de rosas, arrancan
ensueños al marfil del piano.
Solloza Chopín en un románti-
co *Nocturno*. Las tres de una
tarde otoñal. Contemplamos el cielo limpiísimo.
¡Cielo de España! El Amor, la Muerte, el Oro, la
Voluptuosidad, el Fuego confundidos en el azul
sin mancha. La tragedia española, añil, estofando
a la Virgen sevillana que simbolizara Bartolomé
Esteban Murillo. Ella, a la vez, símbolo admirable
del Almanacional; como pretende Angel Ga-
nivet en su *Idearium*.

Dos labriegos chocan sus lamentos. Conver-
san, aquejándose de la falta del agua. El drama
acaricia sus labios; brota, resignado, de sus al-
mas, ya un poco extáticas al dolor.

—... *Asina* llevamos *dende* que sembramos.
No ha caído una gota *pa* un remedio.

—*Nenguna* siembra brotó *entoavía*.

—*Nenguna*.

—Dios lo remediará presto *tó*.

—*Asina* lo quiera el Señor bendito...

La eterna canción de las gentes: esperar la
lluvia. Si llueve a punto y con tino habrá pan y
fuego en los hogares, habrá trabajo, los ajuares
serán abundosos, en las ferias se mercarán peri-
follos, se irá a ver la función de los comediantes.
Hasta se ahorrarán unos doblones. Si no llueve,
si la sequía es larga, entonces la miseria, el frío,
el hambre, el dolor abundarán en los cuerpos y
en las almas de los labriegos; el sufrimiento por
ver sufrir a la tierra. La tierra que es su amor

grande, rudo, fuerte; la tierra, su sustento, su
madre fecunda, su cariñosa hija, su eterna com-
pañera. En ella se amamantaron, en ella morirán;
siempre agobiados, inclinados hacia sus entrañas,
sus ojos enclavados en su seno bermejo y su al-
ma, la tierra misma.

El agua no cae. Ataponáronse las canales del
cielo desde largo tiempo atrás. Ni una gota para
un consuelo. Todos los días tuesta el sol la tierra
y los cuerpos y los espíritus. Grandes grietas se
abren en su carne morena. La tierra se consume
de sed.

Rogativas a la Patrona del pueblo. Traída en
andas desde la campesina ermita, por los mozu-
cos de labrantía. Novenas patrocinadas por el
párroco y las Hijas del Corazón de Jesús. Plega-
rias floridas la hacen las nenas de la escuela. La
bordan un manto y unos escapularios las hijas
del Sr. Alcalde. La ofrendan cirios las viejas en-
lutadas, con las manos; lágrimas que resbalan
por la cera de sus caras, con los ojos; rezos y
preces con el corazón. Todo en balde. No llueve,
no llueve ni una chaparradita. Se pierde la cose-
cha, avanzan la miseria, el hambre, el aniquila-
miento. Los mendrugos de pan irán a las bocas
empapados en lágrimas. Ya hay muchos braceros
que infructuosamente ofrecen sus trabajos por
las mañanas en el mercado. La tierra está dura;
las faenas agrícolas paralizadas. Todo el campo
seco, yermo, sin vida. ¡Hasta los centenarios en-
cineros comienzan a secarse! Interviene el Ayun-
tamiento. Se recolecta de los hacendados socorros
que se agotan deseguida.

....Y siguen sin desataponarse las canales del cielo.

Cercana al poblado la corriente de un río transcurre rumorosa, límpida, en abundante caudal. Nadie se acuerda—ni se acordó jamás—de este agua que se derrama toda ella en el mar, sin que una pequeña sangría tuerza el curso que Dios la impuso. Lame el río estas rojizas tierras que se agrietan de sed. Su constante rumorosidad parece una sonrisa grotesca, cruel, irónica. Díjase que dice el borboteo del río: «Sufre, padece, compañera Tierra. Ves, llevo en mi seno la medicina; el remedio para tu mal, y tú te retuerces en espasmos de dolor. Tus hijos tienen la culpa. No acuden a mí; no tienen, no tienen, tampoco, médicos; si los tuvieran no los querían. Hubo uno: mi hermano Costa, mi venerable hermano Costa, y le escarnecieron antes de olvidarle. Ellos pagan su yerro, ellos le seguirán pagando mientras no se enmienden. Y a ti, tierra, mi amor, mi dulce compañera ¡cuánto sufro por verte sufrir!»

Torna el piano a despararramar en la paz aldeana de la tarde serena un ramo de ensueños

cristalinos. El *Nocturno* tremola en este instante apagado, suave, sedoso, acariciador, lánguido. El sol gatea por las paredes fronterizas. Ya resta poco por sombrear.

Hojeamos un libro. Un libro dondelate, mansa, la tragedia de la tierra hispana. *Antonio Azorín* se titula el volumen. Al mediar el libro, hace su autor una curiosa cita. Platican Verdú—el filósofo Verdú—y Antonio Azorín. Exclama Verdú: «Yo amo la Naturaleza, Antonio; yo amo, sobre todas las cosas, al agua. El cardenal Belarmino dice que el agua es una de las escalas para subir, para subir al conocimiento de Dios.»

Sí, nosotros también creemos que el agua y el árbol son las dos más verdaderas escalas para subir a donde está Dios. Y aquí abajo, en este pequeño rincón español, ¡cuán escasamente se ama al agua y al árbol! ¡cuán poco se hace por ascender a donde está Dios! Después de esto, ¿no ves tú, lector, un justo castigo divino en las sequías? ¿No es de absoluta justicia que a quien no estime en su valor las cosas, y no las quiera con su alma, se le arrebatén, se le despoje de ellas?

FRANCISCO VALDÉS.

Madrid-XI-1914.

SONATA DE INVIERNO

EL CUENTO DE LA CAPERUCITA

En esta noche de invierno, grata,
Arde la leña puesta en el llar,
Y al amor dulce de la fogata
Dicen los labios una sonata
De ingenuidades en el hogar.

Hogar humilde de labradores,
Casa montesa y hogar montés,
Solar y cuna de mis mayores,
Vieja casita de mis amores,
¡Mi amor más puro para tí es!

La temblorosa voz de la abuela
Con una eurtmia de tarantela,
Recita un cuento de paz y amor....
Los nietos piden el cuento de la
Caperucita del leñador.

Y la voz blanda de la abuelita
Tras de un «Pues era, señor...» decir,
A los atentos nietos recita

El cuento de la Caperucita
Que no se cansan nunca de oír.

¡Oh peregrino romance de la
Caperucita, que nuestra abuela
No se cansaba de recitar,
Al amor santo de la candela
Que unía a todos en el hogar...!

Tú eres, amable recitamiento,
Puro tesoro de sencillez,
Que impregnas y unges de sentimiento
El alma niña.... Tú eres ¡oh cuentol
El preferido de la niñez.

Hoy tus dulzuras y suavidades,
hoy tus divinas puerilidades,
Sirven de bálsamo a mi dolor....
¡Dame tus santas ingenuidades,
Caperucita del leñador!

S. VALVERDE.



HUMO

(APUNTE)



ON rosáceas las cuartillas. Esmate la luz de la bugía eléctrica, pero está naranjada por la caperuza que la envuelve. Tan cercana a nuestra testa que la calienta así como si se tratase de unas páginas de filosofía alemana. Desde el cenicero de laca ascienden hasta el entarimado de la techumbre las espirituales lengüetas, azulinas, sutilísimas, del cigarro. La mirada sigue el ondular curvilíneo del último penacho azul; y al llegar a la mitad del fronterizo tabique de estuco choca con un retrato de Goethe, pintado por Grímler y con otro retrato que hizo un fotógrafo de pueblo. Apuntan a las dos fotografías los cañones de sendas pistoletas de desafío, cruzadas en signo de multiplicar. Bien está que a quien compuso *Werther* se le amenace con un arma de fuego; pero a quienes pasean el Encanto y la Alegría por el escenario del mundo....

Figuraos la sala musical de un colegio de «Angelinas». En ella, una treintena de doncellas—entre los quince y los veinte Mayos—en torno al piano, con los papelorios de sofleo en las manos y dos hermanas dirigiendo los compases, miran al objetivo de la «cámara oscura». Predominan los claros en los vestidos y los oscuros en las escaroladas cabecitas, con un copo grande de nieve encima. Los chapines también rociados de nieve. Corretean los encajes por la sedosidad de los vestidos domingueros. Una mariposa de oro se aposenta en algunos cuellos. Ajorcas en los culebreantes brazos surcados por finísimos arroyuelos de azul. He aquí la fotografía. Ya va un poco amarillenta de anticuada que es. Son quince los años que pasaron desde que se reveló.

Antonia, Laura, Carmela, Luisa, Catalina, Manolita, Eleonora, Juana, Rosario y Pepita, componían una parte de aquel ramillete de flores áureas que antaño embriagara una mañana abrilena la clase musical de un colegio de «Angelinas».

Antonia se ha desposado con Dios; en las «Clarissas» es hoy una blanca abeja más que fabrica el dulce panal que Cristo principió hace veinte siglos. Laura se suicidó por amor: una herofna más para los poetas que tengan corazón. Carmela de opulenta pasó a pobre; casó con un vicioso que la donó seis muñecos de carne morena y la jugó el peculio; se llama en el presente *Resignación*. Luisa es una impertinente solterona que pasa la vida, mitad por mitad, entre el confesionario y la murmuración. Catalina fuése al cielo con los pulmones taladrados por «el terrible mal». Manolita la siguió en la ruta divina; pero Manolita dejó su fruto en la tierra: un rollizo angelote de carne, gran amigo nuestro. Eleonora enviudó, y se consume en el silencio y el abandono de su horfandad completa. ¿Juana, Rosario y Pepita? ¿Qué será de estas tres muchachas antaño reidoras, charlatanas, un poco bruscas de modales, un tanto subidas de genio? Trajéronlas sus padres para que las monjas las dieran un barniz de cultura y educación. Como todas, aprendieron a bordar cañamazos, a copiar unos paisajes de revistas, a tocar el piano, a confeccionar flores de trapos, a rezar fervorosamente, a escribir con elegante letra inglesa, a multiplicar, a enterarse dónde están las capitales europeas. Llegaron a la veintena de años y los padres las retiraron del colegio para adentrarlas en sus rinconeros villorrios. ¿Qué fué de ellas? ¿Se habrán muerto? ¿Serán siervas del Señor? ¿Tendrán media docena de frutos de su carne y de su alma? ¡Oh, aquellos trinos parleros, aquellas carreritas, aquellas esquelas de amor ingenuo, aquellas dulces lágrimas, aquellas risas quinceñas, locas y sin tino!

Hace unos años un ramo de rosas embriagaba con su olor juvenil y fragante a un sonoro piano. Hoy no resta nada de él. Deshojóse. Humo, como las vaporosas columnitas que arrancan del pebetero de laca; porque los recuerdos son sólo eso: *Humo*. Ni siquiera ceniza.

FRANCISCO VALDÉS.

Diciembre—1914.





PASTORELA

Murió la zagala un día de Mayo, cuando flo-
rean las campiñas; cuando recojen su trabajo de
todo el invierno—en unas espigas—los rudos la-
briegos; cuando las abejas ponen la miel en las
celdillas de pristina belleza; cuando el sol luce
más esplendorosamente su cara purpúrea.

¡Quién la viera bajar saltarina entre los gui-
jos aquel día que llegó a mujer, aquel día que se
la figuraban las cosas más claras y sonoras y
perfumadas; aquel día que atavióse con el largo
refajo, porque dábala rubor enseñar el arranque
de sus firmes y bien torneadas piernas; aquella
mañana que Joceluco, un mozo juncal, brioso,
colorado como las amapolas que salpican de san-
gre los trigales, la endilgó, medroso, lleno de sal-
vaje timidez, la cantinela de su corazón!

«Te traigo un ramo de flores
para adornarte la reja;
del huerto de mis amores
te traigo mieles de abeja»

Murió la zagala un día de Mayo. Murió del
mal de amores; del mal que se mete «mu jondo,
mu jondamente» en el pecho; del mal que se
torna la color del rostro y mucho se tose; del mal
que se espanta sangre.

Camino del camposanto va la Rosa, y tras

ella, unas viejas que rezan, y unos viejos que ca-
llan, y unas mozas que lloran.

La Rosa del otero de «las alondras» no ale-
grará más los valles y los alcores con sus trinos
y sus saltos; la Rosa no regará más por las no-
ches, ni bailará en las fiestas, ni llorará cuando
los lobeznos despedacen a las merinas, ni a Jo-
celuco le entrará el calor y la alegría en el cora-
zón con su charla y con sus ojos, pronto nidal de
gusanos. Los pájaros no escucharán sus cantos,
el cristalino arroyo no lavará su cara, las flores
no adornarán sus pechos, los collados no senti-
rán las caricias de sus pies, el noble «Navarro»
no lamerá su mano de viejo marfil.

Este prosaico poeta dolorido, que plañe la
muerte de la pastora de las risas cascabeleras y
los ojos dulces y azules, de la moza que fué una
cantinela harmoniosa y sencilla y mansa como
una balada teutona de Heine, de la moza para
quien el príncipe de los poetas españoles hizo
unas églogas de oro por ser su carne firme y son-
rosada y pura, os pide una flor para su tumba y
una oración para su alma, casta, como la de los
lirios que violetean en los valles serenos y tupi-
dos de yerba y de Sol.

FRANCISCO VALDÉS.

Extremadura-1915.

NACIMIENTO

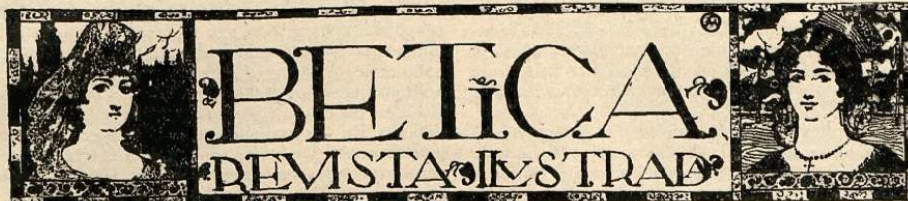
Nacimiento; aromoso nacimiento
repleto de perfumes de leyenda;
visión de un vaporoso sentimiento;
dulce ofrenda ideal; divina ofrenda.

Pintoresco y sublime anacronismo
del paisaje invernal pequeño y vario:
Te llevo siempre dentro de mí mismo
con la veneración de un relicario.

Triste noche del pobre: Noche-Buena
de encanto misterioso e infantil:
Tu brisa viene perfumada y llena
de una alegre cadencia pastoril.

¡Nacimiento, divino nacimiento
repleto de perfumes de ilusión:
que tu dulce y sencillo sentimiento
haga siempre latir mi corazón!

PEDRO A. MORGADO.



AÑO III

— 15 DE FEBRERO DE 1915 —

Núm. 27

Director: FÉLIX SANCHEZ-BLANCO

Administrador y Redactor jefe literario:
FELIPE CORTINES Y MURUBERedactor jefe artístico:
SANTIAGO MARTINEZ Y MARTÍN

LEYENDO....

I

PROSAS DE UN POETA.



N Levante, en la cálida tierra de las airosas palmeras y los espesos cañaverales, vive un literato todo corazón, sinceridad y silencio. Quizá le conozcáis. *El Cuento Semanal* propaló algo su nombradía. Se llama este artista silencioso, ferviente, recogido en su arte, este poeta de la prosa castellana, Gabriel Miró: artista verdadero, esencialmente y ante todo artista. Por exceso de serlo y muy humildemente vive olvidado, desconocido para el público. Esto no ha de importarnos a los buscadores de la pura belleza, sin mancha de populeiras insinceridades. Para ser devoto en arte preciso es reconcentrarse en sí mismo, huir de la bacanal mundana, estar en íntimo coloquio con Dios, con la Naturaleza, y esto sólo se consigue «siendo uno mismo», es decir, no dándose al vulgo, a los ilotas del pensar, eunucos del sentir. Por eso Miró ha preferido vivir una vida de intenso abandono, a confundirse con la plebeyez literaria. ¡Cuán gran diferencia á esos hombres—escritores, políticos, toreros, bailarines—que suena y resuenan artificiosa y bullangueramente en las bocas profanas en Arte!

Titula su postrera publicación: *Del huerto provinciano*: un manojo de cuentos. Los eternos temas de poesía—Amor, Odio, Felicidad, Miedo, Envidia, Pasión, Miseria, etc.—los trae Miró a este humilde rincón español y los encarna en los muñecos carnales de su país. Es un artista de lo pequeño, de lo vulgar, de la vida cotidiana: como Azorín. Y si Azorín, con su martilleo literario logra «fijar» prosáicamente un momento del vulgar vivir, Miró lo «fija» y lo eleva y lo remonta y lo idealiza con el poder brioso de su estilo, de pura cepa castellana.

Al final del libro de cuentos hay uno más largo, con aspiraciones a novela: *Nómada*. ¿Recordáis? Este escrito fué premiado por *El cuento semanal* hace, poco más o menos, un quinquenio, en ocasión que el padre del poeta laureado enfermaba. El mismo día que se publicó *Nómada* murió el viejo sabio provinciano. Y

mientras la mano temblorosa del padre íbase enfriando, en la frente ígnea y atormentada de Gabriel Miró, la madre y otro hermano del poeta ponían un ejemplar de la novela en el costado del padre agonizante...

Cuando nosotros leímos por vez primera *Nómada* andábamos «paloteando» en literatura. Llegó á nuestro espíritu un encanto tan amable y deleitoso, que nos hizo gustar los primeros dulzores poéticos. Pudiera decirse que *Nómada* encauzó a nuestra alma por los amargados senderos de la literatura. Hoy, al leer por última vez el cuento de Gabriel Miró, hemos sentido una mayor e inefable sensación que antaño, cuando adolescentes. Sí, hemos llorado de ternura, hemos gozado con la esencia de purificación que aprisiona este relato de las tribulaciones y altiveces del noble D. Diego, exalcalde de Jijona. Porque antes nuestra pobre alma era pura, y ahora la vida incoherente, la ha llenado de falsedades y dolorosos pensamientos; y *Nómada* trae un bálsamo tan blando, tan consolador para los corazones que sufren las pequeñas tragedias del estúpido y malicioso correr de estos tiempos y de estos mundos... Leed, leed ese cuento de Gabriel Miró: artista silencioso y ferviente, alma de santo, estilista sin par en la tierra hispana.

II

COMENTARIO MUY LÍRICO.

Tarde agostefía. Campos extremeños, rudos y fuertes y sin sangre. Llanuras grises, rastrojeras jaldes, tomillares secos, montes de jara, centenarias encinas corpulentas. Se quebraba el Sol contra los canchos azules de la serranía encrestada. Sombreados por el afilado ramaje de un chopo, cara al cielo, contemplábamos la infinita llanura azul, llena de misterios. Dijéramos que se marchitaba la actividad, que se tronchaba el cordel del tiempo. No había rebaños, ni agua, ni flores, ni verdura, ni sonos de Angelus, ni cantos de pájaros. Todo era paz y silencio. Un libro de poesías, leíamos un libro de poesías. Y para no turbar la religiosa paz campesina, leíamos en voz apagada y muda, voz de seda. Se llamaba el volumen *Baladas de Primavera*: versos de Juan R. Jiménez: el poeta de los ensueños, de los

dulces pensamientos, de las románticas melancolías, de las tristuras infinitas ¡Oh, que melancólica era la sonoridad de este libro solitario, espiritual, campesino! Caían sus estrofas en nuestro corazón como briznas de amor recogido y tímido, de amor sin palabras, esencia de amor.

Le compuso el poeta morando en el campo, en íntima comunión con la flor de la jara, con el carmín de la amapola, con la miel de las abejas, con el tintinear de las esquilas, con el trino de la oropéndola. Quizá en un campo andaluz más «vivo» que éste, más alegre y florido. Sería la Primavera: cuando granan los trigales y los pájaros y el Sol y los poetas; cuando reverbera la claridad en las almas líricas, esas almas que se hicieron para los «dolorosos encantos»; cuando la Luna es nieve y perfume en las flores de las acacias.

El poeta, llena el alma de maravillas, iba arrancando los puros aromas a las cosas todas de la tierra y el cielo andaluces. Tenía en su alma, el poeta, el sortilegio de las bellezas interiores de las cosas. Sus ojos serenos sólo avizoraban lo bueno, lo sencillo, lo delicado, lo espiritual. Cada flor, cada gota de agua, cada estrella tenían para el poeta una emoción, que, aspiraba con suavidad, y hacíala sublime con el misterioso secreto de su pluma, tintada en su corazón doliente.

...Y luego apareció el libro, y sentimos con él todos aquellos inefables perfumes que Juan R. Jiménez iba recogiendo cotidianamente—por las mañanas llenas de brisa, por las tardes cárdenas, malvas, rosas, por las amplias noches desnudas—en sus paseos solitarios por los cerros salpicados de retameras, por los valles alfombrados de hierba, por las vegas ribereñas en donde pacen las mansas y ciegas vacas que inmortalizara, en unos versos maravillosos, Juan Maragall.

III

TRÁNSITO.

Este tercero libro que hoy se glosa, humildemente, es un agrupamiento de versos que un poeta joven y nuevo—José M.^a Platero—ha publicado no ha muchos días, con el título *Tránsito*. Ya es el rótulo muy significativo e interesante. ¡Tránsito! un vocablo de aromas y bíblicos sabores, palabra simbólica y litúrgica, palabra llena de inquietudes melancólicas, de pesares intranquitos. Esta palabra es la vida. ¡Alta equivalencia! Los místicos, los fervorosamente cristianos, consideran la terrenal vida «transitoria»: somos *algo* antes de nacer, lo somos *todo* después de andar nuestros pasos por los senderos humanos. Los filósofos, los políticos, los economistas han pretendido, todos ellos, dar un contenido y una significación racional y lógica a la vida: quisieron encadenar y someter a normas universales y definitivas los hechos multiformes que en nues-

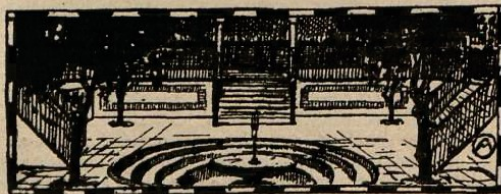
tro planeta acaecen, como también a las ideas. A este propósito consagraron sus fuerzas y sus actividades muchos seres que algunos tildaran de locos. Vano empeño el de los filósofos, el de los economistas, el de los políticos, el de los juristas; porque sus conclusiones y sus leyes cambiaban y se renovaban al correr de los tiempos. En determinadas épocas imperaban ciertos pensamientos que luego se derruían al renovarse los cerebros con las nuevas generaciones. Hay modas ideológicas como hay modas de trajes. Y este cambiar de modas es lo que se llama Progreso y Civilización y Cultura. Ese constante renovarse todo, ese inexorable cambiar las cosas, eso que llaman *devenir* es lo que da al traste con las modas de las ideas y de las materias. Y es que la Vida es un medio y no un fin: un fugaz *Tránsito* a otras misteriosas vidas, a las que aún no llegó la Ciencia.

¿Y los poetas cómo han considerado la Vida? El poeta lírico es el que arranca del «dolor universal» lo alegremente sublime. Dicen que quienes alegran la Vida son los poetas. Sí, ellos son los que, partiendo de las realidades terrenas, nos llevan a las regiones ideales, ensañadas. Y no es por la sonoridad de la rima por lo que realizan esta milagria, sino por la plenitud de Idealidad—irismo, ensueño, belleza—que llevan en su corazón. ¡Corazón de poeta! Palabras que nos hacéis placentera la existencia, y a las que, acaso, os debamos la Vida muchos humanos.

José M.^a Platero, ¿en qué ha pensado al titular su libro *Tránsito*? He aquí una impertinente interrogación. ¿Son las poesías reunidas en *Tránsito*, un tránsito entre *Las Primeras rosas*—su primer libro—y los volúmenes que anuncia? Deseamos que así sea: un pasajero intermedio espiritual entre *algo* (sus primeras producciones) y *todo* (las que han de llegarnos con el tiempo). El presente volumen de Platero es incoherente y diverso; nada definitivo y seguro. El sentir del poeta mariposea con frivolidad. Y es necesario para que llegue la firmeza de alma libar profundamente en un determinado lugar que, al fin y a la postre, es nuestro propio corazón. Las entrañas espirituales de Platero fueron forjadas a lo poeta, y por eso esperamos, justificadamente, algo más acabado y seguro. Es joven, muy joven, a los jóvenes se nos tienen que perdonar tantas cosas, principalmente la precipitación: esa ansia loca de *querer llegar enseguida* por medio de la imprenta. Los senderos que conducen a la *Gloria* hay que transitarlos con lentitud: una mano plegada al corazón y un ramo de ideas en el cerebro. José M.^a Platero, que posee corazón y cerebro, no usó de ellos tal como debía. Y este yerro hay que achacarle a su intranquila precipitación.

FRANCISCO VALDÉS.

Madrid-Febrero-1915.



LITERATURA

APUNTE: VIAJANDO EN UN LIBRO

¿Recordáis aquella epístola que Fradique Mendés, por otro hombre Eça de Queiroz, escribió al ingeniero Bertrand? Es una de las más sobresalientes, con serlo todas, de su epistolario. Desde París, donde vivía a lo príncipe, el gran portugués Fradique envía a Bertrand, ingeniero en Palestina, una carta censurando con agria ironía—como él hacía todas las cosas—su trabajo.

¿Qué hacía Bertrand en Palestina? Pues nada menos que planear un ferrocarril de Jaffa a Jerusalén. ¡Monstruosa obra! El progreso alguna vez llega a ser digno de maldición. Este es un caso. La tierra bíblica, la tierra de Santidad, el solar de las bellas y milenarias historias y leyendas, el suelo donde florecieron las maravillas que la pura palabra de Cristo sembró, va a ser prostituido por eso que llaman civilización y siglo XX. Este delito contra la leyenda es imperdonable por los poetas y soñadores. Se les arranca su fuente de vida. Tira todo el existir sobre dos piedras angulares: la *verdad* y la *fantasía*, y, como dice el propio Eça, la ilusión es tan útil como la certeza.

Los que nos acostumbramos a mirar los remotos países—Egipto, India, Palestina, Arabia—con los dos ojos del ensueño, no nos hacemos a que tengan historia, al modo como ahora se escribe esta ciencia en los países que cuenta con filósofos, arqueólogos y paleógrafos. Es más, fantaseamos la historia y la pulimos con leyendas y maravillas los que nacimos no sé si decadentes o poetas. Por eso cuando topamos con un libro sobre esos países escrito por un literato, nos consolamos de aquellos «dolores ciertos» que nos trajeron los fieles sacerdotes de la verdad, en secos, voluminosos y eruditos trabajos de investigación histórica.

Ahora es un libro del vate sevillano, con raigambres en Castilla, Felipe Cortines y Murube, el que nos place. Si yo supiera hacer orfebrería literaria sobre los poetas, la haría sobre quien escribió los libros que se titulan *De Andalucía* y *Nuevas Rimas*. Bien lo merecen la sonoridad, el entusiasmo, la corrección e inspiración de las estrofas que los nutren. Pero... preferimos esquematizar el viaje que el poeta giró a las tierras de Santidad.

Salimos de Sevilla un templado día de abril, del mes que se suavizan los vientos, y el llover se torna en harinear, y florecen las campiñas, y fecundan los pájaros, y hay un renacer en las sangres y en los espíritus, y es Primavera. Saltamos, rápidamente, a Barcelona. Un elegante paquebot nos aguarda en la serena tranquilidad azul del Mediterráneo. Le abordamos, y ya estamos con rumbo a la patria del Redentor. Caminamos al Oriente, al Oriente de donde vino toda

luz divina, por una ruta solitaria, adormecida, sin pájaros, sin bosques, sin costas. Las aguas del mar van dejando de ser azules para serlo verdosas. Asomamos a cubierta. ¿No columbráis torres, muchas torres con tejados pizarrosos y muchas rocas gigantescas? Es Malta la española, la caballeresca, como dice el poeta peregrino. Luego otra vez el mar sereno y azul, y profundo, y tranquilo. Después Creta con un manto de nieve en las montañas que la amurallan.

El *Ile de France* toma nuevamente rumbo al Oriente. Siendo el 3 de Mayo toca en el puerto de Caifa. Nos apeamos de la embarcación; ya estamos en la tierra de los peregrinos. ¡Hemos llegado! ¿No sentís una muy tierna emoción al hollar vuestras sandalias pecadoras la tierra de las divinas consejas? Desde Caifa, bien entre las jorobas de los dromedarios, bien en los carricoches tirados por finos y cascabeleros caballos árabes, visitamos el Monte Carmelo, Nazareth, Monte Tabor, Tiberiades y su lago «sereno y encantador», Jerusalén, El Gólgota, el Monte Sión, Belén, Jericó, El Jordán, el Monte de los Olivos, Getsemaní...

En cada bíblico lugar se evoca su encantadora historia cristiana y se reza, inflamado el corazón de ardorosa, una oración.

El poeta Cortines y Murube, en calidad de peregrino, visitó todos estos lugares. Al finalizar cada excursión va anotando en un cuadernito sus diarias impresiones pasajeras. Luego, ya en la Ciudad de la Gracia, las retoca, las ordena, las pule y llévalas a la imprenta. (Se publicó el libro en la primavera del año 1912. Se tituló *Jornadas de un peregrino*).

Y al leer las notas que en prosa escribió el poeta sevillano, ya concluida la excursión peregrina del día, encerrado en su celda santa, rodeada de silenciosidad y encantos, alta y cálida la noche, embriagadora de perfumes bíblicos, plena de luceros y estrellas—cada lucero un divino misterio, cada estrella un poético milagro—hemos sentido la inspiración y fervorosa que el poeta cristiano y andaluz iba depositando en sus glosas prosaicas a los lugares del ensueño hecho vida.

En el «apunte» sólo queda consignado el esquema de la ruta, siguiendo el índice. El relleno, la fantasía y la musicalidad que puso Felipe Cortines y Murube sólo lo podemos adquirir leyendo las páginas del volumen así titulado: *Jornadas de un peregrino: Viaje a la Tierra Santa*.

FRANCISCO VALDÉS.

Madrid, Febrero, 1915.

DEL SENTIMIENTO

MELANCOLÍA

«¿El amor a qué huele? Parece cuando se ama
Que todo el mundo tiene rumor de Primavera».

La Alameda silenciosa dejábase besar con mansedumbre por el oro del Sol que se derretía en el más saliente picacho de la Sierra azul. Rosas pálidas orlaban el cielo, límpido en lo añil. Las acacias mecían sus ramajes nupciales, levemente, al arrullo de la brisa suave. Caían al suelo las flores de las acacias como mariposas de nieve con las alas tronchas. Iban naciendo los rutilantes luceritos en la clara penumbra del cielo. A lo lejos se desgranaba el trino de una alondra y la canción de una fontana. Los pájaros brincaban en las copas de los álamos. Y estremecían con su volar sonoro la paz de este anochecer de Mayo florido, perfumado, melancólico, sensualmente melancólico.

Nos sentábamos todos los ocasos, mi prima Angela y yo, en un banco berroqueño de la Alameda. Su aya, en otro retirado banco, soñaba con las fantasías literarias de los poetas: si se turbaban sus ojos eran las «rimas becquerianas», si aleteaban los cartilagos de su nariz eran las travesuras amorosas de la sutil *Rachilde*.

Tenía mi prima Angela dieciocho años. Era rubia, fina, menuda de cuerpo, la cara naranjada, salpicada de pecas como lunares de chocolate, los pies muy pequeños, los ojos verdes de mirar penetrante y agudo, clavellina la boca con unas flores de almendro despedazadas y en hilera puestas. Siempre vestía trajes claros y vaporosos.

Mi prima Angela era mi novia. Yo la hacía versos sencillos y galanos, y mis palabras eran versos cuando para ella eran. Sentía mis canciones y acariciaba mis pensamientos con su dulce corazón. Sin los preámbulos amorosos llegaron nuestras almas a contemplarse con profunda ternura, a quererse. Charlábamos en alegre complacencia. La conversación más cotidiana recaía sobre los poetas; porque siempre fueron los poetas seres mimados y reverenciados por los que bien se aman.

De ordinario iba yo a su casa ya bien entrada la mañana. Concluídos tenía ella los quehaceres que tan devotamente ordena Fray Luis a las casadas. Su madre—una noble ancianita con plata en los cabellos—me quería tanto como a ella. Hermana de la que fué mi madre, desde que murió ésta, toméme tanto cariño como mi madre tuvo para su único hijo.

—Buenos y santos días, madre Consuelo.

—Buenos y santos te los dé Dios, Juanín. ¿A lo quear un poco? En el gabinete está tu prima.

—Allá voy.

¡Oh, aquel gabinete! En él columbró mi alma el inefable amor de corazón y caridad y consuelo. En él nacieron mis puras emociones, sin mancha de pecado mundano alguno. De mi biblioteca provinciana arrancaba los tomos de poesías y cuentos sentimentales para trasplantarlos en aquel gabinete. Los leíamos, mi

prima Angela y yo, en místico arrobamiento. Creíamos a los poetas seres superiores, capaces de igualarse con los ángeles del cielo. Vivíamos en la leyenda, en el ensueño: único modo de comprender y sentir a los poetas. Comentábamos las lecturas espiritualmente, las glosábamos con dulzura, las interpretábamos según nuestros sentires plácidos. Eran aquellas veladas mañaneras un culto romántico a la melancolía; un dejarse vivir sin vivir; como un sueño venturoso que al despertar aún siguiese; como una melodía de otros mundos ideales.

Luego llegaba la música. La música: consuelo de las almas inquietas; rumorosidad de oro, ensoñaciones de la carne hecha espíritu y del espíritu hecho carne. Beethoven, Mozart, Grieg, Schuman, Chopin, Albéniz: las sonatas, los nocturnos, las suites, los motivos andaluces, las romanzas sin palabras, las sinfonías. Mi prima Angela ponía su corazón en las notas de los maestros, y las claras y amigas notas esparcíanse en el aire tibio del camerino, como si fuese el deshojarse un ramo de magnolias.

Yo, tras ella, cogida la frente pensativa con las manos, adivinaba las huellas emotivas que en su rostro dejaban las divinidades de «los colosos». Alguna vez remojaba una lágrima una ficha marfilina, y los dedos afilados, sedosos resbalaban al toparse con ella, dejando un suave claro de luna en el ambiente plétórico de lírica fantasía. Pero continuaba tocando porque su alma estaba hechizada por los sublimes arpeggios.

Y así, apartados del «mundanal ruido» seguían nuestras vidas la silenciosa y florida senda que nos lleva a trasponer los umbrales del ensueño.

«¿El amor a qué huele? Parece cuando se ama
Que todo el mundo tiene rumor de Primavera».

ENVIO

A ti que eres «fina, honda, dulce», como dijo de otra amada, un poeta. A ti que te llamaste Angela, y era tu nombre manso y luminoso como una pincelada del divino Rafael, o como un verso de Francis Jammes. A ti para que—ya recortada de la hoja volandera—esta sencilla historia sentimental, la guardes entre las hojas amarillas de los libros devotos que siguen haciendo soñar tu loca cabecita, y perfumando de misticismo y cristiandad tu alma. Yo guardo entre los versos de aquel que se llamó Gabriel y Galán, la fresca rosa que cogimos un amanecer en el rústico jardín provinciano, y tú la besaste antes de ofrecérmela.

Y el ofrecimiento de aquella rosa, deseo pagarle ahora, con mi «*Melancolía*».

Dios quiera que no sea una irreverencia a tus monjiles atavíos este recuerdo, que hoy—¡Angela!—estampa en las cuartillas la pureza de mi dolorido corazón.

FRANCISCO VALDÉS.

LITERATURA

LEYENDO...AL MARGEN DE UN LIBRO LAUREADO



Él era un poeta, un poeta que soñaba viviendo y vivía soñando, como todos los que tienen locas las alondras del pensamiento. Era nuevo, garrido y pobre; no tenía voluntad porque había deseado mucho; no tenía, tampoco, amor en su corazón porque consumiéndose de tanto amar a las cosas y a las personas todas. Una vez, caminando en uno de estos trenes galopantes que enlazan las ciudades y las naciones, topó su fantasía con *Ella*: ella era buena moza, guapa, sencilla, mansa y sentimental como una canción primitiva y pastoril. Se cruzó el fuego de sus ojos y hubo hechizo y el hechizo se tornó en realidad. Se quisieron como Dios lo manda, como se quieren todos quienes no tengan envenenado el espíritu por esa cosa terrible y atrayente que llaman *exquisitez*. *Ella* era maragata. ¿Sabeis qué es ser maragata? Hay un rincón en Castilla, lindando con tierras leonesas, que llaman *Maragatería*. Es pobre el terruño y tan abandonado por los patricios que rigen los destinos nacionales como otras tierras que se asientan en mi Extremadura: Hurdes y Batuecas. Los maragatos son primitivos y rudos, carecen de principios. Yo no quiero presentarlos porque para ello—y a las mil maravillas—lo hacen las páginas que estamos glosando. Leedlas, leedlas, veréis...

«Poeta, poeta del rincón extremeño ¿a dónde vas con tus líricas disquisiciones? No te escarries, poeta novel y apasionado. Sigue el sendero que tu fantasía te trazó. ¿No recuerdas por dónde caminabas?»

¡Ah! sí, hablábamos de que se querían *El* y *Ella*: el poeta y la niña maragata. ¿Sus nombres? Paciencia, un poquito de paciencia, todo se andará, sin precipitaciones, sin saltitos perniciosos. Se amaban decíamos, ¿verdad?

«Alto, poeta, estás cayendo en una contradicción formidable; eres todo fantasía, divagación. ¿No recuerdas lo que dijiste hace dos minutos? ¿No dijiste, poeta fantasioso y novelero, que en el corazón de *El* no ardía la llama amorosa y sublime, la llama redentora, la llama del amor, la que al «Nazareno» le consumía las entrañas divinas de tanto arder, de tanto alumbrar, la que apagóse más tarde con el hielo que los hombres tenían en los corazones? Sí, lo decías, desmemoriado poeta.»

Sí lo decía, acuérdomeme muy bien porque no há mucho tiempo de ello. Eres tú, interlocutor entrometido, quien corta el hilo de mis divagaciones. No te extrañe que *El* y *Ella* se amasen aun cuando *El* no pudiera amar ya, de tanto repartir amor por la Vida. *Ella* le quería a *El* y *El* «creía» querer a *Ella*. Hé

aquí el por qué de no ser felices y por lo que la novela es interesante y asaz dolorosa.

«Poeta glosador, pero ahora resulta que comentas y explicas una novela. ¡Oh, poeta, cuán raro eres! ¿De cuántas artes y tretas te vales para encontrar la originalidad!»

No interrumpas, atiende, escucha, empedernido interlocutor; ¡qué afán por cortar la hilazón de mi discurso! Me explicaré. Se llama la novela—y no *novela*, sino novela tal como lo ordena la Poética clásica y la tradición estética—, *La Esfinge Maragata*, que ha sido laureada por la Real Academia Española en el presente año con el premio Fastenrath; su autor es la alta y castiza prosista del lenguaje de Castilla, Concha Espina. Sigamos contando la trama, el asunto, o argumento, o «vida» de la novela, y desta manera remedaremos a los críticos españoles que en los confines del siglo pasado hacían cuando trataban de criticar la última obra salida de las prensas. ¿Nombres? *El*, el poeta, llamábase Rogerio Terán; *Ella*, la niña maragata, Florinda, por otro nombre *Mariflor*, ya que en el país de Maragatería los nombres «finos» no suelen usarse y a las mujeres se las nombra por Maripepa, Marirrosas, Marianela, Mariluísas, etc. Se encontraron en el tren y *Ella* quedó prendada del poeta.

Caminaba Mariflor hacia una aldea asentada en el corazón del terruño maragato. No tenía madre, y el padre como si no le hubiera, por cuanto tomó rumbos a las tierras nuevas de las «hijas de España». Iba a refugiarse entre la familia que la quedaba: la abuela, una tía, unos primos... Y esperaban que *Ella* los sacara a flote del naufragio económico que corrían.

«Poeta, poeta metido a crítico, embrollas el asunto; te sucede tal que les sucede a los malos críticos teatrales: quieren exponer el argumento de la comedia en breves frases y le obscurecen y tergiversan después de haber hecho hartos equilibrios palabreros y haber rellenado de prosa confusa e incoherente columnas y columnas del periódico. Recuerda que *Clarín*, según dejó escrito, no había podido enterarse jamás del asunto de un drama al leer la crítica de él.»

Clarín, querido interlocutor, era algo exageradillo y rencoroso. *Clarín* era crítico... Pero no divaguemos. Veamos, analicemos, acotemos, aclaremos. Acaso llevas razón, inexorable interlocutor; es más difícil de lo que parece resumir el argumento de una obra. Es cosa complicada esto del argumento en las novelas que son novelas y no *novelas*. Y sobre todo que para enterarse del argumento... ahí está la obra, ella mejor que nadie puede hacerlo. Pero ya que hemos empezado... Decíamos que en Mariflor veían sus parientes arruinados la tabla de salvación. Es extraño esto, ¿verdad? *Ella* era pobre. ¿Por dónde les podían llegar las monedas sal-

vadoras? En el país de Maragatería se conciertan las bodas entre los padres de los futuros novios y esposos. Y el padre de Mariflor hablase apalabrado con un pariente harto hacendado, repleto de peluconas y doblones, dueño y señor de buen número de fanegas de labrantía; pero, ¡qué demonio!, la chica soñaba y encaprichóse con el poeta. Contribuyeron a ello aquellas cartas henchidas de amorosa literatura, aquella primera conversación en el tren al alborear el día de primavera en las tierras galaico-maragatas, aquellos versos tan apasionados, tan armoniosos, tan cálidos, tan dulces, tan sentimentales que cosquilleaban y hacían llorar al alma de la maragata. No, Mariflor no podía querer a su primo, el de los bolsillos repletos de onzas de oro y monedas de plata; no le conocía, era rústico, era interesado por demás y la quería comprar con su oro. Ella habíase educado en otras regiones españolas donde a los corazones no se les ponía trabas, donde imperaba la vida moderna, donde reinaban las costumbres nuevas, donde residían las modas y los decires de las grandes urbes.

Y pasaba el tiempo: las amonestaciones de la familia eran constantes, la ruina inmediata, segura y completa; el poeta ya no escribía. Si vosotros leyeseis *La Esfinge Maragata* veríais el profundo sufrimiento de Mariflor. Hasta que un día se recibe una epístola, una breve y concisa epístola que Rogerio Terán escribe al párroco de «Valdecruces»—amigo suyo—una epístola terrible dirigida a Mariflor. En ella anuncia el poeta su desamor por la mocita maragata. No hay lágrimas, ni sofocones, ni gritos, ni rebeldías, ni desmayos, ni suicidio, ni cosa alguna. Silencio. Mariflor lee el contenido de la epístola hasta llegar a la mitad, le basta con eso para comprenderla toda. Serena, inmutable, altiva, herofina de un poema bárbaro, antiguo y sentimental, dice al sacerdote que la ofreció la carta: «Puede Vd. escribir a mi padre que me caso con mi primo». Y al tiempo de pronunciar estas palabras que tronchan su felicidad, siente como si una fina daga la taladrara las entrañas. No ha pasado nada más en la novela de Concha Espina.

«Poco pasar es, poeta glosador y precipitado; sondea tu memoria, encontrarás muchos episodios que adornarán la médula de la fábula.»

Razón te sobra, empedernido interlocutor, pero yo te replico que a quien le plazca enterarse de los muchos que existen en ella la lea; ¡ahí es nada presentar todo lo que sucede en un libro de esta índole! en uno de estos libros que tan escasamente se escriben hoy día en la tierra española.

Hay muchas novelas en las que no sucede nada externo, todo son diferentes posiciones espirituales del protagonista, diversos momentos psicológicos del personaje central, un sucederse incoherente de estados espirituales del autor encarnados en un tipo; son tratados novelescos de filosofía subjetiva o meditación; son, como dijo el paródico e ingenioso Unamuno, *nóvolas*, y para encasillarlas en un género literario determinado, hay que inventarle. Pero novelas, tal como lo ordena la tradición literaria y preceptista, con principio, desarrollo, desenlace, episodios, trama, orden y

concierto, claridad y aventuras; un trozo de vida externa, ordinaria, arrancada de lo real y sublimizada por el genio artístico del autor hasta llegar a crear emociones, no lo son.

«Un momento, poeta preceptista; quiero replicarte; no sé si te habrás dado cuenta que aquí no se desea que teorices sobre el concepto de novela; otros momentos serán más apropiados para ello; ahora se requiere que nos hables, que nos sigas hablando de *La Esfinge Maragata* que es lo que te propusistes al comienzo. Síguenos hablando de la última novela de Concha Espina; concreta, cíñete al tema elegido, no divagues, no pierdas el tiempo con sutilezas y teorías estéticas.»

Bien, incorregible interlocutor, eres maligno y atinado en tus apostillas interlocutivas, como un escritor que yo conozco y que escribió tres o cuatro *nóvolas* llenas de sátiras intencionadas y sangrientas; pero yo no puedo darte gusto por hoy; tendría que invertir mucho tiempo, tiempo del que no dispongo. Sólo como final te diré que *La Esfinge Maragata* es sobresaliente en su clase y que todas las cosas que en ella se cuentan, lo están, empleando un estilo limpio, sencillo, castizo y lleno de bellezas y agradables florituras. Concha Espina, que ya se ha ganado una reputación con las cuatro novelas que escribió, maneja la lengua castellana con maestría y galanura. Yo dije en otros papeles que en su lenguaje no había la sonoridad bronceada de Ricardo León, ni la paganía y exquisitez del autor de *Las sonatas*, pero sí la llana fluidez y mansa reciedumbre del maestro Galdós, más femeninas y sencillamente sentimentales: como estilo de mujer que es.

«Maravillado me quedas, poeta criticista y ramplón; ¿todo eso es cuanto se te ocurre decir sobre *La Esfinge Maragata*? Se me antoja que eres pobre en críticas y mediado en glosas. Te doy un consejo: cuando otra vez trates de criticar, o glosar, o comentar una obra, fuerza tu cerebro hasta volcar en las cuartillas «todo cuanto viva en el libro que comentas» y no andes con equilibrios imagineros y rodeos insubstanciales; no conduce esto a algo.»

«Leíste, acaso, interlocutor malicioso, *La Esfinge Maragata*, para saber si la glosé bien o mal?»

«No la leí aún, pero colígete por lo que mal dijiste, poeta, que en la obra en cuestión debe anidar una plétora de maravillas literarias, que tú ni siquiera has evocado, ni apuntado; cuando la lea contestaré a todo cuanto has dejado escrito y a cuanto escribas desde ahora.»

Te contentarás, interlocutor enemigo, con responder a lo que dejé escrito, porque aquí mismo hago punto final. Y digo: el que desee enterarse de todos los tesoros literarios y emocionales que integran las páginas de esta novela que escribió Concha Espina, la lea, la lea con atención y cariño, y seguramente, ya que no otra cosa, me quedará agradecido.

FRANCISCO VALDÉS.

Extremadura-1915.





SOBRE LA ESCULTURA



Se pretende en este artículo discurrir—sin ánimo de poner cátedra ni profundizar, criticando—, acerca de un tema tan interesante como es el de la escultura. Ha motivado esta modesta empresa de divulgación artística, las recientes visitas giradas a la Exposición Nacional de Bellas Artes que hogaño se celebra en Madrid.

Dejemos a un lado la pintura; no es de nuestra incumbencia en los presentes momentos. Concretémonos a la escultura.

Se han presentado, mejor dicho, se han admitido en la Exposición hasta 93 bustos escultóricos. De estas 93 esculturas reputamos como verdaderas obras de arte la media docena que ha presentado Mateo Inurria, escultor nacido en Córdoba, como el pintor de las Melancolías andaluzas: Julio Romero de Torres. Solamente estos seis estudios escultóricos nos han parecido dignos de tomarse en cuenta, situándonos, claro está, dentro de un exigente plano artístico.

Acaso pueda parecer harto estrecho y riguroso este personal criterio. He de advertir que no soy un crítico de arte, un juzgador. Soy simplemente un «sentidor»—valga la palabra—artístico. Puesto ante una obra de arte, la contemplo, la admiro, la estudio y emito mi impresión o sentencia conforme me la dicta mi sentido de lo bello, mi «conciencia estética». Por consiguiente, en mi opinión sólo entra un elemento: mi personalidad, mi gusto, mi contenido espiritual, mi cultura. Este juicio que yo puedo dar tiene mucho, escaso o ningún valor. Depende su valoración o estima de la riqueza de elementos culturales que posea mi espiritualidad.

Quiero hacer ver la diferencia que existe entre el juicio que da un aficionado, un diletante del Arte—suponiéndole

siempre cierta cantidad de cultura—al que emite un crítico, que, desentendiéndose de todo subjetivismo, de su temperamento, hace un estudio objetivo, universal, fundándose en las leyes y teorías estéticas y comparando la obra criticada con las que pertenecen a otras escuelas, estilos, técnicas y edades.

Llevando esta misma cuestión al mundo jurídico moral tenemos ocasión de verla con cierta claridad.

Hubo en Francia, hace poco más o menos una docena de años, un presidente de un tribunal de Derecho, establecido en Château-Thierry, al que llamaron «el buen juez». ¿Por qué le llamaron «el buen juez»? Sencillamente porque resolvía y sentenciaba las cuestiones y las controversias que se le presentaban con arreglo a su conciencia, sin hacer el menor caso de las leyes preestablecidas y promulgadas y consignadas en los códigos. Era un criterio personal que levantó grandes y severas protestas por parte de los timoratos y apegados a la letra de las leyes. Aquí tenemos, pues, un hombre que juzga sin consultar preceptos y mandamientos escritos. Y opuesto a él los que para determinar el resolver una cuestión se atienen a lo que ordenan las normas establecidas.

Ahora bien: el valor—dentro del orden moral, no jurídico—que tengan estas sentencias morales-jurídicas, están en relación inexorable con la conciencia del que las dicta. A un criminal, a un malvado no podría permitírsele sentenciar desta manera. Pero a un hombre austero, honrado, íntegro, ¿por qué no?



El hombre de la nariz rota (Bronce).—Museo Rodin

Una cosa parecida sucede en Arte: hay «el buen juez» artístico, y hay el «crítico» que es, como si dijéramos, un magistrado de nuestro Tribunal Supremo. Aquél es el hombre de corazón, éste es el hombre de ciencia; pero aquél ha de tener buen corazón y éste no ha de tenerle, ha de despojarse de él al juzgar. Sólo tiene que mirar a la letra y al es-



El pensativo (Mármol).—Museo Rodin

píritu de ley. Que en el Arte son las leyes de estética formuladas y «científicamente» comprobadas por los teorizantes del Arte. Pues, aunque no claramente definidas, las hay. De lo contrario el más necio o sutil pudiera creerse asistido de razón. Y no están reguladas ni expresamente mandadas, porque si así fuere, llegaríase a un dogmatismo artístico que es precisamente un contrasentido, un absurdo. Y ¿a quién pudiera considerarse con derechos para aclamarle legislador de Arte? Todos estamos viendo las equivocaciones de los Jurados en las Exposiciones. Un ejemplo: cuando Augusto Rodin expuso en el Salón de 1882 *San Juan Bautista* y la *Edad de Bronce* se le concedió una tercera medalla! En el Salón de 1864 quiso exponer *El hombre de la nariz rota*, pero ¡fué rechazado por el Jurado! Estas tres esculturas han sido consagradas después, por el público y la crítica, hasta el punto de poder decir que de ellas arranca un moderno Renacimiento escultórico.

Desde hace algún tiempo me tiene preocupado el problema de la emoción escultórica. Creo que entre las Bellas Artes, la más difícil de comprensión y sentimiento es la Escultura. Llegaría a afirmar que sentir la Escultura es signo

de superioridad humana. Si echamos una ojeada a la Historia del Arte, vemos qué diferencia numérica existe entre los genios de la Escultura y los hombres que descollaron en cualquiera de las demás Artes Bellas. ¿Qué explicación podemos dar de esta escasez de escultores? ¿Podiera admitirse que los medios de expresión en la Escultura son más restringidos que en las otras hermanas suyas? No creo que esta explicación sea admisible. No. Si al escultor no le dan más que un trozo de mármol y una escudilla o un cincel para que represente su pensamiento, al pintor no le dan más que unos colores, unos pinceles y un lienzo, y al literato unas letras, una pluma y unos blancos papeles. Luego, que ellos combinen estos elementos en la manera que su talento les ordene. No está el problema en la forma, en los medios, esto es cosa bien diferente y sin importancia. Puede un artista modelar una cabeza, un busto con perfecta belleza, y aquel modelado no contener vida alguna, fuego interior, ser una estatua muerta, fría, vulgar. Oid lo que decía Leonardo de Vinci: «Pintarás la figura en tal acción que baste para demostrar lo que el personaje tiene en el alma; de lo contra-



Balzac (Mármol).—Museo Rodin

rio tu obra ne será loable. El buen pintor ha de realizar dos cosas principales, a saber: el hombre y el concepto de su espíritu. Lo primero es fácil; lo segundo difícil porque ha de figurarse con los gestos y el juego de los miembros». Sustituid la palabra pintor por escultor y aquí teneis un esbozo de estética escultórica, como también esa diferencia entre forma y fondo a que venimos aludiendo.

El artista tiene que buscar una idea, un concepto, un momento espiritual, una emoción, un pensamiento. Ya propietario de ella la da forma empleando los medios que se conformen con sus aptitudes artísticas. Y hé aquí la obra de arte. Si el artista encuentra en la Naturaleza las fuentes de sus ideas se le puede llamar realista, naturalista; si las forja con el poderío fantaseador de su propio espíritu estamos en presencia de un idealista, de un soñador. Este último modo de ser en Arte, corre graves peligros al emplearle; se cae con facilidad en lucubraciones y visiones demasiado ridículas y despreciables. También con el primero. Decía el escultor Lisipo al artista, que su único maestro fuera la Naturaleza. Pero ¿cómo ha de ver y sentir el artista la Naturaleza? Rodín, por ejemplo, habla constantemente de la Naturaleza, de sus secretos y de su belleza. El publicista inglés Dicks nos dice que al acercarse a ella no lo hace con ideas preconcebidas, que no se cuida de componerla, de embellecerla, porque ella cuenta con sobrados medios para hacerlo. «La Nature—exclama Rodín—se compose elle même». No recuerdo quién dijo que Rodín hablaba del arte como un labrador de sus cosechas. Y, a pesar de todo ello, el arte de Rodín es algo más que Naturaleza: es idea. Así, al modelar la estatua de Balzac, además de tener en cuenta alguna pintura-retrato del autor, y estudiar a los personajes del país donde nació el gran novelista, estudió a fondo la *Comédie Humaine* y el resultado de este estudio es el monumento. Tanto es así que la sociedad que le encargó el monumento—*La Société des Gens de Lettres*—no lo admitió ¡por cuanto no se parecía a Balzac! Se ve que en este caso hay un elemento importantísimo, integrante de la escultura citada, a más de la Naturaleza, y es: la idea, el espíritu, la *comedia humana*. ¡Qué le importaba a Augusto Rodín que tuviera su busto modelado parecido con la figura de Balzac! Lo mismo pudiéramos ha-

cer notar con *Le penseur*, en donde quiso dejar impreso el alma religiosa y heroica del Dante. Los escultores griegos también se inspiraban en la madre Naturaleza, añadiendo en sus obras la serenidad, la armonía, la eurytmia de sus temperamentos. Retrocedamos un poco más y en Egipto, en Asiria, en Persia encontramos el realismo, un realismo brutal y grosero porque las almas de aquellos desconocidos talladores era así: brutal, incipiente, fuertemente sincera.

Yo no sé si por el Norte realista, naturalista que siempre ha seguido la escultura es por lo que ha dicho el cultísimo José M.^a Izquierdo que es la más «clásica» de las Bellas Artes.

Yo veo la Naturaleza domada por una seguridad serena, por un temperamento clásico, equilibrado en las esculturas que Mateo Inurria presenta en la actual Exposición. El *Desnudo de mujer*, el *Busto de mujer*, la *Gitana*, me parecen tres bellas luminarias que se encienden en la fría y yerma llanura de la Escultura moderna española. Y puede asegurarse que los tales estudios son ensayos no más; anuncios de grandes y recias esculturas. Es hora ya que tenga la nación un escultor. Como se siente la necesidad de él es paseando por esos jardines, playas y plazuelas donde la impotencia y la incompreensión escultórica ha *immortalizado* a nuestros grandes prestigios políticos de la pasada centuria. Dan grima y dolor estas contemplaciones.

Pensamientos dispersos e inseguros se han expuesto en

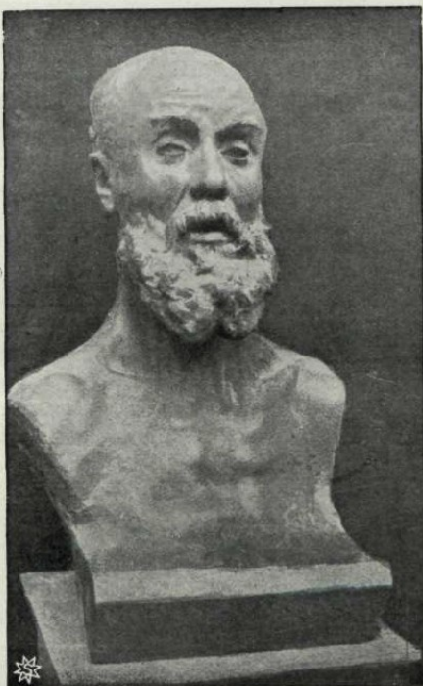
las anteriores líneas. Sobre todo lo enunciado debía meditar profundamente; porque del esfuerzo que se hiciera puede salir un renacimiento escultórico español, ya que tanta falta hace para perennizar nuestras glorias pasadas, y no al modo, como hasta aquí se ha venido haciendo, rutinariamente, aferrados a una tradición ficticia y equivocada. La garra del tópico hizo carne, sobradamente, en la Escultura. Laboremos todos por que el camino nuevo se abra.

Es un problema de cultura, simplemente.

El Sr. Ministro de Instrucción tiene la palabra....

FRANCISCO VALDÉS,

Madrid-Junio-1915.



Juan Pablo Laurens (Bronce).—Paris, Museo del Luxemburgo



SOBRE LA GUERRA

PALABRAS VACÍAS



MIRA conmigo, hermano, este hombre que no traspasa las fronteras de la juventud, balanceándose a mi diestra en una curvada mecedora, en actitud expectante y abandonada. Fuma, y, a pequeños sorbos, ingiere una taza de café, deleitándose con ello. Este hombre es cetrino, pequeño, dolicocefalo, cejijunto; más bien cae del lado de la perezosa tristeza, que del de la ratonil nerviosidad. Tiene una mirada de lince, tortuosa, sin franqueza; suele perfumarse, usar joyas relumbrantes y vestir con presuntuosa elegancia, sin llegar, ni mucho menos, al dandismo.

Otras mecedoras se ocupan, y alrededor de una mesita ligera forman un octógono cuyos lados pónense en balanceo. Son nuevos contertulianos que llegan, después de la pitanza nocheriega, a esparcir el ánimo, a comentar lo cotidiano, lo sin importancia. Somos recientes en esta tertulia que se forma en la terraza del casino ciudadano. Contestamos con monosílabos a las impertinencias que suelen interrogar. Y luego a este hombre de quien hicimos mención, que curioseó nuestro criterio sobre la tragedia europea, por corresponderle, le devolvimos la pregunta, pero exenta de curiosidad. Y nos dijo: «yo también soy germanófilo, pero hasta la médula».

Al siguiente día fuimos a oír misa porque era fiesta deguardar. Una vez que vimos salir a las pueblerinas del templo, marchamos a la plaza, por estirar las piernas en idas y venidas a lo largo del arenoso recinto. Sombreaban unos corpulentos árboles ancianos. Sin embargo hacíase sentir la sofocante calorina que nos anuncia la fiesta del patrón español, venerado en la ciudad compostelana.

Se comenzó a charlar de la guerra, del ya célebre manifiesto de los llamados *intelectuales*. Discutían los acompañantes a estilo español, que quiere decir, con apasionamiento y frivolidad; desconociendo la materia, leguleyamente, tópicamente. Era la suya una conversación vulgar, y era una continuada ristra de lugares comunes esparcidos por los diarios defensores de una u otra banda guerrreadora. Dijo uno, que admiraba la sabiduría de Vázquez de Mella, a otro que juzgaba *grande* la oratoria de D. Melquiades Álvarez: «Ya se ve que eres francófilo». A lo que arguyó el interpelado: «francófilo... y hasta la médula».

Este segundo hombre, también lleno de juventud, que le llegaban las convicciones hasta la misma médula, era bigotudo, sonrosado, rubicundo, gallardo; hablaba con cierta corrección y como oyéndose; su mira

da era de generosidad, se ataviaba sin pordiosería, pero sin suntuosidad. Andaba cursando Leyes en una vieja e histórica Universidad castellana, y, al decir de un compañero, era dado al palique galante con las honestas damas y a escribir versos pomposos y relumbrantes como los de D. Salvador Rueda. Por no se sabe qué extrañeza nos dimos a manejar y extraer el jugo y significación a esta frase que hubieron de pronunciar con tanto orgullo el germanófilo y el francófilo. No pudimos sacar consecuencia precisa y cierta; mas sí comenzamos a divagar—como de costumbre.

* *

En una página de la novela barojista que se llama *Aurora Roja* encontramos una frase, que, por boca de un voluntarioso anarquista, nos dice el autor de *Paradox, rey*. No recordamos «ad pedem literae» la frase aludida; tengamos en cuenta nuestra escasez memorista; tengamos en cuenta que la novela está lejos de nuestro alcance. La frase en cuestión nos avisa del fanatismo que los españoles tenemos por una determinada creencia, sea cual sea. Lo mismo da creer en la Pilarica que en las ideas de Sebastián Faure, en el talento político de Maura que en el arte taurino del Gaona; las cosas en que se cree pueden ser las más diversas, pero la creencia que en ellas se pone es de la misma estirpe. Se cree en las cosas sin reflexionar en ellas, ciegamente, impulsivamente. Llegan a ser dogmas que nos imponen, o que nos imponemos nosotros mismos; hay necesidad de seguirlos por encima de todo, sin titubeos, sin flaquezas. Una de las cosas más difíciles en la tierra española es que, bien un libro, una conferencia, un consejo, o la propia experiencia, nos hagan tornar de opinión o parecer. Cuando el cronista oyó a Andrés González-Blanco que la obra de Simarro, escrita sobre el asunto Ferrer, hablase hecho variar de criterio, radicalmente, sobre el tan debatido asunto ferrerista, quedó asustado de tanta extrañeza. El erudito crítico hacía honor a su profesión literaria: crítica es cabal oposición a dogmatismo.

El hombre joven que se dijo germanófilo hasta la médula, como aquel otro que proclamó francófilo, son dogmáticos y conservadores. Tienen el espíritu cerrado a la crítica. Perdería el primero la mano derecha antes que *hacerse* partidario de la patria de Napoleón; y dejaríase arrebatar la vida antes que decir—solamente decir—que la Gran Bretaña no es una périda nación enemiga de la Humanidad, en particular de España. Del segundo dígame lo mismo, invirtiendo los términos. ¿Dónde están las razones que asisten a

estos jóvenes hombres para reverenciar a Francia y Alemania y para odiarlas, respectivamente? Yo les conozco y sé cuánto da de sí su sabiduría, su cultura, su talento. Ellos no sabrán atinar con los argumentos de sus amores y odios a las naciones que defienden y desprecian; pero, en cambio, vocearán que son partidarios y adversarios de ellas... hasta la médula. Si fuera, al menos, cuestión de simpatía. Mas, ¿puede sentirse simpatía por lo totalmente desconocido, por lo ignorado, por lo ignoto? Y en caso que se contestase afirmativamente esta interrogación, tendríamos una pura y cálida simpatía llena de romanticismo y blandura y ensueño. Lo que no puede compararse con esta terquedad defensiva que va ligada al odio por el contrario en pelea, al desprecio por el rival. Es incomprensible que un germanófilo no sea enemigo de Inglaterra. Que levante la mano aquel belmontista que no sea josedófono.

Hay que tener muy en cuenta, hermano, que este hombre entusiasta del Imperio teutón y aquel otro, su enemigo, que admira a Francia, se alimentan exclusivamente, en lo tocante al intelecto, del pasto que esparcen los diarios. Esta es su única fuente de conocimientos, esto constituye su completa información. ¿Sabéis por qué decimos esto? No es por otra cosa que por aquella de haberse empadronado en una banda guerrera, desde los primeros chispazos de la tormenta sangrienta. ¿Corazonada? ¿Instinto? Cuando ante nosotros tenemos dos cartas para elegir, necesitamos decidirnos por una de ellas, si tratamos de apostar. ¿Quién nos dice que ha de salir gananciosa por la que apostamos? ¿Qué razones y argumentos poseemos para jugar al siete de copas y no al tres de oros? Y sin embargo jugamos al siete y tenemos confianza en su triunfo. Estalló el juego de la guerra y hubimos de decidirnos por una carta bélica. ¿Por cuál? ¡Ahl esto, esto es lo incomprensible, lo insondable. Y permanecer neutrales no era posible, pues que somos viciosos jugadores.

* *

Acaso la única explicación que pudiese darse a estas proclamaciones súbitas, a estos rápidos partidismos, es teniendo presente nuestra constitución dogmática. El dogmatismo impera. Tener fe ciega es un vicio.

jo componente de la sangre hispana. Miguel Servet la descubrió y si no atinó con este cuerpo fué porque no le dieron tiempo para ello. Calvino encargóse de patentizarlo. Y aquí, en esta ocasión, traspasa los límites geográficos de España. Tenemos fe, fe ciega, en bruto, irreflexiva, impremeditada, recta. ¿Es salvadora esta clase de fe que no fué precedida de la duda? Si un hombre sólo conoce el sendero del Bien es claro que le seguirá fatalmente, llevado de su nativa Bondad. No es este el hombre bueno, el hombre ejemplar, el hombre moral puro. Es preciso que se nos abran los dos caminos—como en el díptico de Romero de Torres—: el pecado y la gracia, el camino del bien y el camino del mal. Si luego de meditar por cuál de los dos *debemos* ir, la conciencia y la razón—sobre todo la razón—nos dicen que por el senderito lleno de bondad, entonces seremos el hombre perfecto y bueno por excelencia.

El dogmatismo, la fe ciega son los culpables de la germanofilia y francofilia, germanofobia y francofobia españolas, en la mayor parte de los casos.

La tremenda lucha estremeció los dormidos instintos intelectuales. Hubo necesidad perentoria de proclamarse partidario de uno u otro bando guerrero. ¿Cómo, por qué, obedeciendo a cuáles principios? El conflicto espiritual apenas fué viable; la duda no cuajó, fué como un soplo la incertidumbre. Señaló el corazón una palabra que pasó, sin madurar, a los labios, disparándose, rápida como una flecha, sonora como una trompeta bíblica. Para la persistencia y predominio de este credo estaba la fe, la fe ciega, la que no descarrila, la que pasa rectilínea, caiga lo que caiga.

Francófilos y germanófilos: dos nombres vacíos, sin contenido, huecos; dos vocablos necios, dos palabras sin esencias, vituperables. En un lugar donde es exotismo la crítica racional y serena y meditada, no pueden tener valor y consistencia estas palabras, y sus similares y opuestas. La mayoría de las veces carecen de contenido y significación.

Por eso me acordé, al conjuro de las frases hermanas que pronunciaron el germanófilo y el francófilo, de este nombre luminoso que llena una filosofía: Kant, Emmanuel Kant, el Kant de la «Crítica de la razón pura.»

FRANCISCO VALDÉS.

BREVIARIO MÍSTICO ANSIA DE AMOR

Ansia de Amor, ansia de amor de amores
tiene mi alma de dolor transida,
ansia de amor, ansia de amor de vida
al célico Señor de los señores.

Ansia de amor, ansia de amor por verte,
por oler la fragancia que tú exhalas.
¡Dios, oh mi Dios, mi vida por tenerte
y morir bajo el manto de tus alas!

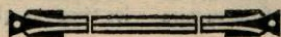
Mis versos son la música cogida
dentro de mí cuando tu plectro canta

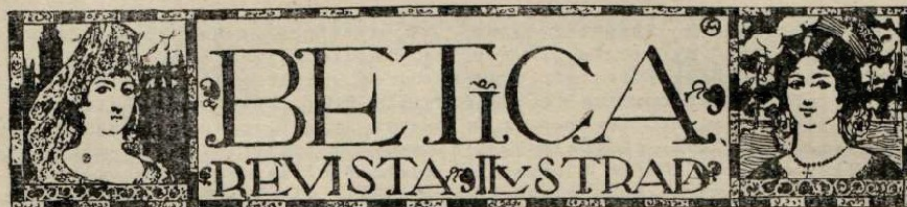
ese armonioso ritmo de la vida
que, lírico, solloza en mi garganta.

Para ti, mi Señor, serán mis versos
tranquilos como lagos armoniosos,
como las carnes de los niños tersos
y como el heno fresco de olorosos.

Hoy, mi Señor, este dolor humano,
que me hace hombre y débil, se me ha ido;
¡y es que tú me has tocado con tu mano
que tiene suavidad de blando nido!

ROSELIO BUENDÍA.





BAJO EL PATRONATO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

AÑO III

— SEVILLA 15 Y 30 DE SEPTIEMBRE DE 1915 —

NÚMS. 41 Y 42

Director:

FÉLIX SANCHEZ-BLANCO

Redactor jefe artístico:

SANTIAGO MARTINEZ Y MARTÍN

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CONTEROS, 12

LEYENDO: UNA CONFERENCIA



VIENE realizando José Francés desde hace un par de años, en las páginas de varias revistas, principalmente en las de *Mundo Gráfico* y *La Esfera*, una importante labor artística, digna de encomio y loa. Su actividad intelectual, multiforme y fecunda, ha invadido diversos géneros literarios, y en algunos ha logrado ocupar un puesto envidiable, tal como cuentista y novelista. Pero donde cuenta con mayores méritos y condiciones es en esta ocupación literaria que llaman crítica, y dentro de ella en la crítica de arte, de pintura.

A medida que las bellas artes, todas en general, han ido aumando y resurgiendo en España desde hace un par de decenas de años, han aparecido, en creciente aumento, críticos y comentaristas, para descargar sobre las producciones originales el contenido de sus espiritualidades, de sus erudiciones, de sus talentos. Acaso la crítica literaria, libresca, haya permanecido estacionada y continúe sepultada casi en absoluto. La gente joven se ha dado más a crear — se habla de literatura — que a criticar. Y esto lo entiendo yo por ver más «facilidad» en la primera que en la segunda condición. El más nulo de pensamiento posee la facultad creadora; no así la crítica, reservada a quien está dotado de más altos talentos y potencias intelectivas. Porque crear es bien fácil aunque, claro está, esto que suele llamarse crear es meramente copiar, repetir, destrozar las «obras eternas» que nos antecedieron, o, simplemente, amañar unas cuantas sandeces, tonturas o disparates incoherentes, o bien engarzados por la fantasía barata y artificiosa de los que, sacrilegamente, llámanse literatos. Pero ya la facultad de criticar es harto más intrincada y dificultosa. El crítico no puede por menos que necesitar erudición, conocimientos de filosofía, estética, poética e historia, discernimiento, ecuanimidad y ajustarse al viejo principio de los juriscón-

sultos justinianos: *sumt cuique tribuere*, importantísimo requisito para la crítica literaria, como que es su fundamento y para conseguirle se precisan condiciones naturales: (aptitud, sinceridad, rectitud) y adquiridas: (conocimientos diversos).

Entre todos estos muchachos jóvenes que se dedican a la crítica artística se distinguen Ramón Pérez de Ayala, Manuel Abril, José Francés, por otro nombre «Silvio Lago». Apartémonos de Pérez de Ayala, por no ser esta su primordial ocupación, y de Abril porque... nos propusimos hablar exclusivamente de José Francés; y no de José Francés en su totalidad como crítico, sino restringiendo la palabra hasta pararnos en crítico de caricaturistas, y de caricaturistas españoles contemporáneos. (Siempre nuestros artículos tuvieron este carácter restrictivo).

No hará un par de meses que en el Ateneo de Madrid dió el autor de *La guarida* una conferencia sobre «la caricatura española contemporánea»: un resumen de lo que en repetidos artículos ha venido consignando desde hace tiempo. Atengámonos a las páginas, hoy publicadas, de esa substanciosa conferencia o folleto. Se hace en ellas, a grandes rasgos, la historia de la caricatura española a partir de Goya. Remontarse a más lejanos tiempos sería perderse entre las más espesas tinieblas artísticas. Goya, según el conferenciante, es el primer caricaturista español en orden al tiempo y al mérito o importancia. Desde Goya hay que saltar a los novísimos caricaturistas contemporáneos que son los que nosotros pretendemos glosar. Glosar dijimos y dijimos a la ligera. No es esto lo que nos proponemos. Quedan glosados, presentados ellos en las páginas de la conferencia. Allí están Sancha el inconfundible «pintor de muchachas y niños»; S'leno «el caricaturista político por excelencia» que ha llenado de figuras — ¡un poco torpes, un tanto groseras! — las páginas de exregocijante «Gedeón»; Ape «profundo y ligero al mismo tiempo, que ha comprendido que también

el lápiz del caricaturista puede y debe ser hecho piqueta, guillotina y látigo; Tóvar, «el más popular»; *Echea* obsesionado por la pintura de las viejas arrugadas y marchitas; Ricardo Marín que «representa en la caricatura española el impresionismo», maravilloso comentador de la Fiesta nacional. *Tilo* cómico y trágico, rebelde como *Ape*; Robledano; Fresno; Manchón, el melancólico, el sombrío, el pesimista, como Pío Baroja; Sebastián Miranda, que sustituye el lápiz por el cortapuntas o la máquina de marquetear; Juan Alcalá del Olmo; Bagaría; Bartolozzi; Bujados que conoceis como poeta y como dibujante los lectores de *Bérica*; Pellicer; D'Hoy y otros algunos catalanes desconocidos por el autor de estas líneas.

José Francés ha esquematizado la silueta de cada uno de ellos para poderlos presentar en los reducidos límites de una conferencia. Esto es un mal y un bien. Un mal porque la importancia de los humoristas de la pintura que hoy existen en España necesitan más detenimiento y extensión; un bien porque ha sintetizado ciertamente las características de cada cual, como también si atendemos al público español todavía un poco prevenido contra estas últimas virtuciones artísticas, pues que se cansaría si la síntesis se tomase en divagación; y estas críticas que Francés hace tienen por principal retención enterar al público del movimiento artístico, novísimo y desconcertante y atrevido.

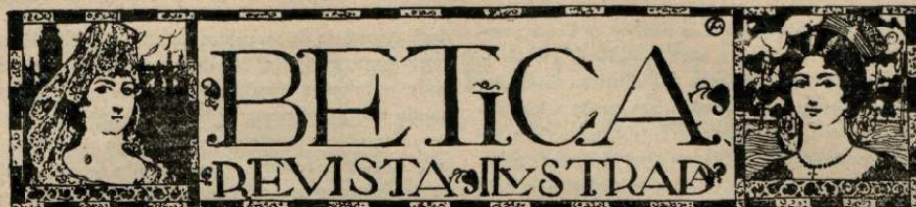
Nuestra conformidad con las opiniones que se exponen en la conferencia no es absoluta; sobre todo en la importancia que a algunos dibujantes ha dado Francés y a otros ha restado. Están, por ejemplo, *Sileno*, Fresno, Robledano, Tóvar, que no nos merecen confianza artística, ni estimación estética sus dibujos. Yo no sé si la fecundidad excesiva los ha perjudicado. Sus tipos son viejos, pasados, fuera del tiempo. Hoy la característica fundamental de la caricatura es el exotismo, la rareza, la audacia, la arbitrariedad. Es un arte puramente arbitrario, enemigo del sentido común y de la lógica. No importa que una caricatura «no se parezca al caricaturizado»; porque las personas, las cosas, las edades—todo—tienen un momento, un detalle, un rasgo, una actitud que las caracteriza y las da un sello inconfundible, personal, único; esto es lo que tiene que *ver* y aprisionar con el lápiz el caricaturista. A lo mejor con dos líneas se hace una caricatura perfecta, y no lo es, en cambio, una de Fresno después de haber salido en ella todas las líneas del personaje. Es decir, que así como la pintura no es una foto-

grafía en colores, la caricatura no debe ser una ridiculización satírica de la fotografía. He tenido ocasión de observar en la reciente Exposición de pintura cubista celebrada en Madrid, unas caricaturas de Bagaría; estas caricaturas, originalísimas, tenían una simplicidad, una austeridad de líneas tan formidable que a más no se puede llegar. Y no había más que toparse con ellas para decir este es *tal*, aquel es *cual*, el otro es *menzano*. Si luego os acercabais a los dibujos y los analizabais, hubierais notado que aquella primeriza impresión de conjunto, aquel golpe de vista primero se esfumaba y no quedaban más que líneas impecables, exactas, absurdas que no tenían nada que ver con las facciones de las caras dibujadas, caricaturizadas. La caricatura de Anselmo Miguel Nieto, por ejemplo, era un caracol y aquel caracol, ornado con unos ricitos en la parte más abultada, era... Anselmo Miguel Nieto, el meritísimo pintor. Este procedimiento puede cambiarse hasta el extremo opuesto y llegar a ser una falsedad sin contenido artístico, o una realidad llena de sentido estético: Juan Alcalá del Olmo se amolda a esto último. Es su arte barroco, de un exaltado barroquismo, aplastante, pero íntegro y de tal manera amalgamadas y reunidas las líneas que cada una no se confunde con la otra; no hay apelmazamiento, no hay amontonamiento.

No nos propusimos divagar con tanta extensión. Se han ido enlazando unas frases con otras de tal manera que no hubo posibilidad de saltar el escollo. Se presentaba la conferencia del autor de «La danza del corazón» a largas divagaciones y comentarios, que aquí algunos—pocos—han quedado apuntados. Si en dos palabras nos obligaran a exponer nuestra opinión sobre el trabajo de José Francés, diríamos: *las importancias están mal repartidas*. Aquellos dibujantes como Bagaría, como Bartolozzi, como Alcalá del Olmo que se les dedicaron cuatro palabras tan sólo están a superior nivel que algunos otros como Robledano, Fresno, *Sileno*, que merecieron más de una página. Viene a cuento el verso tan manoseado «ni son todos los que están, ni están todos los que son», porque aparte de la mala repartición de las importancias, faltan algunos nombres, tal como el de Juan Lafita, el originalísimo dibujante en estas columnas, que puede colocarse al lado de los mejores mencionados en la conferencia de Francés, y del que nosotros, humildemente, nos ocuparemos algún día; por ejemplo: cuando hiciere una exposición donde la pudiéramos contemplar, recreándonos...

FRANCISCO VALDÉS.





BAJO EL PATRONATO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

AÑO III

— SEVILLA 15 Y 30 DE OCTUBRE DE 1915 —

NÚMS. 43 Y 44

Director:

FÉLIX SANCHEZ-BLANCO

Redactor jefe artístico:

SANTIAGO MARTINEZ Y MARTÍN

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CONTEROS, 12

MISTICISMO MUY SIGLO XVI

Si te apartares de pláticas superficiales y de andar ocioso, y de cir nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y apropiado para darte a la imitación de las cesas divinas.

El mundo pasa y sus deleites. Los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino pesadumbre de conciencia y derramamiento de corazón?

Kempis.

¿Hay dos fundamentales castas de misticismo? ¿Arranca la una del desprecio y descontento de la vida humana y la otra del insaciable amor a la misma vida? Para patentizar, cumplidamente, estas interrogaciones, fuera necesario meditar sobre la vida. Ajenos, por ahora, a esta empresa, árdua, de filosofía que había de ocupar demasiado estudio y tiempo, cúmplenos, simplemente, hablar de la primera especie de mística, que en su día se divagará sobre la segunda.

* *

Teresa de Jesús, Fray Luís de León y *Seneca* sentían en su completo ser el desprecio por la existencia terrenal. Ello era una derivación, recta, de la esencial manera de ser sus almas. Misticismo es espíritu y tan sólo espíritu. Se ha dicho mucho sobre la condición mundana, práctica y realista de la raza española. Hubo quien achacó nuestro fracaso nacional a la falta de ideales, de ideales bien difundidos y concretados. Ramiro de Maeztu nos hablaba hace tiempo desde las columnas del *Heraldo de Madrid*, con su peculiar hondura de pensamiento, de la falta de doctrinas políticas en España, y sacaba dolorosa consecuencia. Pero no hay que confundir esta clase de ideales fecundos y re-

dentores con la idealidad fantástica del Hidalgo Manchego. Entre la loca imaginación de Don Quijote y el rastrero practicismo de su escudero Sancho hay términos medios. Somos extremosos y no vemos más que la exageración de las cosas. Hé aquí que a Velázquez se le considera realista y no se quiere ver en él ni un sólo átomo de idealismo, cuando a grandes cantidades contienen idealismo sus lienzos. En la literatura picaresca pudiera también encontrarse su filón de idealidad si ahondáramos en su estudio. Pero en fin, demos por sentado que el realismo imperaba en la edad de oro española, cuando el Sol no se ponía en nuestros dominios. Veamos cómo se desentendió la mística de ese amor a las superficiales y pequeñas realidades.

* *

Si la Doctora de Avila fundó 32 conventos en tierras castellanas, andaluzas y manchegas; si Luís de León explicaba Teología en las aulas de la Universidad de Salamanca y sostenía encarnizada controversia con León de Castro sobre puntos teológicos y filosóficos; si Juan de la Cruz ayudaba a la monja andariega en sus fundaciones y se le colmó de vanidades nombrándosele rector, vicario y definidor de su orden, no significa todo ello otra cosa que aparente contemporización con las imposiciones y circunstancias religioso-sociales de sus tiempos. Alma y sólo alma es el misticismo; y esta alma, preñada de luz divina, es la que echa a correr por los caminos en intención de fundaciones religiosas, se adentra en las aulas a enseñar Teología, rige y gobierna una orden y sufre tormentos en la lobreguez y pestilencia de una cárcel,—

tormentos que engendran *Los nombres de Cristo*, ver-vigracia, cuyo diálogo nos hace recordar a Platón—. Al fin y a la postre convivían los místicos españoles con los aventureros que partían con rumbo a los países lejanos, con la picaresca y la truhanería, con los honorables hidalgos castellanos, con las mozas troteras y danzaderas, con la valiente soldadesca, con la alegre estudiantina; vivían en el período más movido de nuestra historia. ¿Cómo era posible que se desentendieran en absoluto de todas estas corrientes de la vida española?

Habíase extinguido la Edad Media y era naciente el Renacimiento. La Edad Media pretendió reprimir todas las espontáneas puertas de la Naturaleza, quiso aniquilar los lujuriosos alientos que nacían de la carne, las expansiones del pensamiento, las locas alegrías del corazón. La barbarie y la hipocresía eran las armas que manejaba para tal pretendida conquista. Y no logró otra cosa que encauzar estos sentimientos en una turbia y encenegada cloaca, cuya superficie era una apariencia de victoria. Llegó la libertad con el Renacimiento. Aun cuando al principio esta libertad tuvo no poco de libertinaje y desenfreno, era la consecuencia. Dice a este tenor José M.^a Salaverría, en un estudio sobre «Misticismo y Picarismo» publicado en *La Lectura*: «las trabas del pensamiento y de las costumbres se rompieron, y todo cuanto permanecía con tenido y disimulado salió a la superficie. Corrió una ráfaga de liviandad por toda Europa. Veiase a Boccaccio contar sus cuentos picantes entre las damas de Florencia; componía Maquiavelo sus comedias, tan subidas de color como el manto de los cardenales que acudían a oirlas gozosamente; el drama de nuestra Celestina no da más que unas pocas referencias del estado de aquellas costumbres; y el arcipreste de Hita, así como Berceo, hablan del cuerpo y de sus placeres con un calor, con una espontánea vehemencia, que a nosotros, gentes morales, nos conturban.»

* *

Aparecen los místicos como una protesta a este estado de situaciones desconcertantes y paganas. ¿Qué actitud tomar? ¿Cuál iba a ser la situación de estas almas finas, delicadas, religiosas, de una pura morali-

dad? ¿Apartarse de los ruidos mundanales, del desconcierto contemporáneo? Si hubieran encerrado sus vidas entre las infinitas murallas de un desierto, si abandonando las turbulencias de la vida española se hubiesen refugiado en un sahara, no hubiesen sido místicos, sino ascetas, anacoretas, solitarios. Era necesario para su misticismo el rozarse con el vicio, el palpar las minucias de la vida, aun cuando jamás, en el tonel de sus almas, no tuviesen cabida; porque sus almas eran infinitas, divinas, puras y no podíanse soterrar en el cieno de la vida terrena, sino que transitaban sobre él, purificándole.

Odiaban la carne; y como toda la carne es hermanita, pues que nació del pecado, la daban sufrimientos con el cilicio, el ayuno y la penitencia en la suya propia, aun cuando fuese más limpia y virginal que la de un tierno infante. Despreciaban esta vida; la tenían por un pasajero tránsito a otras vidas llenas de dulzuras, placeres, gracias y deliquias. En espera de la «otra vida» se les daba bien poca cosa esta. Hé aquí la esencial diferencia entre la mística y esos otros estados espirituales que se llaman misantropía, escepticismo, rebeldía, nihilismo, etc. A todos les une el descontento por la vida humana; mas los separa esto que decimos: la esperanza de otra vida jamás de posible realización en la tierra; la fe; una pura ilusión infinita que tiende a Dios; adornos esenciales del misticismo, de los cuales se encuentran ayunos los otros estados del espíritu.

* *

Repetimos: la característica de esta mística—mística al uso—es el desprecio por la vida en la tierra; el desprecio por la carne; a pesar de vivir entre ellas y en ellas. Los espíritus que *sienten* estos desprecios son infinitos, iluminados, creyentes, puros. Forzosamente se acogen a un ideal religioso para que sus ansias tengan un contentamiento. En la esperanza encuentran su felicidad.

En estos tan recitados versos de Santa Teresa, está una síntesis del Misticismo de que venimos hablando:

«Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.»

FRANCISCO VALDÉS.





*Avila de los Caballeros
en medio de unos calveros
castellanos,
es espíritu cristiano
en sayal de pordiosero
altanero.*

Solitaria y silenciosa
duerme en la noche amorosa,
la campana
de un convento anuncia la mañana
—las cuatro—un gallo canta
su romanza.
La luna se disuelve en luz mañanera,
se despiden sigilosas, las estrellas.
Nace el alba
asoma por un postigo la calva
de un labriego,
mira al cielo
azul, rosa, malva.
Ulula un can meditabundo
en la calma del castellano mundo,
picaresco y jocundo.
Las cinco. La catedral severa y terrosa
se empina orgullosa
en medio del recinto amurallado.
Ténue cendal de luz rosa
la ha nimbado.
Trinan las campanas en arpegios cristalinos
anunciando la misa mañanera
—la primera
de las cuarenta que celebraran al día—,
Verdean, suaves, la vega y la pradera
a los campaniles trinos acuden,
misteriosas,

presurosas,
silenciosas,
las viejas beatas tocadas de negro
por los caminos
del Destino.
Ha despertado la villa castellana,
suena bronco, el pisar de la mula alazana
por la calle desierta
y muerta.
El yunque del herrero, sonoro,
clama cereano
con su "tin-tin," de oro;
diríase el respiro quejumbroso
doliente,
misterioso,
de la arcáica ciudad creyente.
Ha destapado el Sol su cara rojiza;
una gasa dorada embriaga la villa;
a lo lejos se columbra un sendero
de arcilla
amarilla.
Ha tres siglos, por aquel senderito,
iba Teresa sembrando la divina semilla
de Cristo;
la cristiana y mística semilla,
que formó el corazón de la vieja Castilla.

*Avila de los Caballeros
en medio de unos calveros
castellanos,
es espíritu cristiano
en sayal de pordiosero
altanero.*

FRANCISCO VALDÉS.





LOS ABUELOS



A han llegado las lentas y hon-
das noches del invierno: nieve
en las cumbres, manantiales y
arroyuelos en las cañadas. Ar-
den viejas y secas rachas en
los hogares campesinos. Han
nacido, pujantes, las siembras. Se escondieron en
las grietas de las peñas los lagartos, y en el hueco
de los troncos encineros, las abejas. Ya vinieron
las ave-frías; en la blanda y negra tierra de los ca-
ñazos se pasean con sus patas zancudas y hunden
sus afilados picos para sacar las flexibles lombrices.
En la mañana la escarcha endurece la tierra, y,
luego, el sol canijo y pálido del invierno derrite la
escarcha, esponja la tierra y arrebat a la amplia y
quebrada campiña la blancura fría e inmaculada
que tendió sobre ella la escarcha, cuando amanec-
cía. Hacía luna y los luceros brillaban como nun-
ca. La helada fué intensa. Lejos se oían los ladri-
dos de los fieros mastines, y alguna vez, tenue,
límpidamente una esquila rumorosa, de plata: era
que una merina tornó de camastro en el aprisco,
cimentado sobre la cúspide de un alcor, coronán-
dole. También acudían, a veces, los tiernos balidos
de los recentales que anhelaban la calor de la ma-
dre. Todos eran nacidos ya, porque el invierno es-
taba en sazón. Triscaban durante la tarde, tibia y
dorada, sobre un tapiz de hierba fresca y sabrosa,
y al declinar la sangre y el oro del sol, cabriolaban
—saltarines y alegres— sobre los canchos pelados,
entre cuyas grietas dormían los lagartos, donde,
momentos antes, habían cantado, triunfalmente,
sus jácaras una bandada de bravías y recelosas
perdices.

* * *

La casa de campo era pequeñuza y tosca, blan-
ca y segura. El tejado era rojo y en forma de cola
de milano. En su cúspide ondeaba el gallo de la
veleta. Los labriegos, sumisos, sufridos, capitanea-
dos por «el aperador», nos entretenían con sus do-

nares y consejas. Poco después de ocultarse el sol
platicábamos con los labriegos. Conversación sin-
cera y campesina. Un perrazo manchi-negro, lanu-
do, viejo y filósofo, valiente en sus tiempos nuevos,
nos escuchaba, tendido a nuestros pies, entre sue-
ños... que no eran sueños. No nos acordábamos de
la ciudad. La brisa campestre, poco a poco, había
ido curando la neurastenia; y el veneno que había
imbuído en nuestra sangre la ciudad, lo iba expul-
sando la medicina del campo. Fueron dadas al ol-
vido las turbulencias y troterías cortesanas. ¿Está-
mos seguros de lo que decimos? A veces, en cier-
tos momentos...

* * *

No se recibían diarios ni noticias. Habíamos
suplido la lectura de los periódicos y libros pervers-
os con estos volúmenes sosegados que nos habla-
ban de agricultura, de piscicultura, de ganadería,
de insectos, de plantas silvestres, de quesos y man-
tecas, de bichos venenosos, de pájaros y flores. Los
acompañaban *Poetas* de José María Gabriel y Ga-
lán, las *Floreccillas* famosas, el *Quijote* y unas nove-
las de Eça de Queiroz y del Conde León Tolstoy.
Todos se apoyaban sobre el pedernal de la dama
de noche y olían a cantueso y romero, porque con
ramitas de estas plantas señalábamos nuestro itine-
rario a través de sus páginas. Una vez tendidos so-
bre el lecho, duro y sano, arrebuados por las ten-
sas y morenas sábanas de lino—sembrado, cose-
chado, curado, aspado, peinado, hilado, tejido y co-
sido en casa—tomábamos uno de estos libros hasta
la venida de Hipnos, el dulce y reparador Hipnos,
dios del sueño, paréntesis entre la lucha de las pa-
siones, tregua y sosiego en los sinsabores de la vida,
mensajero de la felicidad. Alumbraba un velón de
cobre, barroco, arcaico, patrimonio de los abuelos,
ya emigrantes del batallar mundano. ¿Cómo fueron
nuestros abuelos?

* * *

¿Cómo fueron nuestros abuelos? No los conocemos. Cuando vinimos al mundo habían muerto. Es grato pensar en los abuelos, cuando no los hemos conocido nunca. ¿Cómo fueron nuestros abuelos? Nuestros padres, en las noches de invierno, cuando éramos niños, nos hablaron de los abuelos. Nos dijeron que la abuelita era virtuosa, buena, amable, sufrida; que el abuelo era rígido y severo en sus pensamientos y en sus acciones. «No había nadie que se pusiera delante si él tenía razón.» Nuestros padres nos dicen que debíamos mirarnos en el espejo de nuestros abuelos, que seamos como ellos fueron. ¿Es esto posible? El tiempo corre sin pararse; fatalmente sigue su marcha; vive, vive mucho y no envejece; el tiempo siempre es el mismo? Cambian, varían todas las cosas al correr del tiempo. «Han variado los tiempos!» decimos a cada momento para rechazar un acto que estaría justificado cuando vivían nuestros abuelos. Hoy tenemos que poseer otros gustos, otras aficiones; nuestra sensibilidad es diferente que la de nuestros antepasados. Corre, corre veloz el tiempo. Sí, hoy también somos buenos, somos nobles nosotros, los nietos, pero en otro sentido, tenemos, debemos tener otra clase de bondad y nobleza. Fíjate, padre, en ese elegante reloj de nácar, mármol y oro que está sobre la vieja consola, entre las cornucopias de bronce. Fíjate en sus manecillas, finas y doradas; atiende cómo se mueven siempre en idéntico sentido, cómo avanzan siempre, jamás se paran, ni—mucho menos—retroceden. Ese reloj, padre, marcó la hora cuando se casaron los abuelos, cuando naciste tú, cuando murieron ellos, cuando te casaste, cuando yo nací. Es extraño. ¿Qué misterio tienen esas finas y sutiles manecillas que siempre avanzan, marchando sin cesar? Los abuelos murieron, tú vas envejeciendo, yo ya voy terminando de subir la cuesta de la juventud, y el reloj sin pararse; perpetua, inexorablemente recorren sus manecillas, en el mismo sentido, la esfera de nácar con un cincho de oro en derredor, cubierta por un panzudo fanal transparente...

* * *

Alguna vez, también cuando niños, hemos conversado con un viejo criado de la casa. Este criado era ya muy viejecito, no servía para nada útil, se le tenía en la casa por respeto y cariño, en premio a su fidelidad y amor; estaba casi ciego, encorvado, temblón, lleno de arrugas. Nos sentaba en sus piernas hartas veces. Nos daba muchos besos, suaves y profundos, en las mejillas sonrosadas. Este anciano nos hablaba de los recuerdos: las aventuras de sus años mozos, sus proezas en la guerra, sus viajes a lo largo de los caminos, guiando el carro don-

de los señores iban, a Guadalupe, a Yuste, a sus castillos, a sus grandes cortijos, en peregrinación o cacería. Este viejecito conservaba un recuerdo agradable y efusivo: una de sus manos, cuando mozas y aguerridas, había sido aprisionada con cariño por las patricias manos de D. Juan Prim. Y fue cuando este romántico caudillo iba a internarse en Portugal. Nuestro anciano había servido de guía por las tierras de mi Extremadura... pero ya no recuerdo cuál fue el principal motivo del apretón de manos que le ofreció el general rígido y justiciero. Este nuestro antiguo criado nos hablaba de los abuelos. La abuela era una santa; hacendosa, cristiana; la abuela era todo cariño y caridad. A su lado no había nunca pobres. Si era dadivosa en palabras consoladoras, lo era más con el oro. «Tenía un corazón aquella señora...» «Y luego qué porte tan señorial, tan serio...» «Parece que la estoy viendo aquel día...» Y el pobre anciano se estremecía tanto, tanto, que se apagaba su voz de emoción y sus ojos los velaban las lágrimas. ¡Dulces y viejas lágrimas que tanto influisteis en nuestra condición, siempre tendremos de vosotros un dilecto recuerdo, una melancólica visión!

* * *

Alguna otra vez, también cuando infantes, recorriendo los doblados de la arcáica casona señorial, en los que se almacenaban los cachivaches ruinosos, rotos, desvencijados, hemos topado con unos cuadros. Entre ellos, había algunos retratos pintados al óleo, amontonados en desorden. Pinturas un poco burdas, pinturas ennegrecidas, patinadas, pintadas con esa primitiva y simplicísima técnica de los que nunca hubieron buenos maestros, ni genio pictórico, pero sí una gran afición a pintar. Son esos artesanos de los pueblos que llevan dentro un artista, muerto porque no tuvieron quien le sacara al mundo de la luz. Fuerzas instintivas de arte que se perdieron, porque no hubo quien las encauzara y dirigiera. Nosotros tenemos para estos artífices toscos y humildes, ignorados, una profunda simpatía y cordialidad. Acaso pudieron haber triunfado, acaso haber sido célebres, haber participado de ese grado de celebridad, secundario al de los genios. Acaso hogaño podríamos admirarlo al recorrer las páginas de una Historia de Arte, o las salas de un Museo; en íntimo contacto con Dominico Teotocopuli, con Tiziano, con Goya, con Van-Dyck, con Claudio Coello, con Anselmo Miguel Nieto: pintores meritísimos, de retratos. ¿Qué importa que sus esperanzas se malogren? Nosotros los admiramos, aquí, en estos desvanes sombríos, bajos, llenos de polvo, donde las arañas trenzan sus telas sutiles y ondulantes, donde los

gatos cazan a los ratones. Cuando pequeños, un poco medrosos, confundidos, abríamos los ojos ante estas viejas y olvidadas pinturas. Nuestros padres encargaron a Madrid unos cromos para adornar las paredes de la sala y del comedor: escenas amorosas, románticas, escenas sacadas de las novelas de Alfonso de Lamartine; escenas de caza, bárbaras escenas de caza tomadas de las ilustraciones de la Historia de Germania, escenas de los tiempos de los Otones, de los Enriques, del período Carlovíngio. Estos lindos y fieros cromos ocuparon el lugar que ocupaban aquellos cuadros infantiles, negruzcos, un poco resquebrajados ya. ¿No veis la ironía de Cronos? Cronos, viejo y perdurable Cronos, emperador de nuestras vidas, en tu marcha inexorable tuerces las cosas y trastocas los pensamientos, los gustos, las costumbres, la sensibilidad.

* * *

Aquellos cuadros fueron descolgados de las paredes encaladas, aquellas paredes encaladas fueron transformadas. Se picó el encalado; se le sustituyó por el estuco. Aquellos viejos cuadros fueron sustituidos por otros finos cuadros, modernos, delicados. Ahora reposan, llenos de polvo y olvido, en un rincón del desván. Nosotros, cuando niños, los hemos mirado y contemplado. Teníamos para estos cuadros una honda mirada, un profundo respeto. Por nuestra imaginación cruzaba una duda, una preocupación. ¿Serían algunos de estos personajes nuestros abuelos? Nuestros padres jamás nos hablaron de estas pinturas. No, no debían ser nuestros abuelos estos señores que nos miraban desde los cuadros. Sin embargo... Había uno, pequeño, que retenía un noble busto de mujer. Sólo de la cintura para arriba. ¿Sería esta señora nuestra abuela? Tenía el pelo negro, brillante, partido por una raya en medio de la cabeza; las crenchas se plegaban a los costados de la frente, amplia, y casi llegaban a las orejas. Tenía la nariz perfecta, la boca pequeña, los ojos negros y serenos, de una tranquilidad y señorial serenidad. Tenía los pechos abultados,

blancos, las cejas finas. Tenía unos pendientes de coral, y un collar de perlas en la garganta regordeta. Lo que más nos encantaba eran los ojos; aquellos ojos blandos, sufridos, serenos, llenos de una infinita y honda melancolía. Nosotros contemplábamos aquella pintura muchos ratos en íntima dilatación. ¿Sería nuestra abuela? Nuestros padres jamás nos habían hablado de estas pinturas, abandonadas, llenas de polvo y olvido.

* * *

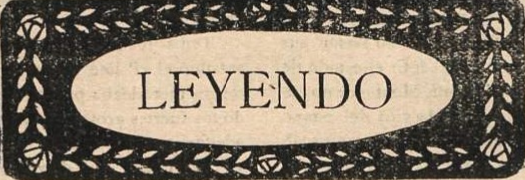
...Y cantaban también aquellos campos, los de las pardas ondulantes cuevas, los de los mares de encerradas mieses, los de las mudas perspectivas serias, los de las castas soledades hondas, los de las grises lotananzas muertas...

Abandonábamos la lectura. Silencio y tranquilidad maravillosos. De cuando en cuando rumoreaban las copas de los castaños y eucaliptos que rodeaban al cortijo. Las ventanas, entreabiertas, dejaban entrar un rayo de luna que se quebraba contra la imagen del Cristo Velazqueño—vigilante de nuestra alma sobre la cabecera de la cama—y, luego, resbalaba sobre los libros dormidos en la cama de noche. Bruscamente unos trinos, sonoros, rasgaban la calma de la noche. Despertaba la noche, despertaba al encanto de unas escalas trinadoras, melódicas, románticas. Los ruiseñores, dueños de la alameda, emprendían un concierto dilectísimo. Noche de luna, versos, flautas de ruiseñores, rumor de hojas enfermas en las copas de los castaños y eucaliptos de la alameda. De pronto renacía el silencio. Enmudecían los ruiseñores, se calmaba el aire, las nubes ocultaban la luna. ¿Qué se presentaría?

No muy lejanamente aullaban los lobos hambrientos: heraldos de desgracias. Enronquecían los mastines de tanto ladrar, y las esquilas del rebaño, prisionero en el redil, eran tañidas, bruscamente, por el pavor y el miedo.

FRANCISCO VALDÉS.




LEYENDO

"PRIMER LIBRO DE ODAS"

EN el presente momento literario español se cuenta con una pléyade de estimables trovadores y rimadores, algunos de ellos excelentes poetas líricos. Son, ni más ni menos, los cachorros —de pura sangre [y mestizos]— del león rubeniano, morador ya en las regiones de los dioses. A la vanguardia de esta floreciente caravana de lirófilos marchan, triunfales, Antonio y Manuel Machado. Tras ellos caminan muchos jóvenes de entre los cuales sólo quiero entresacar una pareja, por ser la más pletórica de virtudes: Ramón Pérez de Ayala y Luís Fernández Ardavin.

Sucede con esta copiosa bandada de troveros españoles lo que acontece con cuantas vigorosas, recias y sanas tendencias intelectuales se manifiestan en España: que se la desconoce, que no se la presta atención, que no arraiga, que no encuentra ambiente.

Por los cauces de nuestro espíritu sigue deslizándose la densa corriente de tópicos y lugares comunes, las falsas opiniones que perpetúa la tradición a lo largo de nuestra cansera pensante, de nuestra carencia de sentido crítico. Vemos, por ejemplo, en literatura que las revistas y los diarios acogen con tesón y perseverancia las más mediocres firmas, mientras los sólidos pensadores, los literatos de aguda y refinada sensibilidad y los pro-sistas de nervio y fortaleza se sepultan en el olvido y la desesperanza. Y es tan insistente la constancia en la propaganda de los falsos valores, que gran parte del público aficionado a las letras hácese a la creencia de que esas firmas de oropel tan propagandas, son llenas de mérito y valía. Yo tengo confianza en el público español. Yo espero que este público, envenenado y engañado por los contrabandos, las falsificaciones y los «camelos» literarios, tiene que reaccionar poco a poco, hasta precipitar el momento del derribo de los ídolos falsos, espectáculo que no parece estar muy lejano y que yo supongo será todo regocijo y divertimento.

Pasan desapercibidos y desatendidos libros, dramas, conferencias, novelas y otras muchas virtuciones artísticas ciertamente valiosas. A mi memoria acuden ahora, en este preciso instante, hartos nombres y títulos que no deseo estampar, pues ello a nada eficaz conduciría. En el oportuno momento que se sostuviera una formal y serena polémica entre los falsos y los verdaderos valores literarios contemporáneos, yo los citaría y los defendería con amor, ya que con conocimiento quizá no me sería del todo posible. Mas ahora menciono un solo nombre, este de Joaquín Montaner, autor del volumen de poesías que yo acabo de leer con deleite y de esta manera titulado: «Primer libro de Odas». Tan sólo este libro he leído de Joaquín Montaner. No sé si en los anteriores publicados—«Cantos», «Sonetos y canciones», «Juan Farfán»—se mantendrán los balbuceos, incertidumbres y vacilaciones con que dicen comienzan todos los poetas, dicho que a mí se me aparece como un error. Lo que sí es una tangible realidad es que en el «Primer libro de Odas» el poeta Joaquín Montaner se nos muestra hecho y maduro, fruto en sazón, lo mismo si atendemos al fondo como si nos fijamos en la forma; ésta de raigambre castellana: sonetos clásicos, aquellos «fechos al itálico modo» primeramente por el Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares; líras; y la sencilla y primitiva métrica que usó el poeta Jorge Manrique para rimar sus hondas lamentaciones filiales, todas estas métricas matizadas con la jugueza y flexibilidad de un castellano moderno.

* * *

Los temas de Poesía son eternos, tan eternos como los hombres. Pero con la corriente inexorable del viejo Kromos se han depurado y sublimizado. Se han troquelado en los sentimientos de los poetas. Un curioso estudio de crítica sería este de comparar la sensibilidad de un poeta del siglo de oro español con la de los poetas de hogaño que descienden, por línea recta, de ellos. El problema

puede plantearse así: Resucitada el alma de Garcilaso, de Góngora, de Fray Luís de León y colocada en el ambiente del siglo XX, ¿cómo serían sus creaciones?, ¿cuál su manera de sentir el estado de cosas actuales? En parte, Joaquín Montaner nos lo muestra: sus predilecciones son la vida del campo y del hogar, la templanza y serenidad espiritual, los pequeños encantos de la vida sencilla, sosegada y tranquila, el amor a la humildad, en suma armonía, ecuanimidad, paz, limitación. Hé aquí la palabra ajustada: limitación; esta sabiduría perfecta y serena que nos hace amar cuantas cosas nos rodean y forman una íntima parte de nuestro yo, precisamente porque son escasas y conocemos sus más recónditos secretos, sus encantos interiores.

* * *

Joaquín Montaner canta la plácida existencia del campo, pero animada por la inquietud espiritual. Es un descendiente de Juan Maragall y José M.^a Gabriel y Galán entre los recientes. Aspira a una vida campesina que ascienda a Dios, como el humo de las fogatas que encienden los pastores en la cumbre de los alcores. Cuantos amen la vida solitaria de las Montañas y las Praderas y los Ríos y los Animales, fatalmente, sus espíritus propenderán

a Dios, y el alma se llenará de los misteriosos y candentes problemas de la otra vida.

Tenía Joaquín Montaner veinte años cuando escribió el «Primer libro de Odas»; por aquel entonces merodeaba por las tierras extremeñas oliendo los fuertes aromas de la retama, el romero y la adelfa; contemplando el fluir manso del Guadiana y la serenidad azul del cielo purísimo y los mares de enceradas mieses y los oscuros encinares recios; oyendo el balar de los recentales, la cadencia de las vaqueras, las jácara de las perdices y los trinos de las calandrias; saboreando la fresca y maciza carne aldeana, recordando las hazañas de los exploradores extremeños del siglo XVI—sin comparación en la Historia—, leyendo a Horacio y Gracián, el Libro Santo y Rousard. De todo este amasijo de sensaciones naturales y espirituales nacieron los sonetos cincelados, las odas áureas y clásicas, nítidas, que componen el libro que yo acabo de leer con intensa delectación, donde anida la sensibilidad de un poeta formidable.

* * *

Joaquín Montaner, libre de arbitrariedades, exotismos y rebuscamientos, libre de influencias extrañas, es el más íntimo lírico español del renacimiento novecentista.

FRANCISCO VALDÉS.

ANTE EL PISUERGA

Pasa el río cantando dulcemente
su canción eterna e invariable...
Pasa el amor gimiendo amablemente
cual mujer de placeres insaciable...

El sol quiebra sus rayos en el río
produciendo infinitos resplandores;
también tiembla de gozo el pecho mío
al sentir el calor de los amores...

¡Río y Amor!: corrientes que caminan
si les empuja el elemento fuerte.
El río y el amor sólo terminan
en abismos del mar o de la muerte...

¡Soñamos...!

Soñé que amando a una princesa hermosa
vivía en un palacio de rubíes
rodeado de hadas y de huríes
que hacían la vida deleitosa.

Soñé en un hijo cual botón de rosa,
envuelto entre puntillas y alelíos
que se reía como tú te ríes
y lloraba, como tú, por cualquier cosa.

...¡Y desperté! Es decir, caí en la cuenta
de que al soñar se vive muy de prisa
y despiertos la vida es siempre lenta

—¡tan lenta que parece nunca acaba!—
Más tarde dudé, muerto de risa,
si también al reirme no soñaba!...

JOSÉ DÍAZ Y ALBERDI.
(«Inigo de Andía»)





SOBRE UN LIBRO NOVELESCO

DOS PUEBLOS



ESTO venía a ser un pueblo. No, no es así. Esto venían a ser dos pueblos. Uno de estos pueblos era castellano viejo; el otro era extremeño. Estos dos pueblos existen todavía. Su vida se transmutará a lo largo de los tiempos indefinidamente. Yo me he criado en uno de estos dos pueblos. En el paso algunos meses del año, en él tengo familiares y amigos. Me son conocidos sus rincones y sus dolores y sus dormidos deseos de mejorar. Los dos pueblos en cuestión son grandes, sórdidos, tranquilos é ignorantes. Una sola ley rige sus vidas: la ley del dinero; una sola política los rige: la voluntad de los caciques; una sola placentería los alimenta: la carne. La estulicia y la hipocresía son dos armas poderosas que manejan sus habitantes. Se desconocen los nobles ideales, la aguda intuición, la serena sinceridad, el valor ante las catastróficas desgracias. Uno tiene una reliquia arquitectónica: mi castillo medieval, estupendo, ruinoso, empinado en la cumbre de un alcor, que rodea la cinta de plata de un río secundario. El otro desparrama sus casas bajas, sin ventanas ni chimeneas, por una llanura fértil y colorada, donde la primavera tuesta y llena de cera los trigales que fueron verdes en el otoño...

EL AUTOR

Fernando Gil Mariscal ha fundido estos dos pueblos españoles, ricos y tristes, en su primera y única novela. Se titula esta novela *En Villabravia*. Fernando Gil Mariscal es un mozo fuerte, tostado, con los ojos pequeños, luminosos y escrutadores. Fernando Gil Mariscal es bondadoso, servicial y bueno. Es amigo mío, y durante años enteros hemos derramado nuestra vida en los mismos sitios de uno de estos dos pueblos. Tiene un espíritu errabundo, intranquilo e inquieto; no para, quieta y sostenidamente, en nada. Su actividad ha recorrido varios caminos, y, sin fracasar en ellos, los ha abandonado voluntariamente, para recorrer otros nuevos y desconocidos. En esto estriba el encanto de muchos hermanos nuestros latinos. Una vez, Fernando Gil Mariscal quiso ser juez. Y lo fue, claro es, ganando unas oposiciones. Marchó a desempeñar estas delicadas funciones en un pueblo de los citados. Siendo juez se aburría, se aburría. La vida pueblerina

con sus palurdos y calamidades le hastiaba. Sobraba tiempo. ¡Qué largos se hacen los días en los pueblos! Se aburría, se aburría... ¿Cómo matar este aburrimiento espantoso? ¿Echarse novia? ¿Jugar en el casino? ¿Salir a cazar? Nada de esto, ¡por Dios! No, leer: dedicarse a la lectura. Pero la lectura llega a cansar cuando no la hacemos con alguna finalidad. Y, entonces, nuestro amigo empezó a soñar. Empezó a soñar envenenado, contagiado por la literatura. Pensó en ser literato, en escribir una novela. Y la escribió. Y así mató aquellas largas y monótonas horas pueblerinas cuando era juez en un pueblo de la vieja Castilla.

EL ASUNTO

¿A dónde ir por el asunto? Lo más natural al formularse esta transcendental pregunta es pensar en escribir sobre lo que uno ha visto, y de lo cual uno ha sido testigo, observador o personaje activo. Dicho y hecho: Fernando Gil Mariscal se miró a sí mismo, miró a su pasado, a su presente, al medio donde vivió y vivía. Ya está el asunto en nuestras manos. Ya somos propietario de él. La vida de estos dos pueblos es el asunto de *En Villabravia*: amores, ridículos e interesados, política caciquil, señoritos chulos de esos que escupen por el colmillo y son analfabetos por desuso, niñas románticas y viciosas al mismo tiempo, confesionarios, tertulias ramplonas de viejos en el casino, juego y barragánas, murmuraciones a granel, imposturas, alguna que otra comilona por los ricachos, alguna romería a la Virgen patrona del pueblo, procesiones. Muchas, muchas cosas más. Todo esto se encuentra en los pueblos y en la novela de Fernando Gil Mariscal. La combinación, la trama, el enlace, la vida pueblerina pueden hacerse de distinta manera, a gusto del novelista. No hay leyes ni trabas que lo impidan.

TRAMAZÓN DE EPISODIOS

En la novela de Fernando Gil Mariscal todas estas pequeñas cosas que hemos enumerado están fijadas con naturalidad y sencillez. El lenguaje es llano y preciso. No hay bambolla ni frases deslumbrantes; no hay, tampoco, indignaciones, ni ironías. Está contada la vida pueblerina tal como es. Naturalmente que siendo así hay momentos graciosos, grotescos, irónicos, desagradables, melancólicos y repugnantes. Hay de todo. Basta la sencillez y las

dotes talentadas de un buen observador, en el novelista, para que haya de todo. Y así es la vida.

REALIDAD Y FANTASÍA

Goethe, cuando fué viejo, se deleitó escribiendo su vida pasada: un libro de Memorias: su infancia, su juventud. Para nosotros la vida de Goethe no tiene admiraciones; no la reverenciamos, ni la estimamos.

Esto nada tiene que ver con lo que vamos a decir. Lo que vamos a decir es lo siguiente: Goethe tituló estas memorias *Realidad y fantasía*. Esto tiene mucho de particular. La vida, esto es: *realidad y fantasía*. Goethe escribía sobre su misma vida, lo que le había pasado en el mundo, y decía que estas cosas pasadas suyas tenían tanto de realidad como de fantasía. ¿Hasta qué punto pueden separarse estas dos modalidades del vivir? ¿Cuánto tiene la realidad de fantasía y cuánto participa la fantasía de realidad? Según nos inclinemos a una u otra palabra tendremos los dos conceptos profundos del arte. Y el caso es que quizá no nos podamos inclinar hacia la parte de ninguno de los dos. Armonicemos, unamos, acoplemos en un plano superior las dos virtuciones, los dos puntos de vista, los dos sentimientos, las dos categorías vitales. Todo en el mundo es realidad y es fantasía. Todas las cosas participan de estos dos contenidos. Si se ahonda un poco en las entrañas de nuestro espíritu se verán entrecruzarse y hermanarse estos dos conceptos. Pero hemos de suponer que hablamos en un plano de nobleza e inteligencia. Los rastacueros, los inferiores, los hombres-serpientes no nos incumben por el momento. Despreciamos a Zola y nos aproximamos a Federico Nietzsche. Goethe al titular su libro de memorias tuvo un pensamiento genial; fué uno de los aciertos de su vida, que nosotros no admiramos, ni reverenciamos.

PERSONAJES VULGARES

En la novela de Fernando Gil Mariscal los personajes son extraídos directamente de sus viviendas. No están elaborados; están presentados en bruto, sin pulimento. Los conocemos; algunos son parientes nuestros; muchas veces hemos hablado con ellos y hemos tenido entre las nuestras sus manos sudorosas o enjabelgadas con polvos de arroz, harapos. ¿Es esto un defecto, un reparo que pueda ponerse a la novela de Fernando Gil Mariscal? Yo creo, firmemente, que no. En los pueblos hay, dentro de la vulgaridad anodina, dentro de la miseria espiritual, algunas personas que, a manera de fulgurantes diamantes, iluminan y ennoblecen el medio donde viven. No se asimilaron al ambiente, a los usos, a las costumbres, a las prácticas de donde viven. Espíritus selectos, nobles, amplios, pero infecundos. El novelista al retratar la vida limitada de un determinado lugar recoge cuanto se da en dicho sitio. Recoge lo bueno y lo malo, lo bajo y lo alto, lo ruin y lo noble, lo bello y lo feo. Lo recoge todo. Recoge, en suma, la *realidad y la fantasía*, como Goethe al escribir sus memorias.

ESTÉTICA FANTÁSTICA SOBRE LA NOVELA

¿Y qué es una novela? Hemos traído y llevado de aquí para allá, en todo lo que precede escrito, la palabra novela. He aquí que yo suelto la pluma de pronto; me llevo la mano a la frente, después sondeo con los dedos la cabellera, y quiero pensar, quiero pensar sobre el concepto de novela. Y pienso; quiero decir que se me ocurren cosas. Pasa un largo rato. Se avecina el crepúsculo, ruedan coches raudos frente al balcón, y yo me levanto. Un farolero va sembrando puntos luminosos por el barrio. Los escaparates se iluminan. En el balcón fronterizo se han posado dos lindas fámulas que rien. En un café entran parejas equívocas. Me he asomado al balcón. Y luego, después de divagaciones incessantes, la frente ardiendo, me he llevado la mano al pecho en actitud de contrición y me he dicho: «tú, no sabes qué es una novela». Esto es tremendo y bochornoso. Mas, al poco rato, llégame un poco de contentamiento porque esa voz que me ha dicho: «tú, no sabes qué es una novela» me ha dicho que «nadie sabe, tampoco, en qué consiste una novela». Largo y tendido se ha escrito sobre la novela, en su sentido estético y en su sentido histórico. Pero esto sería inútil que lo investigáramos. A mí me interesa más que las novelas, los novelistas; las novelas son derivaciones de los novelistas, una parte de ellos, una consecuencia de ellos. Por la educación de los hijos sabemos de los padres más que estudiándolos directamente a ellos, puesto que ellos son una consecuencia de los padres suyos. Y como resulta que el hombre es un sér misterioso e inexplicable, tortuoso y complicado, de ahí que sea tan difícil estudiar sus frutos, sus obras, sus novelas. Y yo renuncio, por hoy, a hacerlo.

COLOFÓN EPISTOLAR

Amigo Fernando: Quiero terminar estos dispersos renglones, escritos a vuela pluma, una espléndida tarde otoñal, que invita a amar, aconsejándote que persigas por la nueva ruta que has emprendido. Creo que será la firme y verdadera. En la que cosecharás abundantes alegrías y laureles y triunfos, como también desencantos, dolores y martirios. El tiempo ha de decir si tu novela *En Villabraya* es buena o es mala. El tiempo, querido amigo, es el único crítico literario con juicios inapelables.

Todos los otros son deleznales y sus criterios no tienen el valor de una nuez. Yo pudiera haber escrito laudando tu novela; pero no quise hacerlo porque no me creerías y, además, porque tus sentimientos de bondad y modestia saldrían malparados. Y basta ya. Cuando nos encontremos alguna de esas noches propicias para secretar y abrir el alma, irónicamente, nos reiremos un largo rato murmurando y comentando algunos episodios de tu novela que conocemos tanto tú como yo, por haberlos vivido. Tu amigo

FRANCISCO VALDÉS.

